



“Educar en la calle en America Latina” **Testimonios de educadores de calle de varios países de Latino America**

Autor: Agathe de Chassey

Traducción: Luisa Bonilla

***(Libro frances: “Eduquer dans la rue en Amérique
Latine” édition Karthala-2011-310p.***

Contacto con el autor: agathedechassey@hotmail.fr

Principal parte del libro (extractos-99paginas)

Introducción

“no se te olvide mirar si el que se rehúsa a caminar no tenga un clavo en su zapato”¹

Desde las primeras apariciones de las ciudades y alrededor del mundo, en todos los continentes, del norte al sur, niños, niñas y adolescentes han estado obligados a sobrevivir en las calles; donde han sido empujados por la extrema pobreza de su entorno familiar. Los niños y las niñas se han apropiado de este espacio donde viven entre la libertad y la precariedad. Pero durante siglos, en la mayoría de las civilizaciones tradicionales, los adultos de la comunidad tenían el deber-ya sea por un imperativo social o religioso- de auxiliar las necesidades en alimentación, vestido y educación de todos estos desarraigados.

Sin embargo, no es el caso actualmente en los países del sur, América Latina, África y Asia. Desde la mitad del siglo XX estas regiones han conocido un éxodo rural masivo que ha lanzado una generación, tras otra, de campesinos arruinados agrupados en círculos concéntricos más y más vastos, alrededor de metrópolis gigantescas en construcciones efímeras e insalubres.

Según las proyecciones de la ONU, 70% de los habitantes del planeta serán urbanos en 2050, lo que representará 6,4 billones de ciudadanos². En América Latina, los 70 millones de ciudadanos de 1950 son actualmente 400 millones, con un crecimiento aproximado de 2% por año³. Dentro de esta población urbana, una fracción todavía creciente-100 millones en el mundo estimamos- son niños y niñas a su suerte, sin apoyo, sin educación, sin trabajo, sin referencias y sin sueños accesibles; en sociedades que han perdido, por la fuerza de las cosas, las reacciones solidarias de antes.

¹ Fernand DELIGNY, *OEuvres*, L'Arachnéen, Paris, 2007, p. 129.

16 ÉDUQUER DANS LA RUE

² *Perspectivas de la urbanización mundial – « Revisión 2007 »*, ONU, New York, 26 de febrero 2008.

³ *Human Development Report*, ONU, New York, 2006. INTRODUCTION 17

En la gran mayoría de los casos, los Estados nacionales de los países del Sur no buscan realmente mejorar esta situación. En principio tienen pocos medios para enfrentar la pobreza endémica y masiva que va en aumento. Y la esencia de sus políticas consiste, sobre todo, a desarrollar el sector moderno urbano en beneficio de la clase media. En consecuencia, desde el punto de vista de las administraciones de renombre de estos países, el problema de la infancia en las calles es ciertamente bastante incómodo, pero secundario. Tenemos la tendencia a no ocuparnos de ellos, siempre y cuando no afecten el turismo. Ahí es cuando, se barren las calles de pobres, de estos niños y niñas, y en el peor de los casos cerramos los ojos ante los abusos y los asesinatos como una solución radical utilizada por las milicias paramilitares.

Para intentar de aligerar los sufrimientos de estos jóvenes, y proponerles un futuro digno, todavía tenemos el sistema de organismos internacionales y de ONG especializadas. Es un sistema multinacional y casi industrial a la medida de estos millones de niños, niñas y adolescentes a “tratar” en las calles del mundo, que se ha establecido progresivamente con sus reglas y burocracia desde hace más de cincuenta años. Es un sistema de seis actores:

- El simple donador del país desarrollado
- Los Estados de los países desarrollados
- Los recaudadores de fondos que recolectan las donaciones
- Las ONG locales o multinacionales en los países del Sur
- Los educadores locales, asalariados de estas ONG
- Y finalmente “los niños y niñas de las calles”.

Entre todos estos actores, el vínculo decisivo es el de los educadores de las calles, que están en contacto permanente con los jóvenes y son los más susceptibles a conocer verdaderamente sus necesidades. Este libro se basa en los testimonios recogidos en las calles de México, Honduras, República Dominicana, Guatemala, El Salvador y Colombia. Una encuesta realizada en una zona geográfica, ciertamente reducida frente a la mirada de millones de otros jóvenes de Asia, África y América Latina. Pero más allá de las particularidades, existe una universalidad en estos testimonios.

Queremos resaltar especialmente la grave fractura que se ha cavado entre estos educadores de las calles y la superestructura administrativa, que los ignoran y los emplean. Esto conlleva al riesgo de que las adecuadas respuestas a las necesidades de los jóvenes no sean más escuchadas, y que todo el “sistema” no tenga más que como función principal (resaltando este rasgo), mantenerse a él mismo, manteniendo los jóvenes en las calles que se convierten en adultos en las calles. En fin el sistema patina y se vuelve parásito.

Pero destacar lo peor no es una fatalidad o una rectificación y un cambio puede producirse.

¿Éste es un asunto exclusivo de los especialistas? Todos tenemos la tendencia a no integrar el creciente fenómeno de los jóvenes en las calles, siendo éste una característica ineludible, una de las múltiples expresiones de la disfunción del mundo, que es encomendada a los especialistas profesionales. Tan Superficial, como cuando confiamos nuestros desechos domésticos a empresas especializadas.

En Manila capital de Filipinas, los niños y niñas se refugian por la noche, en los cementerios dónde duermen en las tumbas y se reúnen en pequeños grupos para drogarse. Esta fuerte imagen debe recordarnos que es cada uno de nosotros, dejando pasar el mundo como va, que programamos estos pequeños muertos vivientes.

Debemos quedarnos escandalizados.

Este libro se dirige a todos aquellos que se siente confusamente que no se trata de un asunto a debatir entre especialistas, pero es un tema esencial que compromete la humanidad.

Se dirige a todos los anónimos que realizan donaciones generosas que no tienen siempre los medios para saber cómo estos son empleados, a los turistas de paso, a los educadores de las calles, por supuesto. Estos profesionales que trabajan en la sombra con escasos recursos, lejos de la escena mediática, con un sentimiento de frustración, como lo veremos más adelante, y que sacan de su práctica análisis bastante pertinentes. En fin a todos los financieros de los programas educativos para los niños y las niñas de la calle, los recaudadores de fondos, los administradores de las ONG, los directores de las instituciones, todos estos enlaces indispensables. Y sobre todo a aquellos que pasan bastante tiempo en sus oficinas a contabilizar las operaciones, perdiendo el vínculo esencial con el campo: los educadores, los jóvenes de las calles y con la vida simplemente, sus contradicciones, sus dudas, sus conflictos y sus búsquedas.

Pero ante todo intenté, en este libro, promover el sentir del educador de las calles como materia misma de una reflexión; con el fin de mejorar nuestra práctica con los adolescentes de las calles. Lejos de parasitar la relación con los jóvenes, el afecto hace parte de los riesgos tomados al trabajar con ellos, y por falta de análisis a estos movimientos del corazón, pasamos por encima de la realidad cotidiana que los acompañan. Estamos en una sociedad donde lo razonable y racional prima sobre lo que se siente hasta negarlo. Se trata para mí de reivindicar, como una cualidad, la capacidad de conmovernos por lo que nos rodea.

(...) Segunda parte:

Las prácticas de las instituciones cuestionadas

Acompañar no sólo se trata de ayudar: se trata de escuchar, acoger y comprender. Los educadores entrevistados están todos de acuerdo sobre este punto, y gracias a sus testimonios, pude establecer una tipología sobre los principales problemas que afectan la relación directa que los educadores buscan establecer con los jóvenes en situación de calle. Podemos desatar dos grandes campos problemáticos: el trabajo de los educadores, enfrentados al problema de la duración, y la relación con la institución, que dificulta la transmisión de sus experiencias.

Un estado de urgencia permanente

Las condiciones de la búsqueda / encuesta

Luego de una primera experiencia en República Dominicana y de encuentros en Haití, decidí realizar una búsqueda sobre las prácticas de las instituciones en otros países de la región como México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Colombia, etc. Trabajé en diversas instituciones observando y estudiando sus prácticas. En todos estos lugares observé esta relación compleja entre la institución y la población que busca acompañar. Pude confirmar que las dificultades que experimenté como educadora de la calle otros las compartían. Poco a poco visitar otras instituciones, conocer otras formas de trabajo fue un interés primordial, quería acumular las diferentes prácticas y compartir los métodos psicoeducativos creados por otros educadores. A través de la observación pude constatar que evitar compartir estas prácticas lleva a que cada uno trabaje por su lado con métodos fragmentados, repitiendo los mismos errores.

La investigación realizada entre 2005 y 2006 se basó en el conjunto de las relaciones que se dan en el terreno entre las instituciones y los jóvenes de las calles en diferentes países, instituciones, albergues o centros de paso. Las entrevistas se realizaron a varios profesionales: coordinadores, antiguos educadores que son directores, administrativos, educadores en las calles, educadores proponiendo diferentes actividades en los centros, educadores especializados en la prevención de la violencia, etc. Les hice varias preguntas sobre el estado actual de su profesión, luego de establecer un vínculo de confianza, especialmente trabajando con ellos antes de interrogarlos. Las preguntas se trataban los siguientes temas:

- su trabajo cotidiano
- sus dificultades y sus motivaciones en esta profesión
- los métodos educativos puestos en práctica en las diferentes etapas del proceso de acompañamiento de los jóvenes en situación de calle (abordar a los jóvenes, el problema de drogas, la violencia, etc.)
- finalmente sus reacciones y las soluciones que prevén frente a los jóvenes que recaen, aquellos niños y niñas que se convierten en adultos de las calles.

Esta última pregunta es la que más me interesó, ya que no se menciona mucho en las instituciones puesto que pone en duda sus programas educativos. Por otra parte, los educadores respondían con un gran entusiasmo de expresarse, de resaltar la contradicción en la cual se encuentran. Todos observan impotentes la transformación de estos jóvenes que desaparecen de su horizonte y se insertan en las calles. La pregunta sobre su acción al largo plazo generaba un gran interés.

[...]

Los educadores acordaron de decir a su manera que sobre diferentes aspectos del programa educativo, las instituciones podían mejorar realmente. A través de sus testimonios vamos a crear un tablero sobre los diferentes tipos de disfunciones, sobre el terreno en principio, luego veremos como lo efímero de la actividad de los educadores genera problemas a gran escala, examinaremos el impacto del funcionamiento de la administración institucional sobre el terreno, y en una visión más general la influencia del financiamiento de estas instituciones, utilizando criterios de evaluación todavía no adaptados. Y regresaremos finalmente al terreno, para mostrar el problema de la ayuda a largo plazo de los jóvenes que inevitablemente crecen en las calles.

El trabajo de campo

Pablo, psicólogo que trabaja directamente con los jóvenes en situación de calle, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Yo creo que debemos preguntarnos lo siguiente: ¿qué es lo que realmente quieren? Las instituciones dan la impresión que quieren mantener esta situación. “Hay jóvenes en las calles mejor ¡Así tenemos trabajo!” Incluso si en el discurso dicen lo contrario que hayan menos jóvenes en las calles, es un gran hipocresía. Nosotros queremos que salgan de las calles, pero es mejor para nosotros que sigan habiendo, así vamos a tener siempre trabajo y dinero.

El Estado en nuestros países no se ocupa prácticamente del aspecto social, la mayoría de los que trabajan con los jóvenes de las calles dependen de ONGs nacionales o internacionales; el problema también es que la gente que las financian conoce muy poco esta realidad, lo que pasa, las problemáticas y no saben realmente de que sirve su dinero. Existe un riesgo con esto, las instituciones describen los jóvenes de las calles como el típico “pobre niño”. En cierta medida es cierto pero lo muestran como un caso, un caso de la sociedad, y mantienen esta imagen para recaudar dinero. Y lo que hacemos nosotros es construir y fortalecer este estigma.

Tanto Martín como Pablo resaltan un punto importante, el cual trataremos más tarde. Nuestra mente maquina una posición entre “calle = mala” e “institución=buena”. Al demonizar la calle, no le transmitimos a los jóvenes ninguna representación positiva de su propia existencia, lo que destruye toda perspectiva de acompañamiento real. Es por eso que incluso estos testigos que se dan cuenta de esta situación, no pueden remediarla, ya que al depender de financiamientos externos, los educadores deben reaccionar, de manera urgente, con los jóvenes en situación de calle.

Sin embargo la incoherencia de estas intervenciones de urgencia de las diferentes instituciones lleva paradójicamente a que los actores en campo busquen construir métodos más adaptables y delimitar sus objetivos. Al acompañar los adolescentes en situación de calle, ciertos interventores aprenden a manejar un doble discurso, el de la presentación institucional por una parte, y un discurso más pragmático que no pueden expresar abiertamente.

Martín, México D.F, México

Yo creo que las organizaciones no nunca lograrán comprender ya que es muy difícil de aceptar, la población de la calle va quedarse en la calle y no saldrá jamás de la calle. Sobre 10 personas que conocemos en la calle, una saldrá de pronto y con mucha dificultad, y en la mayoría de los casos será sin nuestra ayuda.

No llegamos a aceptarlo ni a creerlo. Nuestra organización intenta trabajar sobre la importancia de reconocer los jóvenes que van a quedarse en la calle. No quiero decepcionar a nadie pero existe una frustración constante, como no podemos sacar a los adolescentes que viven en permanencia en las calles de su entorno, la organización se pone a ayudar a los niños y niñas en situación de riesgo. Esto es lo más grave. Lo que es grave para mí es venir a ocuparnos de niños y niñas trabajadores o en situación de riesgo por pesar, ya que estamos decepcionados con los adolescentes en situación de calle. Voy a hacer una analogía un poco simplista, es como decirse que no llegaré a la montaña entonces iré hasta la colina. Cuando se trata de trabajar con los jóvenes en situación de calle, nos encontramos con una situación bastante complicada.

La lucidez fría y casi cínica que Martín expresa con respecto a los adolescentes de las calles se mantendrá, además de nuestra total inadaptación a las necesidades de estos jóvenes, es bastante

severa pero también realista. Más allá de la amargura, los interventores aspiran construir procedimientos innovadores.

Pablo, Ciudad de Guatemala, Guatemala

Tenemos un gran problema, nosotros como instituciones, ya que elaboramos nuestras intervenciones educativas con los jóvenes en función de nuestros objetivos y de la sociedad en la cual nos encontramos y representamos.

Creo que deberíamos prever nuestros programas partiendo del punto de vista de los jóvenes en situación de calle. Esto nos permitirá una intervención más adecuada. Tenemos una perspectiva muy instrumental que se adapta sólo a las personas que viven en casas, que viven en otra realidad que la de estos jóvenes. De acuerdo con mi experiencia y mi punto de vista clínico, la vida en la calle provoca en los jóvenes cambios. Nosotros no debemos imponer nuestro deseo de salvarlos. Deberíamos intentar comprender sus necesidades desde sus perspectivas.

Yo me opongo a que las instituciones que obligan y fuerzan las cosas en función de su voluntad. No es la voluntad del joven. Estamos cometiendo graves errores. Primero, debemos comprender lo que representa la calle para el joven. La sociedad la ve como un espacio enfermizo. Los jóvenes en la droga, la violencia. Pero la verdad es que esta gente no reflexiona lo que hay detrás de este término de la "calle". Hemos visto de forma superficial y no intentamos comprender. Yo creo que como profesionales tenemos el deber de analizar si nuestra intervención tiene sentido. Esta tiene que estar basada en estas reflexiones, en mi opinión, sobre los que comprendemos de los jóvenes y sus motivaciones de seguir en las calles.

Nuestros modelos de intervención en las instituciones parten de nuestro punto de vista. Corremos el riesgo de estigmatizar desde antes, de calificarlos, categorizarlos, ponerles una etiqueta.

Esta lógica de urgencia y asistencia contamina todos los programas de las instituciones, a pesar de las buenas intenciones al inicio. No basta con ayudar, en ciertos casos una mala orientación puede hacer perder tiempo al adolescente en situación de calle, que responderá a los programas sin realmente involucrarse. La intervención de urgencia se basa en una ignorancia de las necesidades reales de los adolescentes. La consecuencia de una tal ceguera es que la reflexión de la institución es también insuficiente e inadaptada tanto por lo que sucede dentro de los muros como lo que sucede en la calle misma ¿Qué se trasmite en la institución? ¿Qué es lo que el adolescente va aprender? El adolescente llega con una formación previa e inscrito en un espacio que constituye para él una fuente de ingresos. ¿La institución se establece en la prolongación de esta situación de calle? Este es otro aspecto de la problemática institucional.

Una formación profesional no apta para los adolescentes en situación de calle

Las instituciones responden a varias funciones: recibimiento, sensibilización, prevención y formación. La mayoría buscan proponer todas estas etapas incluso la debilidad de los medios de los cuales disponen, tanto de los educadores como los medios materiales y pedagógicos. La etapa de la formación profesional de los adolescentes en situación de calle, siendo la más importante, sigue estando descuidada por las instituciones. Debemos recordarles que el adolescente de la calle se encuentra en pleno crecimiento, sus deseos inmediatos buscan una satisfacción inmediata, está motivado por encontrar todas las "posibilidades" que le produzcan su placer cotidiano y para obtener dinero con el fin de consumir, por ejemplo comprar ropa a la moda para conquistar a la joven de la cual está enamorado. La mayoría de las instituciones no ven que esta etapa, la formación

profesional es primordial. Si esta se realiza con cuidado y por monitoreo de formación creíble, puede incitar a los jóvenes de las calles a salir de ellas. No solamente los puede motivar a salir de la calle, con un trabajo y ganado dinero por sus propios medios, pero también la formación puede ayudar a la institución a ganar tiempo. La mejor forma de prevenir que los adolescentes de las calles no dependan de las drogas, no caigan en la violencia, y ayudarlos a salir de las calles, es motivándolos con una ocupación de taller que produzca un beneficio económico y que corresponda a sus necesidades. Al cuidar la formación profesional construiremos posiblemente una relación más auténtica con estos jóvenes, haciendo frente a su realidad y su modo de vida, sin juzgarlos, ni jugando con ellos. No obstante parece que las instituciones no logran aprehender las habilidades que los adolescentes muestran y formarlos eficazmente.

Coordinación entre las instituciones y diferencias en los métodos

Frecuentemente sucede que varias ONGs trabajan en la misma zona urbana con los adolescentes de las calles. Existen instituciones de diferentes tipos: ONG, instituciones públicas, organizaciones privadas de capital mixto, organizaciones privadas. La mayoría están financiadas por capitales extranjeros con una metodología propia-son raras las instituciones financiadas por el Estado donde se encuentran. Algunas son religiosas, otras laicas. Las instituciones crecen como hongos en un mercado ya saturado. Paradójicamente, en lugar de ser una ventaja para los adolescentes, parece casi siempre un inconveniente para todo el mundo. Los métodos diferentes, a veces divergentes, producen una competencia entre las instituciones, en lugar de una organización común y benéfica del trabajo.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras

Entre las organizaciones privadas que trabajan con la misma población, no hemos podido ponernos de acuerdo para trabajar coordinadamente. Hace años que cada uno trabaja por su cuenta. No entiendo por qué. Yo lo podría explicar por el hecho, de que cada institución desconfía de la otra y prefiere conservar su forma propia de trabajar y su política social. Cada institución cree tener la solución. Envidiamos nuestros métodos de trabajo aunque trabajemos con la misma población.

Los jóvenes son los que pagan las consecuencias de esta competencia, a los ojos de cada institución son “sus” jóvenes. Escuchamos todo el tiempo: “fui yo quien hice eso por él”.

Utilizamos a los jóvenes como una carta de presentación, y nos enorgullece sacarlos de la calle. Yo creo que actuando de esta forma, las instituciones, en lugar de ayudarlos, les hacen daño.

¿Por qué? Porque saben de la existencia de este conflicto de intereses entre las instituciones y ellos las aprovechan: “voy a esta institución porque recibo esto o aquello; voy a la otra porque puedo obtener esto, etc.”, se dicen ellos. Yo creo que contribuimos así a la inestabilidad del joven en situación de calle. Cada joven pasa por todas las instituciones recibiendo la misma atención.

Si coordináramos nuestras acciones esto no pasaría así. No permitimos que el joven aproveche de todas las atenciones al mismo tiempo. Inconscientemente nosotros estamos perjudicándolos más que otra cosa. Sin duda es el deseo de cada institución de hacer todo por el joven lo que nos hace caer en esta trampa. No deberíamos dejar entrar al joven en este enredo institucional.

El problema es que el joven va a crecer en este contexto y utilizará la competencia entre las instituciones, y va llegar a un momento que dejará de ser un niño y no podrá utilizar los servicios de las instituciones para los menores en situación de calle. No

existe la estabilidad para establecer un proceso de rehabilitación, el cual se debe dar en un ambiente estable y coherente.

[...]

Si le preguntamos a un joven a cuántas instituciones ha ido, el responderá “un montón” y mencionará varias. Hoy en día si les preguntamos cómo les ayudo cada institución no lo sabrán. Al final el joven está siempre en la calle debajo de nuestras narices.

Existe una confusión en las propuestas ofrecidas por las instituciones, estas competencias heterogéneas están siempre ligadas a la convicción de que cada institución es capaz de tomar todo a su cargo, llevando al joven al centro de un real trabajo de división.

[...]Al interrogar a los educadores sobre el tema de la coordinación, pude constatar que todos daban la impresión de una gran confusión, un exceso en los medios que se ofrecen que al final aportan poco al principal interesado.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras

Si tomamos en cuenta el dinero del que disponen las ONG para sus programas educativos y su presupuesto de funcionamiento en relación con el número real de jóvenes en situación de calle en una ciudad, habría suficiente dinero para resolver el problema. Pero lo que sucede es que un mismo joven está bajo el cuidado de cinco ONG en la misma ciudad, ya que no trabajamos en una red interinstitucional ¡En realidad estamos peleándonos entre nosotros para demostrar cual institución tiene más jóvenes!

Por ejemplo, existen tres programas que ofrecen los mismos cuidados, las mismas actividades ¡Tres programas que organizan partidos de futbol con los jóvenes y al mismo tiempo! ¡Las actividades se superponen! Y los jóvenes se dan cuenta de esta falta de coordinación y sentido. Tienen la posibilidad de escoger y ponen a jugar a la competencia.

Yo creo que deberíamos preguntarnos porque estos tres programas proponen lo mismo a un pequeño grupo de jóvenes. Veo en el sistema en el que nos metimos, un verdadero desperdicio de energía, dinero y personal ¡Estas instituciones tienen la misma actividad en tres ejemplares! No entiendo porque no coordinamos las actividades de campo, trabajando con la misma población y el mismo objetivo, ayudarlos. Una institución haga una actividad, otra se haga cargo de los cuidados médicos, otra del trabajo con la familia, otra se encarga de la parte educativa, otras de las capacitaciones profesionales, otras de la parte de la adicción, etc. No se puede ser bueno en todo...

La superposición en el campo de diferentes instituciones con sus métodos específicos con los mismos jóvenes es ridícula y genera una competencia absurda.

David, coordinador y educador de las calles, México D.F, México

Para fortalecer la participación del joven, se debería en principio coordinar nuestras acciones a la ciudad y no multiplicar los mismos esfuerzos. Perdemos mucho tiempo y dinero, y el joven se queda en la calle a final de cuentas.

Desafortunadamente, este trabajo de coordinación no se puede hacer con todas las instituciones, no están relacionadas entre ellas como deberían.

Por ejemplo estamos elaborando algo con el joven y de un momento a otro llega na camioneta llena de comida y ropa, mientras que nosotros estamos discutiendo con el joven sobre sus motivaciones ¡No podemos hacer peso frente a estos donativos! En el centro intentamos construir un espacio donde haya un vínculo, dónde los jóvenes puedan retomar costumbres básicas, como bañarse, comer. Pero cuando proponemos este reaprendizaje, la camioneta que ofrece de todo llega.

Todos los educadores concuerdan al decir que ninguna institución no puede hacerse cargo de todas las etapas de un programa educativo completo. Las reglas educativas de cada institución al ser diferentes y cada una ignorando lo que hace la otra, los jóvenes juegan con esta situación. Cuando les pedimos a los jóvenes ser autónomos o que asistirlos, ellos satisfacen cada demanda para obtener lo que quieren, prefieren contar historias que nos son imposibles de enfrentar entre nosotros para verificarlas. Lo que para cada institución constituye un valor educativo fundamental, frente a los ojos de los jóvenes es una manía a la cual ellos saben adaptarse.

Blanca, México D.F, México

Los vínculos entre las instituciones son muy importantes. Hay muchos jóvenes que visitan dos o tres instituciones seguidas y siempre encuentran lo que buscan. Por ejemplo, acá los jóvenes pueden bañarse con agua caliente, en otra institución comen, y llegan a comer en varias instituciones al día. Si realmente quisiera establecer un proceso con un joven, primero debo ponerme de acuerdo con las otras instituciones que le van a proponer comer, llevarlos al cine. También debo ponerme de acuerdo con las otras instituciones para que el joven {76} respete las mismas reglas y se comporte de la misma manera, sino es cualquier cosa.

En nuestra institución el joven viene al centro, se baña, lava su ropa, extiende su ropa, aquí le pedimos un mínimo de participación a la vida en comunidad y el respeto hacia los otros a cambio. Pero le pedirán posiblemente en otras instituciones cosa, en contraparte al servicio prestado que contradicen nuestros métodos.

Lo que pasa también es que el joven nos puede decir una cosa y luego lo contrario en otra institución. Por ejemplo le pregunto, “¿Vas a visitar a tu familia en los próximos días?” Él me va a responder que sí, con lo que busco una participación activa de su parte en este proceso. Pero en realidad si no hay una coordinación, él no va a visitar a su familia y se va ir a otra institución.

Varios se van a ir a otras instituciones porque rompen las reglas y los acuerdos educativos mínimos establecidos en nuestra institución (respeto de los otros y del espacio de participación) y saben que otras instituciones los aceptarán igual. Se quedarán en otras instituciones y vendrán a visitarnos con la esperanza que con el tiempo nos olvidaremos de su comportamiento. Esto sucede seguido. Si no hay coordinación entre las instituciones o entre las capacitaciones de los educadores sobre este tema, ya se imaginan la incoherencia en la cual nos encontramos todos frente al joven.

Un ejemplo de esta incoherencia es la manera en como cada institución maneja la prevención sexual

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Nosotros no trabajamos en coordinación. Existen religiosos que tienen posiciones extremas a veces, y liberales extremos también. No hay un acuerdo o una visión común sobre el discurso y los métodos educativos a seguir.

En el discurso educativo encontramos fuertes incoherencias. Por ejemplo, la mayoría de las ONG organizan una actividad de prevención con los jóvenes de las calles sobre el buen uso del preservativo y sobre los riesgos de las enfermedades de transmisión sexual. Efectivamente los jóvenes en situación de calle son una población bastante afectada, debido a su modo de vida. Pero ciertas ONG por ejemplo no distribuyen preservativos al final de la plática porque es prohibido y sería incitar a los menores, según ciertas instituciones y la ley, a tener relaciones sexuales.

Es absurdo cuando sabemos que los jóvenes en situación de calle son a menudo explotados sexualmente desde muy jóvenes. Todo el mundo lo sabe, pero como es prohibido en el papel, seguimos la ley. Por otro lado otras ONGs distribuyen preservativos y hablan de la sexualidad sin tabúes para evitar riesgos.

[...] luego de todos estos campanazos ¿qué hará el ovejero, que camino tomará? El repetirá simplemente el discurso que queremos escuchar, según la ONG en la que se encuentra.

Esta competencia entre las instituciones además de desestabilizar al joven y meterlo en una relación clientelista, aunque tengan un funcionamiento responsable o no, finalmente toman la responsabilidad de ir y hasta contribuir a mantener al joven en la calle. Frente a esta confusión de las instituciones, esta realidad es la única estable. La relación hacia el adulto como hacia la institución es poco creíble, casi infantil frente a los ojos del adolescente, ya que el puede comparar los programas, lo que las instituciones no hacen.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Una institución busca a menudo la presencia de una gran número de jóvenes en situación de calle dentro de sus muros, y en cambio les dan de comer.

Se prolonga el círculo de la calle y los comportamientos a los que está acostumbrado. “En la calle me tengo que prostituir para que me den de comer, acá yo soy la víctima para que me den de comer.”

El educador de la calle empieza a funcionar así: “te doy afecto a cambio de tu presencia en la institución”

¿A quién estamos ayudando en las instituciones, las ONGs? ¿Están realmente interesadas en estos jóvenes intentando comprender cómo funcionan?

La competencia entre las instituciones no es un fatalidad, en los testimonios que siguen, podemos ver que algunas tienden a ponerse de acuerdo sobre la importancia de comunicarse entre ellas, para el acompañamiento de una población de jóvenes, y de integrarse de manera complementaria en el proceso educativo.

Educadores intercambiables

Una causa de esta lógica de mercado es que las instituciones no son tan cuidadosas, en la especificidad de la relación educativa que podrían establecer con los jóvenes. De hecho, ellas

instrumentalizan a menudo a los educadores sin tener en cuenta el interés que hay de mantener los educadores en el campo y recolectar sus experiencias.

Una transición mal gestionada

Los educadores viven en una situación precaria, están mal pagados y se encuentran en el escalafón más bajo en la institución. Cuando –por una razón o la otra- deben salir de su trabajo, lo hacen de un día para otro, sin dejar nada atrás y sin transmitir ninguna experiencia. Además los nuevos educadores no están dispuestos a recibir lecciones de los viejos educadores, o de hacer un seguimiento y las instituciones no alientan esta transmisión. La partida de cada educador destruye un capital de confianza y la experiencia adquirida con los jóvenes no es retomada. Por otra parte los adolescentes de las calles construyen su propia experiencia sobre las instituciones, no van a tenerle confianza a las instituciones y no recurrirán a ellas que para una necesidad inmediata (una cama temporal y un poco de comida).

Blanca, México D.F, México.

El seguimiento de los jóvenes se paró debido a un cambio de personal. Esto me afectó mucho. Yo les dije eso a los nuevos educadores, pero como no era su jefa, no lo tuvieron en cuenta. Ciertos educadores nuevos tienen este defecto, el defecto “del nuevo”. Como son nuevos en la institución no saben nada y no aceptan la experiencia y los consejos de los que sabemos, los antiguos.

Los métodos psicoeducativos se quedan a menudo en una intención sobre el programa de las instituciones. Sin embargo existen de manera informal. Los educadores poseen un conocimiento y una actitud dados por su experiencia profesional en campo y su personalidad. Observamos muy a menudo que la sistematización de las experiencias de manera formal no se da, ni por la transmisión escrita ni oral.

Clarita, Bogotá, Colombia

Lo que no sigue funcionando es el seguimiento del joven en el largo plazo. Un procesos de rehabilitación requiere, a veces, años. El trabajo del educador de la calle exige la presencia del educador a largo plazo. No podemos hacer este trabajo como un funcionario. El joven evoluciona, recae o reincide en la calle, luego sube, etc. Lo más importante, yo creo, es estar ahí durante todo este largo proceso. Esto pide amor y compromiso en el tiempo.

Un educador puede tener varias razones para dejar la institución, pero ésta tiene el deber de preparar su partida, previendo si es inesperado. Se debe, en principio, preparar al joven frente a esta separación, esperando que la integre en su historia y no sienta que fue abandonado. El educador y la institución deben crear una respuesta satisfactoria para el joven. Luego que el educador transmita a su sucesor su historia y su vínculo con los jóvenes, que transcriba sobre cada joven los eventos de su vida, sus accidentes, los detalles del acompañamiento, información sobre su personalidad y su entorno.

Si el remplazo no está asegurado luego de la partida del educador, todo el trabajo realizado, la confianza adquirida con el joven, todo esto es tirado a la basura y se debe empezar de cero.

Suponiendo que el joven acepte todavía, ya que luego de la ruptura mayor con la familia, el adolescente vivirá esta partida como una nueva separación y una traición de la sociedad.

El personal educativo que llega para tomar el remplazo, lo que es nocivo para este ambiente y en el acompañamiento de los jóvenes en situación de calle, debe estar capacitado en todas las prácticas para poder continuar. Respetar y reconocer la historia de la relación, que un educador mantenía como un vínculo privilegiado con el joven, es primordial. El nuevo educador debe privilegiar la observación sobre la acción y meterse en esta historia, y sobre todo no reinventar. Los nuevos educadores que llegan cometen a veces la imprudencia de querer ponerse en la posición de control y manejo frente a este nuevo ambiente porque les produce miedo.

La etapa de la transmisión no se promueve por las instituciones como se debería. La falta de tiempo es la excusa más utilizada ¿Pero no es la función de las instituciones gestionar el tiempo para dedicárselo a los asuntos importantes?

El baile de los educadores y sus consecuencias

Se sabe que los educadores duran poco en las instituciones, lo que agrava la problemática de la transmisión y la estabilidad de relación con el joven. Su motivación es primordial y el nuevo educador puede sorprenderse o decepcionarse, en sus aspiraciones, por la realidad del ambiente, como lo señala Martín.

Martín, México D.F, México

La inconsistencia del personal es muy lamentable, pero es inevitable puesto que la institución no está realmente consolidada a nivel metodológico. A pesar del cambio del personal, la institución sigue existiendo, metodológicamente está frenada en su crecimiento porque la experiencia de los educadores desaparece y no se sistematiza.

En nuestra institución intentamos sistematizar las experiencias debido al cambio constante del personal. Nosotros buscamos profesionales que no estén relacionados en un aspecto religioso, que no estén comprometidos a nivel político y que no piensen en “salvar el mundo” al trabajar con nosotros. En este proceso de selección, encontramos a menudo, personas muy valientes, que quieren cambiar el mundo, sensibles y entusiastas, que quieren hacer lo mismo que zapatistas y más aun.

Incluso si el perfil es muy atractivo para la institución, por experiencia, es un perfil que no dura. Se trata de una persona que sin duda dejaría la institución rápidamente porque se va a desencantar. Cuando este “salvador del mundo” se da cuenta que no podrá salvar el mundo por su cuenta, se irá.

Necesitamos gente que tenga una visión profesional de su carrera. Es decir psicólogos, antropólogos, no importa la profesión en este campo, una persona que busque un desafío profesional y que quiera realizarse en su carrera. De esta manera, esta persona trabajará para ella antes que todos, y creo que se quedará en la institución. Ella va a quedarse porque es su desafío. Por ejemplo, “Beto”, un compañero de trabajo que tiene quince años en la institución tenía un desafío profesional que vale subrayar: ¿Cómo adaptar la psicología universitaria y democratizarla a una escala humana, con los jóvenes en situación de calle?

La emoción no debemos dejarla del todo de lado, pero no debe ser nuestro único motor, ya que se desgasta con el tiempo de una forma u otra. Según yo, el lado profesional nos debe guiar.

[...]

Existe un gran desafío que resaltar por parte de los educadores de la calle. Sería importante que se reunieran a interrogar, dentro de su institución, sobre sus objetivos educativos con los jóvenes.

No estoy seguro que las cosas cambien. ¿A quién reclutamos para ser educadores de la calle en estas organizaciones? Hablo del caso de la Ciudad de México. La mayoría son militantes religiosos, que vienen a evangelizar a los jóvenes, o universitarios recién graduados que no encuentran trabajo. Llegan aquí porque les gustaría trabajar con los jóvenes de las calles, pero sólo por experiencia y llenar su CV.

Algunos se quedan por error o por otras razones, pero se van rápidamente, se van todos.

Al remitirse a la inestabilidad de los educadores, Martín plantea la pregunta del reclutamiento. El cambio de personal frecuente es muy común en las instituciones que trabajan con los jóvenes en situación de calle. Es una realidad con la cual debemos vivir. ¿Cómo explicarla?

Diversos factores se pueden citar, un salario poco atractivo y sin valor, una falta de filosofía institucional, poco o nada de trabajo en equipo, lo que aísla al educador en el campo, un reclutamiento frágil que atrae personas que por su perfil no se van a quedar mucho tiempo.

¿Cómo es que un educador puede quedarse en el largo término en una institución, cuando está mal pagado y poco valorado en un trabajo con una fuerte presión psicológica y a veces física? O se trata más bien, que el cambio de personal en el acompañamiento de los jóvenes en situación de calles afecta a todo el mundo, como lo vimos antes, desacredita la institución en el largo plazo.

El estudio de las motivaciones de los educadores y los motivos dados por su partida reflejan la primera causa de este fenómeno la cual es la debilidad de la formación y la preparación, una vez se contrata a un nuevo educador. Por asunto de presupuesto, la institución no destina tiempo ni miedos suficientes para reclutar educadores de calidad y tampoco a la formación profesional de partida.

Este fenómeno es bien conocido en todas las direcciones de recursos humanos en todas las empresas. Si actuamos así, sólo contrataremos trabajadores frustrados y poco calificados, y se debe multiplicar los reclutamientos porque las salidas se darán sin cesar. En el plano presupuestal, esto puede tener n sentido para ciertas instituciones, ya que durante el tiempo de partida de un educador y el reclutamiento de uno nuevo, se ahorra un salario. Pero es un mal cálculo desde el punto de vista de la misión de la institución.

Los educadores de las calles, aunque estén mal pagados, siguen actuando con cuidado y profesionalismo. Pero mientras las instituciones continúen esta política de urgencia, encerraran a los educadores en un doble discurso que los desmotivara. Si se pretende que trabajen en un largo plazo y no se les da la posibilidad de hacerlo, las instituciones van a fomentar la rotación de educadores desmotivados muy rápido, lo que incrementa la tendencia de las instituciones a gestionar en la urgencia.

¿Una sistematización de la experiencia? ¡No hay tiempo!

[...] La sistematización de la experiencia no debe ser una norma impuesta, pero debe ser un seguimiento útil tanto para el educador como para las instituciones que permita saber que se hace, enriquecerse de lo que funciona y tener en cuenta lo que no funciona, con la sistematización se evita la incesante repetición de errores metodológicos. Los educadores deben ser guiados hacia una constitución metódica de su experiencia. Desafortunadamente las instituciones tienden a llenar los horarios de los educadores con reuniones urgentes, y exigiéndoles un trabajo de calidad en la calle, en lugar de construir y compartir sus experiencias de forma progresiva.

Mónica, México D.F, México

Cuando estamos saturados de trabajo, cuando estamos en plena acción, no podemos tomarnos el tiempo de acompañar individualmente a los jóvenes, por falta de tiempo, porque no lo planificamos, por falta de comunicación. A veces pasan muchas cosas en la institución, y no tenemos la capacidad de involucrarnos convenientemente con el joven. Se debería sentarse con el joven veinte minutos, pero no tenemos tiempo para hacerlos, porque corremos todo el tiempo, tenemos que caminar de un lado al otro. Este activismo sin reflexión es muy frustrante ya que es ineficiente. A veces tenemos que redactar informes al final de la jornada sobre las actividades realizadas con tal y tal joven ¡Tenemos que pensaren todo al mismo tiempo! En todo sin poder seguir un proceso educativo de calidad. Lo que más me molesta es no tener el tiempo de establecer procesos educativos. Esto es lo que me frustra realmente.

Cuando se habla de la falta de tiempo, solo podemos quedar perplejos. Tendríamos tantas ventajas al crear una experiencia progresiva, evitar la repetición de los errores y mejorar las condiciones de trabajo de los educadores que nos preguntamos que es lo que en realidad justifica tal negligencia. Ciertamente es difícil enfrentar todos los puntos de vista, pero los beneficios que sacaríamos de estos serían evidentes.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

En un equipo, no todos ven siempre lo mismo. Un médico puede pensar muy diferente de un educador, puede pensar que el trabajo de la calle es muy bueno porque tiene una visión paternalista, etc. Al nivel psicológico, el trabajo debe ser clínico para ayudar a los jóvenes a salir de su problema de adicción. Al nivel social podría ser más fácil contactar a un miembro de la familia para que se haga cargo del joven. Cada uno tendrá su punto de vista desde su sector profesional, además de imaginar que su sector es más importante que los otros. Yo creo que esto no debe funcionar así.

Yo creo que deberíamos tener objetivos en común, conocer los objetivos de la asociación, y donde nos encontramos.

Ronny, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

No avanzamos porque no actualizamos nuestros conocimientos y nuestros métodos educativos.

En mi institución no sistematizamos ninguna experiencia, un educador que deja su trabajo, que posee muchas informaciones y experiencia, no deja rastro de todo este conocimiento acumulado por años.

La institución le da lo mismo

Helena, directora de programa, médica por largo tiempo que trabaja con los jóvenes en situación de calle, San Salvador, Salvador.

Yo creo que sistematizar las experiencias a través del internet es un buen medio de utilizar las nuevas tecnologías al servicio del intercambio.

Desafortunadamente, los intercambios entre los educadores y las instituciones no se hacen ya que no hay dinero para organizar un encuentro semanal entre nosotros.

Los voluntarios: una buena voluntad a menudo mal enmarcada

[...]

Podemos establecer diferentes categorías de voluntarios:

-los voluntarios benévolos, a menudo locales, que dan tiempo luego de su trabajo a una asociación que ayuda a los menos beneficiados. Estas personas solo sacan de su actividad una satisfacción personal.

-Los pasantes de las universidades locales sobre todo, ellos hacen una pasantía como parte de su formación. No son remunerados, pero encuentra en su voluntariado un interés pedagógico en el marco de sus cursos (psicología, sociología, etnología...)

-Los voluntarios remunerados. La mayoría son voluntarios extranjeros que dependen de estructuras que tienen los medios para financiarlos (ONG, asociaciones en Europa, Estados Unidos o países ricos).

Los voluntarios extranjeros en gran parte trabajan por un periodo de 6 meses a 2 años en promedio en una actividad de una institución local en diferentes especialidades (urgencia, desarrollo, educación, etc.) al igual que en el sector del acompañamiento de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle.

Acá no hablamos de “voluntarios profesionales pasajeros” como los “french doctors” que hacen misiones de beneficencia en zonas de emergencia. Los otros voluntarios humanitarios vienen generalmente de Europa o América del Norte, muchas veces sin experiencia profesional (antes de empezar sus estudios superiores, entre sus estudios o antes de empezar una profesión remunerada).

Las motivaciones son diversas, pero tres son las más frecuentes, y pueden o no combinarse:

-adquirir por ellos mismos una experiencia interesante (eventualmente podría resaltar en su CV de regreso a sus países).

-consagrar un periodo de sus vidas ayudando a las personas

-comprobar en la práctica su deseo de dedicarse profesionalmente en una labor humanitaria.

Varios pueden contactar directamente una asociación local, pero la mayoría pasan por intermedio de organizaciones especializadas en la acción humanitaria o recaudadores de fondos. Para aquellos o aquellas que su motivación principal es adquirir por ellos mismos una experiencia interesante, es muy importante que la ONG que lleva el proyecto y que envía al voluntario prevea con anticipación motivaciones más profundas en los voluntarios, ya que es evidente que compartir y descubrir el universo de los jóvenes en situación de calle se necesita un compromiso personal, una sensibilidad social y un deseo de empatía profundos más el puro interés.

En este capítulo, nos enfocaremos principalmente en los voluntarios extranjeros, aunque ciertos elementos se apliquen a los voluntarios locales. Al venir por un periodo corto, los voluntarios extranjeros a menudo están ávidos de conocer los jóvenes de la calle que a veces se vuelve caricaturesco.

Mónica, México D.F, México

Es importante que se impliquen con los jóvenes, que tengan más tiempo para establecer una relación con los jóvenes. Trabajar con un voluntario es interesante porque tiene una visión diferente.

A partir del momento en que no los ven como “los pobres pequeños” o utilizarlos como un objeto de estudio, haciéndoles preguntas como ¿Te han violado? Cuéntanos es interesante.

El problema es que los jóvenes no se dejan engañar y saben contar sus experiencias. Ellos saben como es la dinámica con los voluntarios y nosotros seguimos con el discurso de la lástima.

Muchas veces las historias de los jóvenes son impresionantes, y contar a los demás que se trabajó con “sujetos” difíciles y que además son jóvenes de las calles, es espectacular, se ganan una buena impresión, y regresan a sus casas como héroes.

Yo creo que ciertas personas vienen del extranjero por poco tiempo para hacer un artículo, una foto, como una forma de considerar a los jóvenes de las calles como cosas.

Y sobre todo cuando los jóvenes hablan con ellos y les confían cosas, es increíble como estos voluntarios se sienten elegidos por los jóvenes. Imagines les confiaron secretos de sus vidas, pero en realidad ellos se contentaron en contar lo que el voluntario quería escuchar.

El comportamiento de los voluntarios puede remitirnos, en ciertos casos a un neocolonialismo. Muchos de ellos llegaron a un territorio conquistado y de una forma pretenciosa y arrogante, estas actitudes detestables, sobre todo de la gente que hace una misión de unos meses al lado de los educadores que llevan años de experiencia. Esto perjudica el primer contacto y la primera impresión que se hacen de ellos los educadores, los adolescentes y las instituciones locales. La desconfianza pudo darse debido a esta torpeza desde el principio, impidiendo la construcción más profunda de una relación.

Ronny, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Lo que yo observo es que cuando un voluntario europeo o americano llega y viene a ayudar en un proyecto, a veces puede salir con un verdadero reconocimiento internacional y pasar por un héroe, haciendo una fotografía, una película con los jóvenes en situación de calle.

A menudo somos los educadores de las calles, con años de experiencia que les enseñamos la calle y el trabajo. Pero como somos latinoamericanos, lo que hacemos parece evidente y fácil.

He aprendido en mi trabajo en la calle no en otro lugar. Los muchachos fueron mis profesores, no puedo decir que soy un gran educador, jamás. Ellos son los que nos forman.

Ronny lleva más de 10 años de experiencia con los jóvenes en situación de calle y a veces sufre por la falta de reconocimiento. Le cuesta aguantar que ciertos voluntarios extranjeros crean entenderlo todo o saberlo todo en algunos meses, aun cuando el contexto cultural y la lengua no la conocen.

La institución local debe desde el principio controlar este tipo de comportamientos, ubicándose como la guardiana de los deberes de los voluntarios, debe evitar que los voluntarios se pongan en contacto de manera brutal con la población local. Debo aclarar que la actitud agresiva no constituye la mayoría, pero los voluntarios, en general, tienen otras motivaciones (deseo de ayudar simplemente o confirmar su orientación profesional hacia lo humanitario). En este caso la experiencia puede verse como un logro o una falla tanto para el voluntario como para la institución local, en el caso que el voluntario haya recibido o no una formación previa o trabajará o no como local.

Recibir al voluntario

Los voluntarios extranjeros vienen en la mayoría de una ONG de sus países. La institución local recibe esta mano de obra “gratuita” sin saber que hacer con ella aún si estas personas están bastante calificadas y se adaptan fácilmente al entorno. Este recurso complementario es varias veces subempleado, o utilizado en oficios que no tienen nada que ver con el perfil de los voluntarios.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Muchas veces ignoramos el potencial del voluntario y lo que podría aportar a la institución. El voluntario extranjero viene porque quiere, a diferencia de mucha gente que trabaja por un salario. El voluntario quiere estar aquí y cree en lo que hace. No tomamos en cuenta su buena voluntad. Los utilizamos como “rellena huecos” y los mantenemos ocupados: “ocúpate de este oven, sólo tienes que hacer una pulsera con él si quieres”, pero olvidamos que esta persona que utilizamos como “rellena huecos”, que enviamos a hacer una pulsera, puede ser un psicólogo, un sociólogo, un artista o un payaso en su país.

No utilizamos como se debe las capacidades de los voluntarios. Se podría decir que las instituciones tienen voluntarios sólo para decir que los tienen. Cuando son extranjeros da prestigio, ya que tras bambalinas depende del país de donde provienen los fondos para la asociación local, y por eso tenemos voluntarios de una nacional precisa por casualidad.

La mayor crítica que yo haría es que aceptamos todo tipo de voluntarios que no necesitamos, ¿Por qué en el fondo si no tienen el perfil, los tenemos como voluntarios? Esto le da más trabajo a los educadores y le hace perder tiempo al voluntario que viene de lejos. Un voluntario calificado no puede utilizar sus capacidades en este contexto a favor de la institución. Al terminar su voluntariado no podrá decir “trabajé mucho, no deje de aprender y enseñar”, se van con una frustración: “no me dejaron hacer nada, me aburrí”, es por eso aconsejable que el voluntario llegue para apoyar un proyecto.

Alfonso transmite la dificultad de recibir un voluntario extranjero, puesto que el equipo social y educativo de la institución no lo conoce y no está preparado para recibirlo. A menudo los voluntarios “desembarcan” en la institución sólo con la dirección de ésta, ni siquiera se le avisa al equipo de la llegada del voluntario. En estos casos, desde el principio se crean tensiones, ya que los educadores no comparten que la institución haya tomado esta decisión de forma unilateral. Existe un riesgo de que el equipo no esté motivado en recibir al voluntario y apoyarlo durante su estancia.

Otro tema de fricción entre la dirección de la institución local y sus educadores de la calle es que los voluntarios vienen de países donadores de la institución. La institución se pone a los pies de los voluntarios ya que su opinión cuenta y contarán a sus donadores su trabajo con los adolescentes de las calles. Esta situación molesta a los educadores de las calles que no se prestan a este juego de la dirección para mostrarse frente a sus patrocinadores.

Un programa de recibimiento de los voluntarios en las instituciones puede favorecer una selección previa donde los educadores contribuyen a esta selección, ya que finalmente son ellos que los acompañarán.

Blanca, México D.F, México

Yo creo que el recibimiento del voluntario debe tener en cuenta diferentes aspectos. Creo que debemos tener en la institución un programa en el cual los voluntarios puedan integrarse y la institución sea clara en cuanto a sus necesidades y actividades que va proponer al voluntario. Una actividad en la cual el joven voluntario se involucrará de principio a fin durante su estancia.

Lo difícil para el voluntario es que llega a un proyecto que no conoce y que no va ver terminado, por lo cual le será difícil integrarse ya que no va ver la película completa, lo que quiero decir. El voluntario debe involucrarse en actividades muy específicas y concretas, con un objetivo preciso que debe realizar hasta el final. El voluntario debería ver el resultado de su trabajo al término de su estancia y vivir el proceso de principio a fin de esta actividad. Si hay un sector de la institución como el de la prevención que necesita un voluntario, debemos preguntarnos en que actividad va ayudar, quién puede hacerlos, que perfil profesional se necesita.

También es importante presentarle todos los sectores de la institución para que conozca la institución en su conjunto. Conocer su nombre y que conozcan y ubiquen a los demás. Además tenemos que recordar que no son remunerados, sólo subvencionados. Yo creo que a un momento debemos reconocer de una manera u otra su contribución a la institución. Todo el mundo busca un mínimo de reconocimiento, debemos darles tiempo. Las instituciones deben ver, antes de recibir a un voluntario, si pueden dedicarles tiempo antes de que sean autónomos. Todos necesitamos tiempo de atención, en nuestra institución falta un espacio para recibir a los voluntarios. Y especialmente debemos reflexionar que tipo de voluntarios necesitamos, no necesitamos de todo el mundo.

Las exigencias para los voluntarios, útiles, modestos y escuchar

La falta de humildad que se refleja en la arrogancia y una falsa superioridad de una persona hacia la otra, de una raza hacia la otra, de un género sobre otro, de una clase social o de una cultura sobre otra es una transgresión de la vocación humana, de sentirse superior.

Es primordial en el interés del voluntario, rectificar su acuerdo con la institución escogida, como lo dice Blanca, el voluntario está en la posición de un espectador de una película de dos horas de la cual verá que cinco minutos en la mitad. El voluntario no conoce casi nada de los antecedentes de la acción de la institución local a la cual llega, ni los objetivos establecidos con un joven u otro, ni la mentalidad o la cultura del país.

Es por eso que le tocaría desde su inicio investigar sobre la institución, preguntar a los profesionales y los educadores sobre las orientaciones y las prácticas, e informarse sobre su ética profesional.

Pero antes que todo, como toda persona que se prepara a vivir una experiencia hacia lo desconocido es fundamental empezar por observar.

Blanca, México D.F México

Se debe ser una persona respetuosa del espacio al que se llega, ya que es un sitio que no conocemos. Es importante tomar su tiempo y conocer la institución en su conjunto, los diferentes sectores, el personal para ver lo que se puede hacer según su propia visión de las cosas.

Todos tenemos una lógica propia, incluso si no nos damos cuenta. Es lo mismo con los jóvenes, no siempre entendemos porque se comporte de una o cierta manera, pero su comportamiento tiene una lógica y es lo que debemos intentar comprender.

Intentar comprender la lógica del sitio que descubrimos es importante, si no estamos de acuerdo es mejor irse. Si no coincidimos con la filosofía del lugar, si vemos que las cosas no se hacen como queremos que se hagan o como pensamos que se deberían hacer, es mejor tomar distancia.

Si realmente el lugar no nos gusta, que trabajamos según nosotros de una forma incorrecta o según una lógica que no es buena y además no nos sentimos bien recibidos, es mejor irse.

Por una parte es importante que el personal de la institución pueda recibir la percepción de las cosas que tiene el voluntario, puede exponerlas de manera respetuosa las diferencias entre los puntos de vista o los desacuerdos. Debemos expresar nuestros desacuerdos, si nos escuchan o no, no es determinante. Lo importante es que los expresamos y que seamos coherentes con nosotros mismos.

Todo es cuestión de respeto y humildad entre los dos interlocutores

Vemos en este ejemplo que un voluntario extranjero puede a veces parecer arrogante con respecto a los que hace o no en la institución que descubre. Varios tienden a criticar fuertemente la institución que los recibe y sin proponer nada para mejorar.

Blanca propone precisamente, una comunicación mas fluida entre el voluntario enojado y la institución ofendida, antes de una ruptura definitiva en el diálogo, ya que esto puede terminar rápidamente en varias semanas en una violencia para todos.

Generalmente es importante que el voluntario evalúe su conocimiento que puede dar a la institución y que esté consciente de lo que quiere aprender en el campo. La primera exigencia, sin duda, incluso antes de llegar a un país extranjero, es tener un mínimo interés por el país, tanto a nivel cultural como por el idioma.

Martín, México D.F, México

Nosotros no aceptamos voluntarios de todos los perfiles, por ejemplo a nivel local, no aceptamos estudiantes de universidades porque se establece una relación de utilidad poco sana. Los voluntarios de clase media o alta creen que van a salvar la institución o vidas gracias a su presencia. Esto no funciona así, el voluntario debe llegar con una cierta humildad y una con la capacidad de escuchar. Es muy difícil aceptar un voluntario que llega con una actitud arrogante y quiere enseñar antes que aprender. Nosotros estamos en contacto especialmente con universidades públicas porque su trabajo se acerca a esta orientación del aprendizaje.

Del lado internacional los voluntarios nos han aportado mucho. Primero, llegan a un país que no es el suyo, lo que los sitúa en una posición de escuchar; y van a intentar entender que pasa acá. Segundo, vienen generalmente por un periodo más largo, donde las relaciones de amistad y los intercambios son más intensos que una persona local que viene solamente por dos horas a la semana a la institución. Se puede compartir entonces alrededor de la comida, las salidas porque tenemos tiempo de establecer una relación humana, y así el voluntario se puede acercar a la población que vino a conocer.

Pero la integración no es fácil, debe haber la suficiente confianza en sí mismo para hacer preguntas, y si no hay una confianza previa al intercambio con el equipo, el voluntario no se atreverá a hacer comentarios por respeto. Nosotros intentamos que los voluntarios puedan dejar por escrito sus observaciones sobre el trabajo que pudieron ver y su experiencia en la institución. Es una forma para nosotros de mejorar.

A su llegada, el voluntario debe poder remitirse a un educador de la calle, ya que ellos no están siempre disponibles, tienen mucho trabajo y a veces no están dispuestos a recibir improvisadamente al nuevo voluntario. Normalmente, el voluntario tiene un referente, el coordinador que está en la institución. Lo que observamos en realidad es que el voluntario buscará referentes entre los educadores, siendo el coordinador poco solicitado. Las instituciones deberían liberar un poco de tiempo para los educadores, con el fin de que puedan realizar esta función de bienvenida. Cuando el voluntario extranjero tiene curiosidad por conocer la experiencia del educador, este se siente halagado y transmite de buena manera su experiencia.

Ciertos voluntarios extranjeros tienen una idea preconcebida y una representación errónea de los jóvenes en situación de calle, no quieren un trabajo institucional enmarcado y se imaginan salvando a los jóvenes en unas semanas con la ayuda de los educadores de la calle. Se frustran de no poder actuar y toman la iniciativa fuera del marco institucional en el que se encuentran. Varios les gustaría, por ejemplo, vivir noche y día con los jóvenes, mientras que los educadores, reparten su tiempo entre su vida profesional y su vida privada, y el voluntario cree que hace mejor al comprometer todo su tiempo a favor de la misión, es por eso la importancia del “marco institucional”, es decir los horarios, un espacio, una regularidad en las visitas en la calle, una ética común en el seno de la institución y que se aplica a todos los educadores.

Blanca, México D.F, México

Se pueden cometer miles de errores, por ejemplo dar el teléfono a los jóvenes, llámame cuando quieras, si necesitas. Esto puede parecer una buena intención en sí, pero el voluntario está fuera del marco institucional y la institución no permite tener relación fuera, solamente en el marco, ya que de otra forma no podría controlar el comportamiento y asegurar su protección. Esto debe ser discutido con el equipo educativo, si la institución les aconseja tener muestras de afecto con los jóvenes, pero sólo hasta cierto límite, se debe reflexionar al respecto. No se trata de decirle al voluntario, “no toques a los jóvenes, no te dejes abrazar”, pero se debe establecer límites, saber respetar nuestros límites y los límites institucionales. Hay jóvenes de las calles que tienen la misma edad que los voluntarios y cuando se abrazan no es como amigos, pero se acerca a la seducción. Ha habido casos que se volvieron muy

peligrosos, ya que ciertos educadores como ciertos voluntarios no establecieron los límites afectivos con los jóvenes de las calles. Hemos visto como voluntarios y educadores se han enamorado de ciertos jóvenes. Muchos piensan en su fantasía de salvador que si salen con un joven, sin duda va superarse y salir de la droga. Pero esto nunca sucede así, estamos proyectando sobre el otro la necesidad de sentirnos útil. Nos volvemos dependientes de la relación, necesitamos ser necesarios para el otro, esto no es ético.

Vemos que es muy importante proteger a los voluntarios de estos deseos intensos de salvar al otro, deseos infinitos e imposibles de satisfacer. Es por eso que el respeto del marco ético institucional y el respeto de las reglas educativas establecidas por los educadores de las calles son primordiales. La distancia, en todos los casos se debe aplicar para estar cerca toca ser distante. El voluntario que bien del extranjero, como lo vimos, debe distanciarse para aprender, luego debe continuar guardando las distancias frente a sus impulsos y la tentación de criticar, y sobre todo debe conservar una distancia corporal en su comportamiento frente al joven en situación de calle que va intentar seducirlo y probar sus límites. El voluntario busca seguir su trabajo, su experiencia es única y desea vivirla por completo y de cerca. Es por eso que puede caer muy alto al cegarse en lugar de ver las cosas y ayudar realmente, y es gracias a la distancia que se puede acercar y comprender el marco institucional.

Enmarcar al voluntario y ejercer un cierto control

Vimos que la bienvenida y el perfil del voluntario son determinantes para que su colaboración sea lo más aprovechado, y que la combinación de las culturas sea lo más armónicamente posible. Esta experiencia puede fracasar a causa del voluntario o la institución, por eso toca recordarle el propósito de su reclutamiento que son los niños y niñas de las calles. Estos últimos tienden a manipular los voluntarios, al igual que son manipulable y son una población muy vulnerable. No olvidemos que se trata de adolescentes que pueden provocar terribles caprichos. Es deber de las instituciones de verificar las motivaciones y el perfil psicológico del voluntario. Los casos de abuso, violencia y pedofilia son numerosos. Ciertas asociaciones tienden a llevar al voluntario hacia un perfil problemático. La dignidad de sus misiones los excusaría de indagar sobre las prácticas de sus voluntarios, las asociaciones laicas son generalmente más cuidadosas.

Como vimos para los educadores, el voluntario realmente necesita una retroalimentación, una mirada exterior sobre su trabajo, su relación con los adolescentes de las calles, etc. Más que limitar lo que es sospechoso y problemático, se trata de un diálogo constante que se necesita, luego de una selección minuciosa con el fin de integrar la distancia necesaria que le permitirá abordar de manera constructiva a los adolescentes de las calles. Martín realizo un hermosa síntesis que nos recuerda como el educador y el voluntario, incluso extranjero, debe someterse a un cuestionamiento fundamental idéntico. ¿Por qué acompañar a los niños y niñas de las calles, qué es lo que motiva este proceso?

Martín, México D.F, México

Somos muy pocos los que conocemos realmente los voluntarios que pasan por la institución. A veces tenemos una visión del voluntario extranjero como aquel que tiene el conocimiento que nos va a enseñar. En nuestra institución intentamos tener una relación diferente. Para nosotros el voluntario se invita a que tenga una actitud de escuchar y convivencia con el equipo y los jóvenes.

¿Las motivaciones que nos impulsan a trabajar con los jóvenes en situación de calle? Todos estamos aquí, como los voluntarios, por una razón particular, estamos interesados por los jóvenes

de las calles. Si no estuviéramos aquí seríamos empresarios haciendo dinero, por ejemplo. Si estamos aquí y que trabajamos este problema específico es que existen conflictos en nuestra vida que estamos resolviendo.

Si en nuestra condición humana no podemos identificar esto, las motivaciones que no llevar a realizar este oficio, entonces tendríamos los medios para prevenir y evitar ciertos errores y daños que le provocamos a la población con la cual trabajamos y a nosotros mismos.

Existen perfiles que no pueden entrar en contacto con la población. Por ejemplo, una persona que tiene un perfil depresivo no debe volverse voluntario porque se arriesga a estar más deprimida por la realidad de los jóvenes en situación de calle. Otros perfiles no se adaptan como lo son las personas exaltadas que están “muy” motivadas, quieren cambiar el mundo, pero a veces esconden una depresión severa detrás de esta exaltación. Se van a frustrar porque la realidad no cambia tan rápido y de manera espectacular como lo habían imaginado.

Durante el reclutamiento sometemos, a veces, los candidatos a pruebas psicológicas y nos quedamos con ellos si tienen un perfil interesante. Es muy importante vigilar el estado psicológico del personal para proteger los jóvenes con los que van a trabajar. Es una cuestión de ética profesional.

Un elemento primordial es ser claro sobre el lugar que queremos ocupar en el mundo. Es fundamental y este posicionamiento va permitirnos determinar el tipo de participación a la cual nos comprometemos. Los voluntarios tiene un periodo de vida institucional que debe ser clara y marcada. Es importante preguntarle al voluntario cuanto tiempo y en que va participar.

El trabajo voluntario, como su nombre lo indica, se basa en la voluntad. La voluntad no es lo mismo que el amor eterno e indefinido. La voluntad se enfoca según los intereses y los valores. Si yo, como persona, reconozco que estoy cambiando [mi contacto con el campo], entonces mi trabajo con voluntario va cambiar. Muchos llegan a encontrar exactamente lo que buscan, otros tienen revelaciones profesionales y se quieren dedicar a este trabajo, y otros ven el voluntariado como una experiencia de vida que les va a servir profesionalmente.

Observamos que la mayoría de los voluntarios ven un enriquecimiento de sus vidas, y consideran su experiencia con los jóvenes en situación de calle como una experiencia de vida, y luego se pueden interesar en otros tipos de acciones, como la ecología. Más del 80% hacen parte de este tipo de motivación, hacer una experiencia de vida intensa. Los otros que son los menos numerosos son los voluntarios que buscan una posibilidad de desarrollo profesional.

Intentar identificar el tipo de participación que quieren tener en los problemas sociales o los fenómenos sociales, genera tranquilidad y una cierta seguridad porque hay un cierto número de voluntarios que quieren atacar todos los problemas de la institución. Quieren ayudar a buscar financiamiento, ofrecer un apoyo metodológico, trabajar directamente con los jóvenes. ¡Esto no es posible! Es una locura que les dejará un gran sentimiento de frustración.

Mejor vale, en mi opinión, concentrarse en una sola actividad, el aporte será reducido, pero será más satisfactorio y corresponderá a lo que se ha fijado.

Con los voluntarios intentamos obtener en nuestra institución que el resultado de lo que aportan se materialice como un resultado al final de su voluntariado. Que quede un registro de su trabajo de voluntario, lo que puede ser un informe escrito, un video, una pancarta para la institución. Es importante que el voluntario no pase por la institución sin que sepamos que huella pudo dejar.

Sean los elementos en el trabajo de campo, las problemáticas tratadas, pudimos resaltar la necesidad primordial hacer de la institución, en términos administrativos, un tercero, un testigo que regule y de cuerpo al trabajo de campo. En cada ocasión la omnipresencia de la acción de emergencia se convierte en un problema fundamental, pero si la emergencia es lo que sin cesar a desviar el trabajo de todos, sin duda se debe a la organización misma de la administración de la institución.

3

Niñas y niños de las calles que crecieron

Al terminar el capítulo anterior tuvimos razones para bajar los brazos: la población adolescente que viven las 24 horas del día en la calle, que dejaron a sus familias para unirse a una pandilla, y sufren traumatismos fuerte, sigue en aumento. Nuestras prácticas institucionales se volcaron hacia este niño de siete años que quedo enmarcado eternamente en la foto de un tríptico institucional, más sin embargo él ha envejecido, e incluso tuvo hijos en la calle. Las instituciones continúan insistiendo en cultivar el ideal de los niños y niñas de la calles, cuando ellos están en constante transformación, por el simple hechos que es un ser viviente, y pasada una cierta edad saldrá del marco impuesto por las instituciones.

Román, México D.F., México.

Ver a los jóvenes quedarse en la calle, sus hijos que nacen y crecen en la calle, empezar su vida, desde pequeños en la calle al lado de su madre que se droga, que vende droga, que se pelea con su compañero que también se encuentra en situación de riesgo... a veces esto nos baja la moral y a toda la institución. Existe este problema de repetición y luego están estos jóvenes que no se han decidido y que ya están grandes; no han decidido cambiar de vida y empiezan a ser olvidados por las instituciones. Hay toda una población que los ha ayudado y luego olvidado, estos jóvenes adultos entre los 18 y 25 años se convierten en indigentes. Son muy pocas las instituciones que los ayudan. Lo más difícil es que los encontramos todos los días y no podemos proponerles nada. Los conocimos desde pequeños y parece que a nadie les interesa.

¿Aquellos que quedan?

Vamos a intentar a recrear el fracaso de un acompañamiento, el recorrido típico de un joven en situación de calle en Centroamérica, que se sale de la línea de las instituciones. Luis vive en la calle desde hace varios meses, varios años posiblemente.

Ya no es un menor de edad desde hace algunos meses, ha dejado de pedir ayuda a las instituciones que frecuentaba antes. Al contrario, se ha vuelto agresivo con ellas y se encierra en la ingratitud y el mutismo. Ya ha presentado varios disturbios de personalidad debido a su modo de vida. Luis comenzó posiblemente, como muchos, a ser un niño trabajador en la calle, seguido del rechazo de su familia, la cual en una situación precaria económica y psicológica, él finalmente se quedo con ella.

Luis tenía un bonito rostro antes del *pegamento*, sustancia a la que ha recurrido hace varios meses y que le va dejar secuelas irreversibles en el sistema nervioso, con temblores en los miembros superiores y problemas de comportamiento. De un solo golpe se ha hecho saca de todos los programas educativos de las ONGs, ya que no logra controlarse, no soporta el chantaje de las reglas institucionales, el menor obstáculo le pide mayores esfuerzos últimamente.

Luis iba todavía al centro de la ciudad para ver a sus amigos y pasar un momento seguro, pero cada vez está más y más nervioso y enojado con respecto a todo y todos, que terminó por pelearse con toda la pandilla y ha preferido no volver a ir al punto de encuentro- el centro de la ciudad donde tiene la costumbre de pedir limosna- por miedo a un ajuste de cuentas. Deambula por la calle, en los vecindarios más alejados, donde todavía tiene vínculos con los vendedores de jugos de fruta, o habitantes que lo conocen desde hace varios años. Le llamábamos *Chiquito*, ya que era pequeño y agraciado, sus ojos tienen un magnífico color marrón oscuro.

Todavía sigue siendo pequeño de estatura, no ha crecido mucho. La experiencia de la calle lo ha envejecido pero no ha crecido adecuadamente, esto se debe a una alimentación precaria y poco frecuente y de las enfermedades que ha contraído. Aunque haya dejado de ir a los centros y no participe en los programas educativos, Luis todavía mantiene algunos vínculos con los educadores de la calle, pasa a verlos de vez en cuando, cerca al pequeño puente. Los educadores quitan el cartón con el que duerme Luis en el calor del medio día, lo que hace que se levante con dificultad, enceguecido por la luz, logra salirse del trance constante del *pegamento* que le ayuda a olvidar la tristeza, el hambre, el ambiente hostil, y la falta de perspectiva.

El psicólogo del programa educativo ha intentado varias veces hablarle sobre su agresividad, su ira y su excesivo consumo de drogas, pero no ha logrado establecer un diálogo. A Luis no le gustaba el psicólogo, siempre detrás de su escritorio en el centro, con sus lentes y su sonrisa. Las reuniones semanales con el psicólogo eran obligatorias para acceder a los servicios alimentarios y sanitarios. Luis no se sentía libre. ¿De qué le podía servir hablar con alguien que no lo conocía? Luis prefería hablar con el educador, “no estoy loco”, se divertía diciendo cuando lo mandaban con el terapeuta. Los otros jóvenes se burlaban de él cuando tenía que ir. Esto también lo enojaba en el Centro, todos estos obstáculos que no entendía y no le parecían justos.

El educador intenta hablar con él, no le ofrece nada, ni le comparte una bebida caliente de vez en cuando, el educador le promete que si él va al Centro, se le cuidará, se le alimentará, estará bien. Luis no quiere ir, el educador intenta persuadirlo, con el miedo de ver en ese estado y sabiendo que sus palabras son vanas. El educador ve el desespero en los ojos de este adolescente perdido

que está abandonando la lucha por sobrevivir; ya que se trata de sobrevivir, vivir es otra cosa.

El educador se acuerda del lindo rostro e inocente de aquel niño trabajador y de su sonrisa. Se acuerda de su primer encuentro hace ya varios años. La calle para Chiquito era uno de los lugares de juego más grande, miles de personajes: los policías, los vendedores ambulantes, la vida que se movía... sobrevivir e intentar escapar de la ley. Cuando Chiquito era un pre adolescente, la calle seguía siendo un placer para él, era una nueva oportunidad para crecer, era una aventura eterna. Desafiaba la muerte, y aprovechaba día a día los “regalos” de las instituciones que intentaban sacarlo de la calle. Luis empezaba a vivir, luego de la violenta separación de su familia, no quería verse encerrado en nuevos problemas, pero lo que él no entendía es que esta libertad sin límites también podía destruirlo, perderlo, que él necesitaba una seguridad ya que era pequeño y no era todo poderoso. Luis tenía mucha energía y era el líder de los *chiquitos*, la banda de los pequeños. Él creía que tenía mil vidas posibles, y que esta era la realidad. Incluso en algún momento Luis soñaba ser un policía porque no quería ser corrupto como los otros, luego quería ser un gánster o un justiciero. Él amaba sobre todas las cosas a su país y adoraba escuchar música y bailar. Se divertía a veces a jugar de guía turístico. Eran tiempos donde se la pasaba en el centro de la ciudad, era una época donde estaba feliz y contento, varios años pasaron así.

Hoy Chiquito está constantemente cansado, sus grandes ojos se han apagado, el educador se va con la promesa que regresará pronto. Chiquito vuelve a su cartón, con la cabeza envuelta en su camiseta, con su envase lleno de pegamento. La época brillante ya terminó, las violaciones, la violencia constante lo han afectado. Si bien la calle le ofrece regalos como la libertad, uno de los mejores regalos que ofrece, Chiquito al encontrarse sin ley y sin derechos se ha convertido en víctima de sus peores aspectos.

El testimonio de Pablo, psicólogo.

Pablo, un psicólogo que trabaja desde hace varios años con los jóvenes en situación de calle y que encontré en Guatemala, tiene sin duda el análisis más pertinente sobre la relación que se juega entre las instituciones y los jóvenes en situación de calle actualmente, sobre todo ese fenómeno de abandono progresivo de las dos partes luego de la ruptura. Pablo resume igualmente los problemas que vive el adolescente de las calles en relación a las instituciones.

Pablo, Ciudad de Guatemala, Guatemala

Instituciones y ongs deben entender que la calle le ofrece al adolescente muchos elementos que él busca. Según los jóvenes, la calle produce descargas de adrenalina, y permite vivir al límite. Desde mi punto de vista como psicólogo, la calle se transforma en una gratificación narcisista, es un placer para el

adolescente en búsqueda de su identidad, de aventuras, de recompensas que no ha encontrado en su casa; es un lugar muy gratificante. Los jóvenes viven sin límites, juegan con la muerte, pueden incluso tener la sensación de vencerla.

Si sobreviven, sus comportamientos de riesgo se intensifica: como en todo adolescente en esta etapa de la vida, están en la búsqueda de ponerse a prueba. Ellos quieren sentirse vivos, conocer ciertas cosas de la vida, fuera del espacio social que los reprime o los contradice, que les impide hacer una u otra cosa, en esta sociedad donde se sienten encerrados. Entonces los jóvenes salen a la calle, tienen la oportunidad de conocer todo esto, todo en la calle es susceptible de satisfacerlos, incluido el dinero.

Los jóvenes manejan mucho dinero en la calle, si bien los vemos como “pobres pequeños sucios”. En un mes pueden ganar el equivalente al sueldo de un profesional promedio. ¿Cómo? mendigando, robando. También usan a las instituciones para comer, vestirse, tener entretenimientos. Ellos mismos lo dicen, tienen una capacidad económica importante.

Entre los educadores nos preguntamos seguido, qué es lo que hacen las instituciones, es proveerles una mejor calidad de vida... ¡en la calle! Las instituciones les damos todo, vestidos, alimentos, pasatiempos, y no se dan cuenta desgraciadamente, que con esta forma de trabajar, lo que hacemos es financiar el consumo de drogas, ya que todo el dinero que el joven gana al lado le sirve para la droga.

...

En la primera fase, el joven va ver en la institución un cierto sustito emocional con todo lo que ha roto en su casa, y con el trauma de haber quitado su hogar. El joven se acerca a la institución y la institución se acerca a él sobretodo cuando éste es pequeño. El niño o la niña van asociar la institución con una reparación con respecto a todo con lo que ha roto. La institución espera demasiad, ya que a la larga el problema para los niños y niñas de la calle, no es el espacio de la calle o las cosas materiales con las que rompieron, más bien es la destrucción psíquica y relacional que se dio cuando tuvieron que separarse del núcleo familiar.

El joven va buscar un vínculo, pero una vez que lo tiene, no lo va a querer más. El joven se siente amenazado, la institución le ofrece lo que le tiene más miedo, algo que el rechaza, que representa todavía a su familia, su hogar: las normas, los limites, esta familia patológica, de la cual quiso huir....

Este es el punto importante: debemos reconocer, las instituciones que la calle un una decisión legítima, que el joven va a la calle para protegerse de todo sufrimiento que puede tener dentro de su familia: a veces el maltrato, o un

abuso. Si el joven va a la calle es la culpa de la sociedad que lo margina, lo discrimina. El joven busca pertenecer a un cierto grupo social.

Entonces aparece una institución que quiere ayudarlos y proponerle lo que él ha rechazado: una casa, un hogar. Y esta institución le dice que es la mejor opción para él. Entonces él tiene miedo, y es algo normal.

La primera etapa, la llamaré la fase armoniosa en relación a la institución, ya que el joven cree al principio que la institución va a ayudarlo a reparar todos los sufrimientos por los cuales ha pasado cuando se fue de su casa. Pero la relación con la institución va poco a poco a deteriorarse, ya que el joven se va dar cuenta que la institución le va ofrecer aquello que él teme y rechaza, todo lo que le hizo daño, ya que la institución va intentar de sacarlo de la calle.

Sin embargo en paralelo, la institución va a "Callejizar", es decir que va a funcionar como en la calle, buscando soluciones para sacar a los niños en la calle. Este es un problema: las instituciones funcionan según el modo de vida de la calle, responden a las necesidades inmediatas del joven, y al mismo tiempo lo obligan a ir a sus muros, ya que tiene el síndrome de "salvadores del mundo" y sienten que llevan una misión del bien contra el mal. Todo este comportamiento provoca en el joven una ruptura con la institución. La fase armoniosa puede durar varios años para algunos, uno o dos meses para otros y luego no quieren no quieren saber nada de los centros y el hogar.

La segunda etapa es la etapa de la frustración y de la manipulación, tanto del lado de la institución como del lado del joven. Hay una frustración de una parte y de la otra debido a la falta de progreso. No hay diálogo, se trata de una ruptura, una desilusión. Luego de varias idas y venidas del joven a la calle la institución empieza a decirle "¡si has escogido el mal camino es tu decisión!". Pero nunca le dice: "Escoge la calle si lo deseas", como un valor, la institución no reconoce la calle como una decisión legítima, ya que no puede imaginar que la calle puede ser una opción para el joven en su situación actual, la institución lo juzga.

El joven puede pensar: "la institución no me ha aportado nada, y no hemos hecho nada", hay intereses de las dos partes, pero no hay diálogo.

El joven se acerca a todas las instituciones de la ciudad, pero en el fondo, ino quiere saber nada de ellas! Por su parte las instituciones buscan a los jóvenes con el único propósito de justificar sus proyectos y los financiamientos económicos, etc.

Por otro lado de este fenómeno, el joven crece y pasa de una infancia difícil a una adolescencia en la calle, una calle que no tiene límites que promete aventuras y juegos con la muerte. El joven pierde la capacidad de proyectarse en el futuro. Debe sobrevivir el día a día, el instante, vive en el inmediato. El

joven pierde la capacidad de planificar el mañana, el joven vive el día a día, sin importar el mañana. Esto conlleva a tomar cada vez más riesgos: si al principio mendigaba, luego se prostituirá o robará.

...

La última etapa es el rechazo: el joven ha crecido, tiene 18 años, es un adulto. Las instituciones lo abandonan, y buscan a más pequeños, a los “pobres pequeños” que le da una mejor imagen a las instituciones. Cuando los pequeños se convierten adultos ya no les interesa a las instituciones. “Mira, acá nos hacemos cargo de los jóvenes hasta los 18 años, isí no aprovechaste una lástima!” Para la institución, en su discurso, la calle siempre es la peor opción. “¡Si quieres vivir en el mal es tu problema” dejan en entredicho.

...

La frustración es tan grande que lleva los adolescentes al consumo de drogas más elevada que la acostumbrada, y a estrategias de supervivencia cada vez más peligrosas, juegan más y más con el límite de la vida y la muerte. En este momento, el joven se arriesga a morir cada día. El adolescente de las calles se da cuenta que la institución en la cual había alimentado una esperanza para curar sus sufrimientos lo ha traicionado también.

Al nivel existencial ha perdido el poco sentido de la vida que tenía, y toda la agresividad que ha reprimido y retenido va a salir y va explotar. Ya no tiene nada que perder. Esta etapa la vivirá hasta los 20 años.

En Guatemala, los jóvenes de las calles no superan la edad de 28 años. Podemos observar una evolución en su relación con la droga, el joven va a empezar a consumir crack y disolventes, y se va a separar de su grupo que no consume lo mismo que él o ella.

Esta fase lleva varias veces a la muerte del o la joven, no tanto a causa de peleas con otros miembros del grupo sino a elementos externos: puede morir de cirrosis hepática o asesinado, o incluso por una sobredosis de droga.

Puede que se trate de un proceso de auto destrucción- incluso si en psicología, es difícil hablar de este proceso autodestructivo; pero a veces me atrevo a imaginarlo.

Es como si a un momento el joven nos dice: “Está bien, no quiero nada en este momento”. Ya no tiene motivaciones existenciales suficientes para vivir.

Desde un punto de vista clínico, el joven en esta etapa esta en gran peligro. Los daños físicos que ha sufrido están muy avanzados, sus posibilidades de sobrevivir son limitados, si los dejamos o no en este estado. Sabemos que el pronóstico es grave. A nivel ético se crea un dilema: la voluntad del joven

("déjeme morir") contra el sentimiento humanitario que conlleva a intentar ayudarlo hasta el final, de darle protección y asistencia hasta el final de sus días.

El problema es que vemos todo desde nuestro punto de vista y estamos convencidos de que es el bueno. (...) Yo espero que las instituciones va a salirse del esquema cerrado del centro, y de las operaciones de remuneración para recuperar el joven cuando se va.

Pablo denuncia un aspecto de la ineficiencia del acompañamiento de los jóvenes de las calles por parte de las instituciones que no conciben su ayuda que sólo desde el punto de vista de la racionalidad, pero podemos pensar la vida en la calle teniendo su propia lógica. Sin embargo podemos ser escépticos en cuanto a la idea que la calle puede ser una opción real. La institución para existir económicamente necesita intervenir con un cierto número de jóvenes. Esta lógica también abarca a los jóvenes que se dan cuenta de ello. La institución les parece inestable. Paradójicamente, los jóvenes encuentran en ese momento su modo de vida en la calle más constante. Los fracasos que se dan sirven de justificación al abandono de los adolescentes a su suerte, como algo inevitable. Existe entonces una doble dinámica de rechazo entre la institución y los adolescentes de las calles, una vez que la relación de interés se establece entre ellos.

Las instituciones no buscan superar este proceso de ruptura. ¿Cómo pueden tener en cuenta este proceso? La integración de un posible fracaso en el proceso de acompañamiento sería por lo tanto la condición de éxito.

La cuestión de la opción

¿Somos responsables del fracaso en el acompañamiento? ¿No sería sentirnos, en ese caso, todopoderosos? ¿La calle puede ser una opción? ¿Debemos respetar o insistir? Cada uno sabe frente a las niñas y niños, los métodos educativos se componen, por un lado de una búsqueda de que el niño o niña se adhiera a una cierta dosis de autoridad y restricción. El niño o niña no tiene todavía los medios, la experiencia suficiente para tomar decisiones importantes con conocimiento de causa.

No es el caso de un adolescente entre los 14 y 20 años, que ha acumulado una experiencia considerable en la calle. En este caso un principio básico se retiene de forma casi absoluta por el educador: el respeto del libre albedrío del adolescente en cuanto a sus opciones de vida. Lo que implica que el educador se convierte más en un acompañante, proponiendo otras formas de ser y de vivir, facilitando una adopción progresiva, a través de actividades enmarcadas.

Mónica, México D.F, México.

Yo creo que es inevitable, no nos debemos equivocar, son los educadores que buscan la participación y la presencia de los jóvenes y no al contrario. Los jóvenes no vienen a nosotros para hacer actividades. Nosotros vamos a buscarlos a la calle cuando ellos no nos piden nada. ¡Debemos pagar el precio! (136) Cuando la demanda de ayuda viene del joven, es muy diferente, esto cambia la relación con la institución y con el educador. Se pueden negociar otras cosas. Pero cuando somos nosotros los que los vamos a buscar, hacemos concesiones para atraerlos. Le digo a los educadores de no equivocarse cuando tenemos la impresión, en una actividad que los jóvenes han estado atentos y receptivos. Esto sucede ya que no tienen nada mejor q hacer en ese momento, para no aburrirse o pasar el tiempo se quedan con los educadores. Esto no es grave yo creo que se trata sólo de saber. Los jóvenes de las calles establecen una relación de utilidad con nosotros. El riesgo es jugar o negar esta relación de interés que se establece entre los educadores y los jóvenes. ¿Por qué? Sino vamos a manipularnos y utilizar mutuamente.

Incluso si, como lo describe el testimonio de Mónica, la participación del adolescente se relaciona casi siempre al interés, y su presencia es un evento notable que no debe verse de modo cínico. Al contrario es una oportunidad para construir, incluso con las contradicciones que traen los adolescentes en el centro, siendo así una relación más auténtica.

Debemos agregar como segundo principio el acompañamiento de los jóvenes, aceptar que hacen cosas que no corresponden al marco institucional, acompañarlos más allá de las fronteras, en lugar de abandonarlos cuando se excluyen. Para no abandonar a Luis es necesario tener la capacidad de aceptar el no saber de dónde viene exactamente, tenerle confianza al acompañarlo, sin tener que integrarlo a un sistema determinado y abstracto que convierte la relación en superficial y normativa; saber resistirse al no responder a las provocaciones y a su deseo de autodestruirse porque sufre. El adolescente encuentra en las personas que lo acompaña una referencia en la que puede creer, en el adulto como una persona que le será fiel incluso cuando esté en la distancia, alguien sobretodo que mantendrá su palabra, ya que debemos tener siempre en cuenta que para el joven el adulto es primero un traidor que lo abandonó o lo maltrató. En el marco de las instituciones nos debemos mantener firmes y constantes, no sabemos que le transmitimos y que va animarlo en sus horas de silencio o en el infierno del cartón. La cuestión de la opción genera una interrogación constante: ¿Hasta qué punto debemos acompañarlo, hasta cuando debemos intervenir?

Los educadores no tienen la capacidad de resistir a gran escala los malos funcionamientos. Sin embargo pueden reaccionar ya que están en el centro de la relación con los jóvenes. Los educadores pueden transformar los destinos y su experiencia constituye un conocimiento precioso (138).

TERCERA PARTE

EL EDUCADOR: UN SER DE RELACION

Esta parte está dirigida especialmente al servicio de los educadores sobre el campo y a los futuros educadores, pero también para todos aquellos que buscan palpar una realidad en la cual se sienten alejados, que desean deshacerse de una representación imaginaria de los adolescentes de las calles. Se trata de resaltar los testimonios y las reflexiones de los educadores para sistematizar sus experiencias enfrentando las maneras de ser y las maneras de hacer, como de alimentar un debate para la búsqueda de nuevos métodos psicopedagógicos, con el fin de responder mejor a los sufrimientos de los adolescentes de las calles, y a las problemáticas vistas en segunda parte del libro.

El sistema global de ayuda a los adolescentes de las calles está permeado por problemas de comprensión de su misión, por malos funcionamientos estructurales, desequilibrios y problemas de comunicación que podemos considerar como insolubles ya no que podemos prever una intervención a una escala más amplia. Sin embargo existe un campo en el cual podemos progresar, cambiar las cosas e *in fine* mejorar el conjunto del sistema. Se trata de la aproximación, la definición, la caracterización de los saberes de los que los educadores deben disponer. El educador o la educadora es el que físicamente está presente y puede mejorar la vida de los jóvenes, y si le permitimos de poner sus competencias en armonía con otros y los medios técnicos que lo rodean, podemos esperar una real mejora de su trabajo y el desarrollo de una ayuda eficaz.

Por su función misma, el educador está en la posición de transmitir, incluso cuando crea distancia con los jóvenes que acompaña. Esta transmisión supone poner en marcha dos tipos de saberes: un saber ser que consiste en una experiencia de la relación y una adaptación a las situaciones particulares a las que se enfrenta en la calle. Los testimonios recolectados muestran que se trata de un trabajo que genera una pasión que no se enseña y es lo que se debe tener en cuenta para enmarcar el saber hacer de los educadores. Por otra parte, sin cuestionar las formaciones de los educadores de la calle, la parte que se adhiere a su saber hacer constituye una reserva de sus experiencias que pueden servir como manual de campo para el educador una vez es formado. Se trata de comenzar un trabajo que permita, enriquezca y se establezca al largo plazo en el trabajo con los jóvenes. (143)

El educador es un adulto con una misión que consiste en integrarse a la calle cerca del adolescente. Independientemente de su trabajo, el educador empezara a tomar consciencia de lo que representa el primer encuentro de dos cuerpos habitados y afectados, el suyo y el del adolescente, en el espacio de la calle, donde se debe preparar. La llave de la relación de confianza con los jóvenes, es la forma en que esta presencia está planificada por la institución y en la cual el educador acepta implicarse más allá de sus competencias técnicas. La relación es esencial en esta profesión y por consiguiente la implicación personal de aquel que la ejerce; este saber ser constituye la condición previa del profesionalismo.

Los educadores que entrevisté son cuerpos afectados, su experiencia también es una afectación, el peso de una práctica que ha transformado su sensibilidad y que ha tomado forma por su propio cuestionamiento. Estos testimonios abren pistas para saber integrar en su profesión la necesidad de esta sensibilidad.
(144)

(...)

Un cuerpo comprometido en la calle

Los educadores de la calle que entrevisté tienen cada uno su forma de trabajar, de acercarse a los jóvenes con ciertas actitudes en común que adoptan cuando pertenecen a una misma institución. La actitud de los educadores está poco vigilada. En los centros está vigilada bajo el ojo de la administración de la institución, pero en el campo cada educador actúa libremente y reacciona a su manera.

El educador es responsable de los mensajes que transmite a los jóvenes dentro de la institución como fuera de ella. Un buen educador de las calle está consciente, de su comportamiento, como de su vida personal como profesional, de cultivar una actitud de respeto, de paciencia, de escucha y de humildad. Cada detalle cuenta y refleja la ética de la persona.

La forma en la que se expresa, el uso de vocabulario, el tono utilizado son testimonio de su saber ser. Es importante tomar en cuenta la opinión del adolescente al hacerle preguntas, escuchando sus respuestas con cuidado, como se haría con un adulto, sin infantilizarlos. Tomando en cuenta su actitud y no establecerse como modelo, el educador traza un camino posible de ser para el adolescente. Le dará confianza y le dará el respeto que se merece como cada ser humano, que es amable y que puede ser amado. Este trabajo de reconciliación del adolescente con el humano, este restablecimiento de la confianza con el mismo (re-narcisismo) no puede funcionar que si el educador es constante en sus reacciones, sus reglas y sus límites. Si estas varían, el adolescente vigilante al menor cambio, retirará su confianza y su respeto.

La actitud de respeto frente al joven permite de no ceder a la compasión, ya que esta implica también una exigencia por parte del educador hacia él. En el centro existen reglas necesarias a la vida comunitaria, iguales para todas y todos, aunque sean aplicadas de forma diferente por cada educador. Por ejemplo, el educador no podrá, bajo el pretexto que el adolescente está en la calle, dejarle hacer lo que quiera en el centro sin respetar las reglas. Si le mostramos respeto y que el joven lo aprecia, él entenderá que debe también mostrar por su cuenta a los demás jóvenes como a los adultos. Una actitud arbitraria, como la compasión para algunos, nubla el respeto recíproco de todas y todos. Los adolescentes saben aprovechar la mínima ventaja y que su situación de calle puede generar la conmiseración. (154)

Mónica, México D.F, México

No creo que debemos utilizar el mismo lenguaje que los jóvenes con los que trabajamos o ponerse al mismo nivel que ellos. Si vienen de otro ambiente, en el centro no vamos a repetir lo mismo, las mismas relaciones que pueden conocer en la calle, ¿en qué se benefician? Suponemos que el educador es un puente para mostrar otra cosa: mostrarle al joven que cuando hablas con alguien no estás obligado de expresarte con malas palabras para hacerse entender o aceptar. No se trata que decirlas sea malo en sí y no decirlas no se trata de ser un santo, pero se trata de darle la alternativa de no decirlas por respeto. Mostrarles que podemos tratar a las niñas y a las mujeres no como objetos sexuales, tratarla diferentes. Respetar al otro es respetarse y esto pasa por el lenguaje. Existen muchas formas de saludarse: podemos saludarnos sin tocarnos, por ejemplo. También podemos decirles por ejemplo que pueden hablarle a alguien sin necesidad de estar recostados en el piso, pero hablarle a su nivel de pies o sentado. Lo más importante para el educador es quedarse como esta, no adoptar su lenguaje de manera superficial para ser aceptado en el juego del joven o del grupo. No buscamos ser amados o aceptados por el joven, esto no debe ser una condición. Si lo acepto como es, él me va aceptar como yo soy. Es un compromiso de los dos lados.

Este compromiso humano puede parecer simple, pero no viene por sí solo, es el resultado de un equilibrio ya que se trata para el educador de compartir sin darlo todo, lo que necesita de su parte es una reflexión permanente sobre sus afectos. Ser educador es ser también un espíritu que duda, que aprende y que critica.

(...)

Un trabajo y un oficio

Cuerpo afectado, profesionalismo: encontrar un equilibrio

No se trata de ser un cuerpo afecto ya que existe una diferencia entre exponerse en el espacio de la calle y construirse una experiencia profesional como educador de calle.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

De mi parte, tengo una formación como maestro de escuela, trabajar con los niños o los jóvenes es algo natural. Sin embargo no había pensado en trabajar con los jóvenes de las calles. Toca primero amar esto, ya que la única diferencia con los jóvenes de las calles es que estos jóvenes no tienen una apariencia tan limpia como los jóvenes que viven en una familia que cuida de ellos y que también tienen problemas. Por otra parte en situación de calle no nos pondrán cuidado: ya que sea que estemos en la calle para ellos, no hay nada que hacer. Toca ganarse su confianza, para poder pasar más tiempo con ellos en la calle, pero también para tener credibilidad y hablarles poco a poco.

Teóricamente, podemos decir que para ser educador de las calles, basta con ser un maestro, ser pedagogo o haber trabajado dos años en la calle... Pero este no es el caso: el trabajo de educador tiene que ser un proceso constante de aprendizaje y cada día, en la calle, uno aprende. Además el educador pasará tiempo con los jóvenes, estableciendo una confianza recíproca, más experiencias tendrá, más aprenderá de lo que se puede hacer o lo que no se puede hacer con ellos. Cuando llegamos a un grado de confianza con los jóvenes, podemos hacer cualquier actividad con ellos, y estamos en posición de darles consejos. Pero para permitirse de decirles algo y que entiendan, toca tener una cierta confianza. En la calle es el joven que escoge, decide y guía al educador.

(...)

Para mí poco importa que tengamos una formación de contador o de mecánico, lo importante es que amemos estar con ellos en la calle.

Luego, también es importante tener conocimientos; cuando empecé no sabía que medios utilizar, procedimos por ensayo y error; es preferible hacer una formación de educador en la universidad, pero para mí esto es secundario. El diploma no hace el educador de las calles. Lo que va hacer un educador es la experiencia sobre el terreno, en la calle, la relación directa con los jóvenes, el conocimiento, la comprensión de los jóvenes y los sentimientos que tendremos por ellos. Es esto ser un educador.

No perdamos de vista que la presencia del educador es un acompañamiento, no una inversión exclusiva en la relación. La relación que se construye es el encuentro de dos seres sensibles, pero esta sensibilidad debe ser un medio de acceso que pierde progresivamente su importancia ya que puede contradecir las exigencias éticas de la relación educativa. El educador es aquel que ve al

futuro, tiene una perspectiva que acompaña al adolescente está desprovisto y su punto de vista supone que el educador es a su vez sujeto de sus afectos y está en posición de observador frente a ellos.

Clarita, Bogotá, Colombia.

No son los buenos sentimientos que van a ayudarles, ya que nunca vamos a reemplazar la falta o la ausencia de sus familias. Nosotros como educadores somos pasajeros, nosotros los apoyamos. Debemos acompañar al joven hacia su autonomía, ser una atadura afectiva, pero sobretodo una referencia sólida que lo ayude cuando recaiga. Yo estaré siempre a su lado de corazón y espíritu, pero no siempre físicamente. La referencia debe ser lo suficientemente sólida para permanecer más allá de la presencia física del otro y que la consolidación de su relación continúe entre ellos. Es muy importante no prometer lo que no se puede hacer, y no prometer lo que no se puede realizar.

La noción de promesa es fundamental: poder prometer y mantener sus promesas, ser capaz de tomar distancia en el presente y llevar al adolescente hacia una temporalidad más extensa, que le permite tener una autonomía. Este compromiso no tiene sentido hasta el momento en el que él promete está en posición de hacerlo, ya que no se trata de un amigo que apoya al adolescente, sino que se trata de un profesional que sigue etapas determinadas y tiene un objetivo. Mientras que los amigos, o los familiares no tienen objetivos precisos, y están en una relación “para siempre”, enmarcada en un vivir juntos, el educador interviene más como un responsable de la misión. Su intervención tiene un principio y un fin, bien si este fin no se puede determinar temporalmente, pero más bien como un futuro para construir. El educador dibuja una perspectiva temporal que estructura la realidad del adolescente, pero no construye una red que los restrinja y los encierre a los dos. Más allá de la motivación, toca establecer un profesionalismo que establezca una distancia que evite confundir al joven en una relación de fusión que la que caería espontáneamente.

Eliud, México D.F, México

Es muy importante partir del aspecto profesional y decirle al joven: “soy un profesional y estoy aquí contigo en la calle. Te ofrezco la misma cosa, el mismo compromiso, el mismo esfuerzo profesional como si estuviera frente a una persona de una clase social más elevada. Es la misma relación horizontal, y consagraré mi máximo esfuerzo.”

El hecho de ser un profesional garantiza la constancia de la relación, al contralorar nuestra conducta. La institución es un referente del profesional, es aquella que permite que el educador no se encuentre solo con el adolescente, sin árbitro, ni testigo. La función de seguridad del educador no puede ser

posible si no está adscrito a una estructura oficial, un lugar donde rija una cierta ley y que sea la menos arbitraria posible.

*

**

Porque se trata del interés de las niñas, niños y adolescentes, el trabajo de los educadores debe ser profesional y no se debe dejar en manos del voluntariado, la improvisación, los cambios de humor en el día. Se trata de las necesidades de las niñas, niños y adolescentes en situación de calle, ya que necesitan de un polo de confianza sólido y durable.

Educadores sólidos no significa educadores insensibles con los que viven en la calle. Al contrario son educadores afectados ya que conocen sus debilidades generales, sus puntos frágiles en una u otra situación, analizan y reconocen sus errores, sus necesidades, sus faltas, sus impotencias y sus incertidumbres, permaneciendo siempre lúcidos. Este conocimiento que se afirma con el tiempo, se encuentra bajo el término de "saber ser". Para adquirirlo progresivamente, se debe alimentar en sí, la consciencia de su cuerpo afectado que a su vez debe tener una distancia necesaria con el fin que esta afectación se libere y no haya un hostigamiento emocional, se pueda acompañar al adolescente incluso en la ausencia. Se trata de mantener un espíritu de búsqueda y curiosidad, la necesidad de encontrar las condiciones de una vida personal equilibrada y trabajar dentro de una institución que va apoyarlo, en un marco institucional de confianza y apoyado por una regla deontológica.

Todo esto es necesario para un reajuste constante de sí mismo con los jóvenes y con su propio ambiente. Esto hace parte de la apasionante búsqueda de este trabajo, encontrar el equilibrio y la coherencia entre lo que sentimos, lo que decimos y los que hacemos, la congruencia.

5

El "saber hacer" de los educadores de las calles

El educador de las calles que trabaja durante varios años en una asociación o institución se construye un saber hacer y un espíritu de búsqueda permanente. Esto le permite adquirir con los años un saber hacer específico que según sus motivaciones lo orientará en una u otra dirección, ya sea en la calle o dentro de la institución. Podemos enmarcar en base a los testimonios de los educadores, unas problemáticas principales y pistas psico educativas.

Múltiples experiencias y complejas, un saber hacer específico

La actividad de los educadores en la calle se compone de diferentes dimensiones que demandan un saber hacer específico. El educador debe ser

capaz de poner en marcha su saber hacer de manera coherente y coordina con los otros, ya sea en la relación corporal cuando se da el encuentro, en el conocimiento del ambiente de la calle o en la delimitación de los temas de su acción.

Román, México D.F, México

Trabajar con los jóvenes es siempre muy intenso. Vivimos situaciones difíciles que crean conflictos existenciales como profesionales. Nos cuestionamos sobre su papel frente a la persona que se encuentra en una situación desfavorable, como los jóvenes en situación de calle. Nos ponemos a reflexionar sobre el sistema institucional en sí, a preguntarnos los que estamos haciendo. Hay jóvenes que mueren luego que trabajamos con ellos varios meses, incluso años. Depositamos en ellos esperanzas y a veces las reciben, pero de un golpe dejan todo. Es como una montaña rusa, vemos buenos resultados, pero de repente todo recae, lo que es un golpe al ego. Cuando un joven se implica activamente en un proceso y en su proyecto de vida, empieza a decir: "De acuerdo, yo lo hago..."; pero luego un día nos dice, "¡Todo esto no es para mí!", y abandona el proceso, para todo. En ese instante claro que nos afecta. Incluso siendo un profesional en el sentido que siempre intentamos de separar la profesión de los sentimientos, no siempre somos sólidos. (...)

Existen muchas lagunas metodológicas, muchas carencias sobre muchos niveles. El peligro es el educador que sabe de manera empírica e intenta hacer una relación educativa ¡Sin saber lo que conlleva!

Luego de pasar varios años a ser educador de las calles, Román parece, paradójicamente, siempre desconcertado frente al fracaso del acompañamiento. Los mejores educadores son siempre aquellos que pretenden no saber siempre, pero el riesgo es que están muy marcados por los fracasos y de repente abandonan un saber hacer real, ellos que conocen todas las sutilezas de un proceso educativo que han renovado en permanencia. Es importante recolectar este valioso saber hacer.

La lista de temas que voy a abordar no es exhaustiva, además estos testimonios no representan que algunos educadores de diferentes países de América Latina que he encontrado. Los educadores de las calles tienen muchas cosas que decir y todos los matices, los detalles de su experiencia profesional y de sus impresiones personales son importantes ya que nos permiten revelar la complejidad del acompañamiento de las niñas, niños y adolescentes de las calles.

Espero que el lector, sea cual sea, profesional o no, perciba la fuerza de estos testimonios que nos motivan, por su perseverancia a buscar y crear nuevas alternativas y apreciar la voluntad que demuestran al no ceder a las tendencias dominantes de hoy. Estos educadores despiertan nuestra reflexión

en ciertos campos que creíamos conocer y nos ofrecen una mirada siempre nueva en el camino que queda por recorrer, para acompañar de manera pertinente los jóvenes en situación de calle. Espero que las instituciones se den cuenta como la sistematización de las experiencias de calle de los educadores es urgente e indispensable, para adaptarse a la situación y a las necesidades de los adolescentes, niñas y niños de las calle. Espero animarlos a poner marcha este proyecto para mejorar su programa psicoeducativo. Abordaremos acá algunos aspectos: el encuentro, la vida en la calle, y la cuestión de la injerencia.

El encuentro

El encuentro entre el educador y el adolescente en situación de calle, en un ambiente complejo, es en principio un encuentro de cuerpos, no verbales. Esto es lo que inicia o no la relación de confianza determinante para el futuro. La primera impresión marcará las premisas de la historia, pero esto resulta de una preparación cuidadosa, a lo largo de la cual el educador ha aprendido a establecer su distancia física con los adolescentes. El primer contacto en la calle.

El educador va al encuentro del adolescente en situación de calle. ¿Cómo hace para abordarlo? De las dos partes el miedo está presente. Este primer contacto no es necesariamente largo, se puede tratar de una situación breve. Lo importante es de saber porque se está ahí, de presentarse y de no hacer una mala impresión al joven, para que él o ella tengan interés de establecer un vínculo, de volver al educador.

El encuentro necesita de un trabajo de preparación cuidadosa y profunda, sobre todo un conocimiento del terreno y sus características, de comportamientos específicos de los jóvenes con los cuales se desea entrar en contacto, etc.

Una vez enmarcado el espacio de la calle, el primer contacto puede darse, puede durar algunos minutos pero será determinante. Los educadores insisten, generalmente, en distinguir la visita de la actividad. La visita consiste en dialogar con el joven y la actividad lo inscribe en un proceso más largo que requiere una implicación de su parte.

Montse, Santo Domingo, República Dominicana

Yo pienso que el primer contacto es fundamental, el acercamiento de estos niños, niñas y adolescentes en situación de calle. El ideal es de ir en binomio en la calle (un hombre y una mujer si es posible) y empezar por presentarse.

Es fundamental saludarlos, presentarse y explicarles donde trabajamos, porque los abordamos. Ser sinceros con ellos, no prometerles cosas que no podemos hacer, y yo pienso que es preferible no darles nada material.

No soy partidaria de hacerles demasiadas preguntas en el primer contacto. Somos nosotros los que nos aproximamos a ellos, es el primer contacto y pienso que lo mejor es tener un pequeño intercambio, un corto diálogo con ellos. Lo ideal es de poder invitarlos a una actividad o preguntarles si una nueva visita les gustaría para continuar la conversación, y en ese caso en que lugar. Podemos hacer algunos juegos desde el primer contacto, para romper el hielo, es funciona muy bien para mí.

Luego abordaremos al joven con objetivos diferentes. Si en el primer abordaje, la idea era de presentarse, de presentar el programa, etc. en las siguientes ocasiones la intervención en la calle puede responder a otros objetivos, según las orientaciones de la asociación para la cual trabajamos.

Es extremadamente importante planificar cada salida a la calle, de pensar a que zona iremos, que pensamos encontrar y distinguir bien el objetivo de la salida, esto puede ser buscar a alguien, tener noticias sobre una situación, realizar una terapia lúdica, acoger o arreglar situaciones de crisis conocidas, de motivar a participar a una u otra actividad, etc. cuando salimos a la calle, tomamos el riesgo de encontrar situaciones inesperadas (situaciones de urgencia, abuso de la policía, etc.)y debemos reaccionar. Por esta razón pienso que es interesante traer un kit de primeros auxilios, etc.

La participación del joven en un programa o una propuesta debe ser voluntaria. No estoy de acuerdo con las asociaciones que “recuperan” los niños, niñas y adolescentes en la calle y los llevan a un refugio, etc. esta participación voluntaria debe ser responsable, los niños, niñas y adolescentes, como la asociación por su parte, deben asumir su compromiso (su acuerdo a participar). En la calle, si bien estamos en el ambiente donde viven los niños, niñas y adolescentes, podemos establecer un acuerdo con reglas mínimas de respeto y convivencia durante el tiempo de las diferentes actividades.

En el espacio de la calle distinguimos las visitas de las actividades lúdicas o terapéuticas que organizamos. Toca crear espacios de terapia lúdica en la calle, donde podemos trabajar los temas fundamentales como los derechos de los niños y niñas, la prevención de enfermedades de transmisión sexual o el Sida y otros temas importantes para ellos.

Clarita, Bogotá, Colombia.

Debemos conocer bien el lugar en el cual vamos a acercarnos, decirles que pertenecemos a un programa o institución, invitarlos a una actividad

próxima o a un evento institucional y acordarles cada vez que pasamos e indicarles donde son las actividades.

A veces es el joven que va establecer el primer contacto. Encontrar un joven en situación de calle se trata en principio de informarlo, indicarle el centro, un espacio donde puede comer o dormir... y si es el primer encuentro decirle que no tenemos la costumbre de dar dinero en la calle. Darle un número de teléfono, con el cual puede contactarse con la asociación, e invitarlo a actividades.

El educador surge en el espacio de la calle como un demandante frente a los ojos del joven, él o ella se encontraba antes. Proponer de inmediato una actividad sería brutal y puede ser mal recibida por el joven, se debe privilegiar la relación. Podemos ir a renovar las visitas para restablecer la posición central de la relación y no de la actividad. Para el educador también, la visita es un momento de apego muy fuerte y que renovara en diferentes ocasiones.

Para resaltar la intensidad o incomodidad de los primeros contactos, ciertas asociaciones han puesto en lugar estrategias de contacto a través de actividades que les permiten afinar su observación empírica.

Eliud, México D.F., México

Hemos creado tres herramientas en nuestra asociación. Para el diagnóstico de grupos de jóvenes hemos elaborado un juego de cartas con preguntas específicas para que los jóvenes se puedan identificar en situaciones que se les proponen. Podemos ubicar algunas prácticas de riesgo en el grupo. Ejemplo: "¿Por qué te rechazan?", la carta presenta una imagen con un grupo de jóvenes escapando corriendo de una mujer que parece enojada en un mercado.

Estas preguntas nos ayudan a recoger información con el fin de establecer un diagnóstico general e identificar las necesidades y las prácticas de riesgo de los jóvenes. Con la representación gráfica, los jóvenes ven la situación y de manera espontánea responden y comienzan a hablar de los que viven en la calle.

Así no tenemos que hacerles preguntas pesadas, todo viene de él o ella a través del juego. Si no es muy incómodo para ellos y ellas hacerles preguntas personales. Comprendemos mejor la problemática del joven a través de este juego de preguntas.

En dos semanas, con visitas constantes en la calle, acumulamos mucha información. Y Esto nos permite conocerlos mejor.

Estas actividades no pueden sustituir la presencia simple y sin material del educador y el adolescente, y corren el riesgo, por su carácter entrometido, de

ser contraproducentes. Muchos de los educadores de las calles concuerdan al decir que toca esperar al menos hasta el segundo encuentro, fuera del lugar del primer encuentro con el fin de alejar los jóvenes de su lugar habitual. Para esto podemos atraer a los adolescentes, sin seducirlos abiertamente, y teniendo en cuenta la variedad de señales a las que están expuestos. A menudo los educadores de la calle que conocí llevaban puestas camisetas con el nombre de la asociación que permite a los jóvenes reconocerlos de lejos y encontrarse eventualmente.

Clarita, Bogotá, Colombia

Para hacer pasar una información o contactarse, el grafismo es muy importante ya que llama la atención, no se necesita muchas palabras, más bien imágenes claras para que retengan la información que buscamos transmitirles.

Es progresivamente que logramos una sensibilización. Algunos no saben leer o escribir, entonces pueden acceder a la información de forma interactiva. Pero el material tiene que ser atractivo para el joven y el grupo, ya que trabajamos en la calle, sobre las plazas, las glorietas, donde muchas cosas van a captar su atención. Nuestras actividades se pueden hacer en la calle, pero nosotros intentamos de hacerlas en un ambiente diferente, un parque tranquilo, el refugio... un ambiente diferente de la calle, donde pueden tomar una ducha, vestirse, etc., recibir información protegidos de los eventos que suceden en la calle. Esto se hace de forma directa, verbalmente, empezando con unos simples buenos días. Toca ponerse al mismo nivel que el joven, mostrarle empatía, escucharlo y creer en él o ella, descubrir con él o ella cuál es su problema y buscarla mejor solución. No se trata de dar consejos si no sabemos de qué estamos hablando. Lo mejor es que la solución venga de ellos.

Antes que el contacto verbal no se establezca, un diálogo, una aprehensión, una mirada se establece, una observación mutua de los cuerpos: este es primer contacto. El joven es muy astuto e incluso bajo el efecto de sustancias psicoactivas (disolventes, sustancias volátiles) va a ubicar al educador de lejos. Estar preparado es una cosa, pero parece el profesional camuflarse detrás de estatuto de educador: el joven busca un contacto sincero, no un profesional frío y técnico. En una primera instancia, el juego y el humor son mediaciones interesantes para asegurar las dos partes y reconocer una relación que se desarrolle con toda franqueza. El adolescente de calles es primero un adolescente y no un niño, y merece ser respetado como tal, en sus decisiones y opiniones. Tendrá la tendencia de establecer su territorio y su identidad, y va a menudo buscar si el educador le tiene miedo. A veces va jugar a provocar al educador desde el primer contacto, para evaluar su confiabilidad y su capacidad para resistir en la relación. El educador no tiene interés en dejarse intimidar, pero ha tenido confianza en su aproximación

educativa: en especial, asumir que primero debe ser considerada como ilegítima en la calle, y aceptar ser desestabilizado. Por el contrario no es útil buscar aumentar el miedo a lo desconocido queriendo a fuerzas asegurar el contacto proponiendo una actividad: dejemos a la relación el tiempo de construirse.

Para entrar en relación el educador se pone a la altura de sus rodillas, sin imitarlo. Puede sentarse al lado de él o ella, si este está sentado, evitando la posición vertical de autoridad y marcando el respeto cara a cara con el adolescente. Igual no se trata de imponer su presencia al quedarse mucho tiempo en el lugar, si no es necesario y de hablar o de hacer muchas preguntas. La observación, incluso silenciosa, trae suficiente información para el primer contacto. Los jóvenes en situación de calle pierden, a menudo, sus referencias de espacio y tiempo. Nosotros podemos acordarles, precisamente, que día estamos para que nos ubiquen y podamos visitarlos. Cuando tenemos propuestas debemos tomar en cuenta su opinión. Durante la visita hay ciertos elementos que pueden ser útiles notarlos para preparar la próxima visita y evaluar la situación:

- si vive en grupo o está aislado,
- si tiene un problema de salud aparente,
- si se droga y con qué solvente,
- si su refugio es temporal o permanente,
- si ya tuvo contacto con otras asociaciones y vínculos con su comunidad (si desea confiarlo),
- qué edad le damos físicamente, etc.

Estas observaciones no son exhaustivas, cada educador con su equipo prepara su salida y la zona topográfica donde se va a desplazar. Como lo decía Montse, es preferible estar en binomio durante las salidas a la calle para visitar a un grupo o a un joven en situación de calle, esto permite enseguida confrontar sus impresiones y observaciones con el fin de establecer una nueva visita que determinara la situación.

En caso de duda: mantener la distancia corporal

Los adolescentes están sometidos a demandas constantes y el encuentro con el educador es sólo una de ellas: ellos evalúan en permanencia su interés, siendo muy influenciables cuando un adulto viene a proponerles ayuda. El educador no debe dejar de pasar ninguna ambigüedad sobre la naturaleza de sus intenciones.

Siempre decimos que es mejor prevenir que curar. Sin entrar en la ley de las suposiciones, debemos abordar la pregunta sobre la pedofilia, presente en las instituciones que acompañan a los niños, niñas y adolescentes en situación de calle. Todas ellas y ellos son vulnerables y susceptibles de ser víctimas de pedófilos. Esta cuestión a menudo es un tabú y genera un malestar cuando lo evocaba en mis entrevistas, la mayoría de los educadores son hombres y los jóvenes en situación de calle son en un 70% hombres jóvenes, prepubertos y pubertos. Además los niños, niñas y adolescentes en situación de calle han sufrido abusos la mayoría un abuso sexual en su infancia (en su hogar, en su entorno, ya sea de niñas o niños). Es una de las causas principales de partida del hogar hacia la calle. Por consiguiente las condiciones de sobrevivencia en la calle son tan fuertes que ciertos niños continúan siendo víctimas de abusos sexuales (por ejemplo un ritual para entrar en un grupo "protector"; violencia de adultos en situación de calle, abuso de su vulnerabilidad física, etc.). Para las niñas, sólo 30 % de ellas dejan su hogar por la calle. Más vulnerables pueden ser rápidamente reclutadas para trabajar en la industria sexual u ofrecer favores sexuales a otros adolescentes de las calles a cambio de "protección"- es lo que se llama como práctica del "sexo recompensado". Los traumatismos psíquicos están ahí, confusos, pero bien anclados. El cuerpo se convierte en un objeto con el cual se comercia una u otra cosa. Está instrumentalizado en lo cotidiano, despreciado y es toda la autoestima que está maltratada en permanencia.

A pesar de todas las precauciones tomadas a nivel institucional, no podemos evitar que ciertos educadores que tienen un pasado traumático pasen a la acción y abusen de jóvenes en situación de calle, lo cuales ellos acompañan. La fase de reclutamiento de un educador no debe ser tan suspicaz, es importante escuchar la opinión de los jóvenes en situación de calle y de ser vigilante delante de todo comportamiento que parezca sospechoso. La política de sospecha tampoco es tolerable, es por eso que es aconsejable de establecer en el centro de la asociación o su institución reglas comunes desde el principio que puedan proteger al joven y al educador de las calles antes que cualquier cosa se pase, en lugar de buscar sancionar con golpes comportamientos desviados.

La distancia corporal está establecida, incluso si no parecen ser compartidas por todos los educadores que ven una frialdad frente a un adolescente que carece de afecto. Incluso aquí estar afectado no significa estarlo en el contacto físico. El adolescente en situación de calle tiene una falta afectiva, una falta de referencia y de modelo. Está en la búsqueda de relaciones afectuosas y, a menudo, de una representación paternal. No nos equivoquemos, el adolescente en situación de calle tiene sus estrategias de sobrevivencia igual en el campo afectivo, sabe instrumentalizar su cuerpo, sus mímicas con el fin de seducir a su interlocutor para obtener favores y lo que desea. Pero, incluso si parece más perverso que el adulto en ciertos juegos de

seducción, sigue siendo vulnerable, ya que a menudo el único medio que conoce para manifestarse y recibir afecto. El educador no puede dejarse llevar a estas seducciones, que no son la expresión de sus afectos, pero sí un medio para el adolescente de controlar su ambiente, de asegurarse de cierta manera. Y por encima de todo no se trata de responder de la misma manera.

Si el educador de las calles tiene gestos afectuosos con él o ella, si permite un espaldarazo con el joven, un beso o incluso un contacto sobre su mano, este gesto será inmediatamente interpretado por el joven. Para él sobre todo si ha sido víctima de abuso sexual y corporal en su infancia, ningún contacto corporal es trivial, sea pequeño o ligero. Esto significa en ciertas ocasiones una invitación inmediata para ir más lejos, incluso si es inconsciente. Cada historia de abuso sexual es diferente para la niña o el niño, cada relación del cuerpo es diferente y los educadores están lejos de conocer todos los secretos. Es por eso que ante la duda es preferible no prolongar el contacto corporal con los jóvenes en situación de calle, para evitar toda ambigüedad.

Alfredo no desea abandonar el contacto físico con el joven, ya que piensa poder mantener que el hecho de un gesto afectuoso no es necesariamente invasivo. Pero el centro no es una familia, se crea una relación artificial, en cierta medida real pero que debe ser distante para dejarle al joven una latitud, una libertad. El adolescente no mentaliza necesariamente los comportamientos, lo que lleva a una cierta confusión que una distancia corporal franca evitaría. Pero Alfredo tiene razón cuando dice que la pedofilia es un tema tabú, ya que él va al encuentro de la esencia del educador y del voluntario, que sigue siendo muy fuerte. Conviene indagar sus pasados con cuidado.

Los educadores tienen su opinión sobre el tema y algunos protestan contra esta sospecha cara a cara con sus colegas masculinos. Ciertos se toman en serio la pregunta, otros creen que dramatizamos y que debemos hacer "como lo sentimos" lo que se refiere al contacto físico y no con el joven durante el trabajo de acompañamiento. La distancia corporal se expresa a través de los cinco sentidos: cuando un educador habla con voz fuerte, borra la distancia y se vuelve un intruso. Sobre todos los parámetros es el saber ser de cada persona que permitirá marcar sus límites y su estilo para ajustar la distancia.

Sobre este punto, el ejemplo de hablar de tú es interesante. Muchos educadores tutean los adolescentes de las calles ya que desean estar cerca de ellos. Tutear o hablar de usted no tienen la misma connotación en cada país. Personalmente, je prefiero hablar de usted de manera recíproca, con el fin de que el joven tenga otras relaciones con nosotros que las que habitualmente tiene con su comunidad o grupo de la calle. ¿Por qué marcamos la diferencia? ¿Por qué marcamos distancia? Con el objetivo de significar para él o ella que no

somos una apreciación arbitraria y que esta distancia está para proteger tanto a los jóvenes como al educador de toda forma de instrumentalización. Esto va permitir un recibimiento caluroso sin ser extenuante, el joven puede tener su espacio para pensar y crearse un proyecto si ser un parásito. Con ciertos terapeutas, nosotros llamamos esta distancia, la distancia terapéutica, pero también es válida para la práctica educativa. Estar un poco alejado del sujeto nos permite no dañar la relación, ni hacerse ilusiones sobre su naturaleza.

Blanca, México D.F, México.

La calle es un universo muy fuerte y rudo. A veces me toca encontrar educadores de calle que no quieren tocar a los jóvenes, y yo les digo: “¡Pero espera! Tú eras educador de las calles, ¡Cómo se hace que tienes miedo de tocarlos!”

No se trata evidentemente de huir de todo contacto físico. Pero podemos distinguir diferentes maneras de tocar, por ejemplo, un toque ambiguo (que duda y que no es claro en su intención), y un toque franco (que no tiene miedo y asume un comportamiento real). Cada gesto o contacto es percibido por el joven, que hace una lectura precisa que le permite saber si puede o no confiar o tener una relación sincera o camuflada con el educador adulto. En este caso el saber ser del educador es esencial. Hay experiencias excepcionales a las cuales somos llevados a tener contacto físico con el joven, situaciones emocionales extremas, donde sentimos la necesidad de tomar al joven, en gran sufrimiento, en sus brazos (la empatía en caso de duelo, de situación traumática mutua, de felicidad...). Estas son las situaciones excepcionales y únicas que rehabilitan el gesto afectivo de verdad.

La distancia corporal es una precaución institucional que no sólo busca evitar conductas pedófilas, pero que se extiende a todas las prácticas institucionales, en toda situación con los jóvenes. El joven debe curarse de sus traumatismos y el educador debe ser muy claro sobre los mensajes sensoriales que le envía.

El encuentro con los adolescentes de las calles en su medio necesita de una importante preparación y una reflexión constante. Aún si constituye una primera condición para un acompañamiento de calidad, esta no es más que una primera etapa, y a lo largo de las siguientes, el educador será buscado en permanencia en su toma de posición y confrontado durante su acompañamiento en la calle por contradicciones que cuestionaran en permanencia su ética.

La vida en la calle

Los principales tipos de situación en las cuales los educadores se enfrenta en la calle son esencialmente la violencia, la droga, el rechazo corporal, el discurso sobre la salud, y la relación con la policía.

Las violencias prevenir y actuar

En la calle reina un clima de permanente inseguridad. El adolescente que escogió vivir aquí está sin cesar enfrentado a todo tipo de violencia y queda siempre expuesto a la próxima agresión violenta. Su propia violencia, que se puede amplificar por la droga, es una de las respuesta de la violencia de este medio.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Hablamos con los jóvenes de la violencia sobre diferentes temas, hablamos en la calle a través de talleres de prevención. El tema central no es nunca la violencia directamente, se trata sobre todo de lanzar una reflexión: ¿En dónde están actualmente en relación con ella? ¿Por qué hay tanta violencia en la relación de pareja, tanto por parte del hombre como de la mujer, violencia verbal y física?

Abraham, Tegucigalpa, Honduras

Entre ellos, la violencia es muy fuerte y aquella que viene del exterior también. El crack está muy presente en Honduras, la mezcla de drogas aumenta la violencia entre ellos: crack, mariguana, pegamento, etc. Cuando están bajo el efecto de la droga, van hasta matar en la peleas. No tenemos que poco medios para trabajar y luchar con la violencia que se da en su grupo.

Los educadores intentan, luego de establecer una relación de confianza con todo un grupo de adolescentes, de sensibilizarlos sobre las consecuencias de estas violencias. A veces los jóvenes juegan con esta violencia extrema (comportamiento de riesgo, confrontación a lo peor), pero se pasan por la desproporción de sus consecuencias. En este caso, sus cuerpos son las primeras víctimas; un cuerpo afectado por su ambiente y su historia, incapaz de encontrar otro medio de expresión. La violencia verbal es casi permanente, lo que daña cada día, sus relaciones, aumenta la culpabilidad y los mantiene en una tristeza y en un conflicto constante. Cada día cuenta, ya que cada día su cuerpo y su autoestima son un poco más frágiles por diferentes tipos de violencia.

¿Debemos protegerlos de ellos mismos? ¿Y si no quieren ser protegidos? La misma pregunta queda en suspenso.

Abraham, Tegucigalpa, Honduras.

El problema es saber hasta dónde podemos y debemos intervenir. Es la gran pregunta del educador, esto define nuestro lugar al lado de ellos, no intervenir o intervenir y ¿hasta dónde? Yo intervengo cuando hay violencia verbal en mi presencia. Pero intervenir físicamente cuando hay un peligro para la persona, esto no es evidente ya que hay situaciones donde el educador no tiene que intervenir. La violencia se ha banalizado y se convierte para ellos y ellas una forma de comunicarse entre ellos; utilizan groserías, golpes, bromas muy vulgares y muy hirientes para expresar, a veces, su emoción a un amigo o amiga o su amor a una niña. Es muy difícil luchar contra este modo de comunicación, es el propio, la cultura que han creado entre ellos.

Mónica, México D.F, México.

Hay violencia física y hay violencia hecha al alma, como yo la llamo. El hecho de rechazar a alguien con las miradas, o con las palabras es violencia. Yo pienso que nos atamos más seguido a la violencia visible y a la que podemos sanar. Es más satisfactorio ya que podemos hacer algo, podemos tener el control sobre ella. Por ejemplo si el joven se ha roto algunas costillas durante una pelea, el educador va a contar de manera espectacular como logro acompañarlo al hospital más cercano y como pudo cuidarlo.

Pero no olvidemos la violencia invisible, la más sorda. La niña pudo haberse peleado con su novio. Para ellos es algo muy importante incluso si no tienen la marca física. Estos dolores no les tomamos el tiempo para tratarlos en nuestra posición de educadores.

Cuando trabaje en una casa hogar, habíamos creado un espacio para estos dolores invisibles, un salón de crisis donde los jóvenes podían expresar su tristeza y su alegría, no es porque no haya golpes que no hay violencia.

También es importante ayudarlos a prevenir esta violencia, tener cuidado de cuerpo, saber en qué situación es necesario pelearse, en qué situación se puede evitar una pelea y como. Como defenderse de forma diferente. Discutir con ellos y mostrarles que la violencia no es un trofeo ni un mérito, cuando eres violento no eres un héroe... Toca entonces trabajar sobre las creencias populares que están bien ancladas en ellos, para que poco a poco dejen de asociar el hecho de ser violento con el hecho de ser fuerte.

Como educadores debemos ser vigilantes sobre lo que nos cuentan los jóvenes, ya que no siempre el que es víctima de la violencia tiene razón. A veces toca ir más allá de los hechos para comprender como se crea una situación de violencia. Nuestro amor por los jóvenes no hace ciegos, y les damos seguido la razón con los ojos cerrados, tratándolos como víctimas, pero perdemos la objetividad. Ya sea de manera consciente o inconsciente, incluso si realmente son a menudo víctimas.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Siempre tienen ese sentimiento que cualquier cosa les puede pasar en la calle, que la vida es rápida, que se vive hoy y no mañana. Este sentimiento existe porque saben que la muerte puede llegar en cualquier momento y de diferentes formas; los jóvenes son víctimas de violencias gratuitas desde hace mucho tiempo.

Sufren de esta violencia verbal y física, incluso si todos no pueden responder de la misma forma. Siempre cuentan del odio que cultivan entre ellos, ya que han acumulado en ellos el hecho de ser maltratados y la imposibilidad de reaccionar.

El enojo y la impotencia frente a los abusos de la policía los carcomen. El desprecio y la indiferencia de la sociedad civil y de los peatones también. Muchos de estos jóvenes roban, pero es su respuesta a la violencia que reciben. A veces son golpeados sólo porque estaban ahí en la calle. Este sentimiento de injusticia se graba en el alma de los jóvenes.

También existe violencia en relación a la droga, hay mucha gente que vende droga a los jóvenes. Muchas de estas personas los manipulan, y muchos de los vendedores de droga los han asesinado por deudas que han podido tener.

Hay violencia al interior del grupo. Si no podemos hablar de líder en grupo de niños y niñas de las calles, hay algunos jóvenes que dirigen el grupo, pero no son líderes como tal, en el sentido que no dan órdenes. Al interior grupo, según la edad también, hay una violencia sexual y física importante ligada a la droga.

Las niñas son a menudo violadas al interior del grupo por sus compañeros. Muchas veces no quieren hablar de ello, ¿lo cuentan y qué? ¿qué les podemos decir? Si quieren seguir en la calle, podemos apoyarlas en el momento, es importante ayudarlas si lo desean, podemos evaluar sus necesidades con ellas, si es en el aspecto clínico, médico o psicológico, o si sólo necesitan contar su historia. Sabemos que las niñas no van a salir del grupo, van a continuar viviendo en esta estructura, están tan acostumbradas a este tipo de violencia, sexo recompensado y otros, todo esto hace parte de la cadena de violencia.

Las peleas que estallan entre ellos son tan peligrosas y pueden a veces empezar por nada, una tensión acumulada, el miedo asociado a una sensación de persecución (efecto de la droga), es tal la violencia física con los objetos del medio ambiente que encuentran que puede llegar a ser fatal. El aburrimiento y el deseo de "matar el tiempo" en la calle también, el deseo de enfrentarse al otro físicamente para mostrar su fuerza, la evocación de un conflicto anterior,

la historia con una niña, la historia de un robo o de dinero, a veces el mínimo pretexto es bueno para provocar al otro y pelearse.

Blanca, México D.F., México.

Tenemos que ser capaces de contener los conflictos, parar una situación que degenera, sentarse y respirar. Ver con los jóvenes, después de un momento, qué fue lo que sucedió para que se llegara a la violencia. Pero si el conflicto se pasa en la calle fuera del centro, toca tener cuidado antes de intervenir ya que hay otros actores en la calle. Debemos a menudo, meternos en el lugar del otro y preguntarse: “¿Qué debo hacer en estos casos?”

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Con los educadores trabajamos la violencia haciéndolos participar a las soluciones: ¿Cómo pueden hacer frente? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo viven la situación? ¿Qué sienten en el momento? La violencia interna en el grupo es sin duda la más importante.

Estuardo, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Viven en el momento una gran ira y no se dan cuenta de las consecuencias de sus actos, no tienen consciencia en ese momento de la noción misma de vida. Nosotros trabajamos la violencia en relación a la autoestima, intentar hacer actividades donde pueden reaccionar de otra forma, tener relaciones diferentes, actividades que les permiten conocerse mejor y que puedan vivir entre ellos sin violencia. Durante las actividades evitamos también la violencia verbal, los incitamos a no decir groserías, a no tener gestos violentos entre ellos, para que tengan al menos la experiencia de tener otras relaciones, y se den cuenta que pueden compartir sin violencia.

Tienen una vida muy violenta interna y externa al grupo, con nosotros pueden tener la experiencia de expresarse sin violencia. ¿Es que esto funciona? Es muy difícil, nosotros intentamos a través de nuestro comportamiento, nuestra manera de ser, de relacionarnos con ellos, de llevar un cambio de actitud también entre ellos, al menos durante el tiempo en que estamos presentes. En primer lugar ganamos su confianza, evitamos que haya desconfianza entre nosotros. Esta confianza y el respeto se establecen progresivamente, toca bajar las tensiones. Pueden confiar y contar lo que viven, podemos sugerirles entonces, modos de actuar diferentes. Es muy difícil ya que nosotros compartimos solamente un momento con ellos al día, pero ellos viven todos los días con estas violencias...

A menudo los jóvenes están frustrados o con rencor, pero su rencor y frustración no son direccionados a su padre o madre que pudieron maltratarlos y que fueran a las calles, ni a la institución que los abandonó desde que son

mayores de edad, ni al policía que abusó de uno de ellos, etc., pero estos sentimientos se devuelven contra uno de sus amigos en el grupo o contra ellos mismos.

En conclusión no existe una violencia de calle, pero sí violencias en la calle, experimentadas desde la infancia por el joven en situación de calle. Para el educador, el desafío es permanente ya que es un invitado en la calle, y aquí debe distinguirse sin pasar a ser un moralista. Actuar sobre la violencia, se entiende en prevenir su manifestación, el trabajo de fondo está ligado a una reflexión común entre los educadores y los jóvenes para evitar que la violencia se banalice. La lógica de urgencia en la cual caen las instituciones, tratando superficialmente la violencia, ni permite de realizar un trabajo a fondo. Si bien se debe prevenir la violencia interna de los grupos, también se debe intervenir sobre aquella que viene de exterior del grupo y sensibilizar el ambiente sobre la omnipresencia de esta violencia.

Drogas y adolescentes de las calles: separar la pareja condenada

La droga es a su vez una causa y una consecuencia de la violencia exacerbada en los jóvenes, que la mayoría consumen sustancias psicoactivas. En Centroamérica son esencialmente inhalantes (pegamento, disolventes, crack, etc.). Prevenir y actuar sobre su consumo es un reto cotidiano para los educadores, puesto que la droga, lo mata poco a poco, pero también les permite resistir la carga de violencia de la calle. Privarlos sin proponerles algo con lo que puedan sustituir la droga, parece irreal.

El joven conoce la droga desde su primera experiencia en la calle. Para integrar el grupo, la droga como las relaciones sexuales puede ser una forma de bautizo. Para resistir a la vida en las calles, rápidamente la droga se convierte en un refugio. El joven se vuelve dependiente del producto y así del mundo de la calle, lugar de experiencias extremas.

El fenómeno de la adicción en la calle es abordado, a veces, sin orden por las instituciones que trabajan con jóvenes. Los educadores, a menudo, desprovistos, poco formados para entender o acompañar un joven dependiente de un tóxico, conocen los efectos pero no saben cómo ayudarlo concretamente para parar o reducir su consumo.

¿Cómo un joven en situación de calle, extremadamente, dependiente del “pegamento”, puede construir un proyecto con la institución?, ¿la institución tiene el derecho de acusarlo de falta de voluntad cuando su cuerpo es dependiente?, ¿sus reacciones son las suyas, o su personalidad está bajo el efecto de la sustancia psicoactiva?

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Yo no les digo que no se droguen, intento que ellos paren por ellos mismos. Es importante encontrar argumentos que los incluyan. Por ejemplo, en un partido de futbol, no les digo "¡no te drogues!", pero sí "¡es preferible que no te drogues ya que vas a jugar mejor y no vas a perder!". Los jóvenes necesitan beneficios tangibles, así se dan cuenta que son más productivos. Con nosotros pueden vivir la experiencia de la vida sin droga. Les propongo un día antes un partido de no fumar, ni beber y de comer bien. No les hago la moral que la droga es mala para la salud, etc. ¡No! Yo intento que esto tenga un sentido inmediato para ellos. "¿Dejar la calle, para qué, qué beneficio tendría al dejar la calle?" Es lo que nos preguntamos a veces ¿Para qué, para que él educador pueda hacer estadísticas: "logré sacar 30 jóvenes de la calle", para que pueda escribir sus memorias y ganar un lugar en el paraíso?

Son los educadores que van a tomar la decisión y las consecuencias deben ser siempre visibles para ellos, el beneficio debe ser concreto y rápido. Cada vez que estamos con ellos deben sentir la diferencia. El efecto debe ser inmediato, directo para que llame su atención. Por ejemplo "Hoy no te drogaste, viste cómo corriste mejor durante el partido", sobretodo enfatizar que tomen poco a poco consciencia.

Yo estoy para decirles claramente cuáles son las consecuencias de la droga, "no voy a llorar cuando estés parálítico a causa del Resistol (pegamento)". ¡Toca hablarles con la verdad! No toca creer que si paran de consumir Resistol me hacen un favor. No es por ellos que lo tienen que hacer.

La vida continúa... parece duro decir esto, pero la calle es dura y, ¡es su vida que está en juego!

Los educadores deben estar informados de las causas y consecuencias de las sustancias inhaladas por los adolescentes de las calles. Cada día su estado neurológico y psicológico se degradará, las drogas tienen consecuencias graves e irreversibles sobre el sistema nervioso del adolescente, que van a perturbar sus capacidades y toda su personalidad. Toca evitar toda complacencia frente a los desastres llevados por este consumo. Aún si el joven reclama que lo aceptemos como es, con su Resistol, lo esencial es mantenerse firme, será sin droga.

La abstinencia de todo consumo de droga parece un objetivo irreal, siempre que el joven viva en la calle, esto se debe a la presión externa- en especial a la fuerza de entrenamiento del grupo- e interna- la depresión- que lo llevan a drogarse para soportar su ambiente. No dejará la droga si no está motivado por otra perspectiva, como un proyecto profesional, o un refugio de día y de noche en un centro. Darse cuenta que debemos trabajar con los adolescentes que se drogan, nos lleva necesariamente a revisar nuestros objetivos, en particular a proponer actividades muy fuertes e intensas, para

competirle a la droga. Un tiempo de actividad sin droga es un tiempo de salud, pero ni el adolescente, ni el educador pueden satisfacerse con el pretexto de la salud. Es compitiendo con las promesas de la droga que podemos intervenir, la euforia, la ausencia de una necesidad fisiológica.

Clarita, Bogotá, Colombia.

Tienen que estar ocupados, así reducen el consumo. El hecho de sentirse productivos también los motiva. En este aspecto, las comunidades terapéuticas son muy competentes. Es importante desarrollar la creatividad y organizar así salidas pedagógicas donde no consumirán.

En la institución creamos un espacio sin droga, el espacio de la actividad que puede ofrecer placer y se distinguirá del espacio de la droga, dónde los jóvenes se desvalorizan. Estar “contra” la droga en un discurso exclusivamente negativo es ineficaz si no proponemos una experiencia positiva, como todos los educadores dan testimonio.

Montse, Santo Domingo, República Dominicana.

Yo pienso que es interesante partir con lo que ellos conocen, y de entender cómo y por qué empezaron a consumir droga, intentar identificar con ellos los factores de riesgo que los llevo a consumir.

Yo pienso que también es importante trabajar con ellos sobre los efectos y las consecuencias del consumo de drogas día a día, en la vida cotidiana y en relación a sus proyectos de vida.

Debemos comprender que la recaída hace parte del proceso de rehabilitación.

Ciertos jóvenes en el marco de un acompañamiento educativo estrecho, intentan de disminuir su consumo de drogas hasta frenarlo. Incluso cuando todas las condiciones se cumplen a nivel del programa, la recaída siempre es posible, ya que el joven funciona en pareja con la droga desde hace varios años y las tentaciones son demasiadas. Frente a la recaída, no nos desanimemos, pero incitemos al joven a conservar la posibilidad de tomar la palabra sobre su consumo. Es decir distanciarse y escapar del fatalismo.

Abraham, Tegucigalpa, Honduras.

La droga menos cara es la más accesible, el pegamento de zapatos, cuesta menos de un euro vertido en un pequeño recipiente para bebé.

Yo los acepto como son, pero me siento cada vez más frustrado frente a esta droga que está destruyéndolos a nivel de las neuronas. Las consecuencias

son irreversibles. Estos jóvenes luego no pueden ni comer, ni hablar en ciertos casos.

(...)

La droga le produce placer que les quita el hambre, los dolores físicos y los problemas desaparecen. En nuestro centro la droga está prohibida, fuera es su espacio, los respetamos en su universo.

Pequeños recipiente de comida para bebés llenos de pegamento para zapatos color compota, esto es lo que ciertas tiendas de los barrios le venden a los jóvenes de las calles como un sustituto a los cuidados que no han recibido cuando estaban en edad de ser alimentados por alimentos para bebé. El cinismo de los adultos que alimentan este tráfico es sin duda inconsciente y refleja una indiferencia escandalosa.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Decimos que todo es culpa de la droga que es por eso que el joven se encuentra en la calle, es la culpa del Resistol.

El Resistol quita el hambre, la violencia, el sentimiento de abandono y es un placer para ellos. Una vez hicimos con los jóvenes un diagnóstico para establecer los puntos positivos y los puntos negativos con los que asocian el pegamento. Había más de treinta aspectos positivos y uno solo negativo, "¡Cuando el envase de vidrio de pegante está averiado puedes cortarte!".

Si queremos entender su relación con la droga, no podemos olvidar que la droga toca el centro de placer en el cerebro y el ser humano vive para el placer, vivimos en la búsqueda constante del placer. El adolescente está en la búsqueda permanente de placeres y experiencias. Es por eso que la gente está dispuesta a morir por droga. Lo importante no es decir que la droga es responsable de la situación de calle de un joven. Lo importante, yo creo, es preguntarnos qué es lo que buscamos proponerle, buscar una mejor calidad de vida. Si les permitimos tomar consciencia de su vida y de su importancia, los jóvenes van a estar motivados y dejarán la droga, porque van a encontrar otra manera de vivir.

Hacemos énfasis seguido, cuando los jóvenes dialogan con nosotros, que no se droguen, ni siquiera lo piensan. Cualquier cosa le puede dar placer, el hecho mismo de estar en comunicación con el educador, esto los llena de sentido por un tiempo. Están ocupados por esta presencia.

En la calle no toca olvidar que hay una cierta rutina, no todos los días es la gran aventura, el aburrimiento está muy presente. Pasar horas en la calle sin actividades, ¿Qué hacen para matar el aburrimiento? ¡Se drogan!

Clarita, Bogotá, Colombia.

Hay que ensayar, siempre ensayar. (...)Ciertos jóvenes están muy deteriorados porque ya hace varios años que consumen y mezclan varias drogas y cada vez experimentan con una droga diferente y más fuerte.

Una evaluación a nivel psiquiátrico es importante para determinar el nivel de consumo de un joven. Podemos estimar así el nivel de deterioro neurológico y luego determinar que tratamiento le conviene. En paralelo hay espacios ambulatorios donde el joven, cuando es un consumidor experimental, puede consultar y empezar a disminuir su consumo. Pero existen muchos casos que requieren todo un proceso de desintoxicación a nivel médico.

Bessy, Tegucigalpa, Honduras.

Los centros de desintoxicación no están adaptados para recibirlos, son muy caros y fuera del alcance de ellos.

¿Desintoxicarse en la calle? ¡Es imposible, es como dejar de beber teniendo un bar! No hay solamente voluntad y una motivación sincera, la dependencia física y psicológica están ahí y la presión del grupo no permite dejar la droga sin sentirse excluido del grupo al que pertenecen.

En la dependencia a la droga, hay una dependencia fisiológica y una dependencia psicológica. El joven que consume desde hace varios meses o años, necesita de una asistencia médica para reducir su consumo, pero toda forma de sustitución por medicamentos es susceptible de provocar una nueva dependencia. Una asociación de medicamentos puede aliviar el efecto de dependencia, pero el acompañamiento psicológico es indispensable para disminuir a su vez la dependencia a los sustitutos.

Además es poco pertinente dar ansiolíticos o antidepresivos a los jóvenes que siguen en situación de calle ya que la calle no tiene regulación, entonces serán susceptibles de consumir de manera excesiva o inadecuada, el cuidado ambulatorio parece muy fortuito. La toma de medicamentos en horarios fijos parece funcionar, pero esto implica puntualidad y cuando los jóvenes desaparecen, detener el tratamiento parece tener consecuencias nefastas, recaídas, efectos secundarios, etc.

Eliud, México D.F., México.

La droga tenemos que lidiar con ella, y perturba en el mismo momento del encuentro. Esto depende del espacio donde hacemos la actividad. Si es en la calle, son ellos quienes mandan, pero podemos jugar un poco sobre su consumo, haciéndolos reflexionar. Por ejemplo un joven llega, Carlos tiene problemas motores muy importantes, tiembla mucho que hay muchas veces que no puede comer solo, tampoco puede caminar derecho. Hay otros jóvenes

del grupo que lo ven y me preguntan: ¿Qué le pasó para estar en este estado? , yo les respondo, “! Qué él te lo explique, pregúntale!”. Carlos tiene años que se droga al “activo” con todo tipo de sustancias. Las consecuencias hablan por sí solas... Esto provoca un efecto disuasivo entre algunos, al menos por un tiempo, o los hace reflexionar, “esto me puede pasar a mí también si continúo las pendejadas”.

Los adolescentes en situación de calle tienen una relación con la temporalidad limitada al presente inmediato, evitan pensar y responden a sus impulsos o a la necesidad de sobrevivir, en una búsqueda desenfadada del placer, e intentando defenderse de las agresiones externas, a la angustia del mañana, que no deja un lugar para tomar consciencia sobre el largo plazo. Los jóvenes como lo muestra Eliud, pueden estar sinceramente sorprendidos cuando se dan cuenta de las consecuencias de la droga sobre el organismo de los que han empezado antes de ellos. Tiene, a veces, mucha pena a creer que la desaceleración psicomotora y los problemas cognitivos, de un camarada que conocieron con buena salud, pudieron ser causados por la droga que ellos mismos están consumiendo. El educador traerá, lo más seguido posible, al joven delante del principio de la realidad, y le recordará a cada consumo que su salud y sus perspectivas se disminuirán sin regreso. La vida no es un campo de juego, es lo que los adolescentes en situación de calle tienden a olvidar.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Nuestros países son muy complacientes frente al problema de la droga ya que el consumo de los jóvenes de las calles no les interesa. Estos jóvenes consumen droga, la compran, y hay una parte de este dinero que le interesa a los Estados. Los vendedores de droga esto les conviene y tiene que haber niños y niñas en las calles para comprar la droga.

Es difícil decirle a un joven, “¡deja la droga!”, yo creo que debe haber etapas. En lugar de consumir puede hacer otra cosa por su vida sin salir de la calle, si no lo desea. Se necesitarían espacios para que se desarrolle, pero sin vivir en una estructura cerrada, porque esto es lo que los jóvenes detestan, cuando hace mucho tiempo están viviendo en las calles. ¡Vivir en cuatro muros no les interesa! Pero esto puede interesarle un tiempo si hacen algo en estos cuatro muros, sabiendo que pueden ir, cuando lo deseen, a la calle e incluso si se quedan dormidos... ¡es un proceso!

Este tipo de espacios intermediarios organizados a nivel gubernamental, donde los jóvenes pueden florecer libremente no existe. Y esto sin duda que hace que vivan en la calle y continúen drogándose. El problema es que al nivel de políticas de intervención, las inversiones son hechas sólo por unos años, cuando el problema de la drogas existirá siempre. Yo pienso que podemos

actuar a nivel de la prevención, creando espacios donde pueden evitar consumir. Es un proceso.

Julio espera que pueda existir lugares como centro de bienvenida durante el día, donde se les ofrezca un cuidado ambulatorio para que los jóvenes que deseen disminuir su consumo. Julio se lamenta que no adaptemos nuestros métodos a su modo de vida con el fin de ganar nuestra lucha contra las drogas. Siempre es pertinente diferenciar entre los nuevos que llegan a la calle y aquellos que consumen desde hace años, ofrecerles abrigo y escuchar a los primeros y organizar actividades intensas para los segundos.

Los educadores deben por otra parte, tener en cuenta el ambiente del consumo.

Estuardo, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Es un problema muy difícil de erradicar, somos un país de paso para la droga, un plato giratorio. Los cárteles de la droga son muy poderosos, es difícil combatirlos.

No hay centros de salud que ayuden a los jóvenes con problemas de droga en el país. Cuando hay son muy caros, el acceso para los jóvenes de la calle es muy difícil. Nosotros, las organizaciones, que trabajamos con ellos, no tenemos las competencias para ayudarlos a desintoxicarse realmente. Ciertas organizaciones dicen que lo hacen, pero no lo hacen en realidad. El joven, la droga, es pan de cada día. Nosotros intentamos igual buscar alternativas diferentes. Pero es un mostro enorme, el narcotráfico, en nuestro país. Los que consumen drogas son a menudo los más pobres, los más fáciles de manipular, "ven consume, te vas a sentir bien, tu vida se va a mejorar...". Es una ilusión y luego es muy difícil salir. He visto jóvenes salirse, pero el porcentaje es muy bajo.

También el gran problema es el que el disolvente no está designado por la ley como una droga ilícita. No importa quien pueda ofrecerla, en cualquier droguería, cualquiera puede comprar disolvente. Algunos jóvenes consumen disolvente como una estrategia para sobrevivir, para venderle a los otros jóvenes del grupo. El disolvente es barato, una "pachita" de alcohol cuesta de 5 a 8 quetzales (menos de un euro). Pensamos a la larga que hay mucha gente que se enriquece y se aprovechan de los jóvenes de las calle, frenarlos también es difícil. A veces hemos intentado meter algunos vendedores a la calle, pero como no es una droga oficialmente fuera de la ley, no los podemos acusar, entonces salen y continúan vendiendo.

Una política adaptada a los Estados y la lucha contra el narcotráfico internacional sería un precedente para permitir que los jóvenes disminuyan su

consumo. Pero un deseo como este parece irreal, puesto que las complicidades son importantes.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

No tienen una visión a largo plazo de sus vidas. Cuando les decimos, “¡no te drogues porque esto va a destruir las neuronas de tu cerebro!”, te preguntan, “¿En cuánto tiempo me va a pasar?”, nosotros respondemos, “En cinco años...”. No les importa, ya que cada uno de ellos no planifica su vida a largo plazo, las consecuencias no le preocupen al mediano, ni largo plazo.

Viven al máximo hasta la mañana. No ven las cosas como nuestra sociedad las visualiza, voy a hacer deporte ahora, para cuando tenga cincuenta años estaré en forma. Ellos piensan: “Me fracturé esta pierna hoy, está bien, voy a ver cuánto voy tener con esta pierna rota”.

Los medios de los educadores son muy limitados para que el joven entienda que su cuerpo le pertenece, que no es algo que puede negar, o que le es extraño. Impotentes terminan por no seguir trabajando en la prevención, parece imposible lograr algo sin medios terapéuticos y educativos. Vivimos con la droga y sin combatirla, es vivida como una fatalidad.

La reducción del consumo de los jóvenes en situación de calle debe ser nuestro objetivo, antes de visualizar el no consumo. No podemos actuar a nivel nacional o político, pero sí proponer actividades que competirán con el consumo cotidiano. Cada día que pasa será tiempo ganado a la muerte, pero el educador debe tener en cuenta la relación particular que el adolescente tiene con su cuerpo, ese cuerpo que recibe la droga y que él desprecia.

Los cuerpos de los adolescentes de las calles: una historia para reconocer

El cuerpo del adolescente es a la vez el que lleva las huellas de una vida de calle, una moneda de cambio y un lugar agitado de impulsos sin control, impresionante, sustraído de todo simbolismo. El resultado una disociación característica, el joven tiene una relación de espectador con su propio cuerpo.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Muchos no entienden la idea de cuidarse hasta el final o de llegar al final de un tratamiento. A menudo los jóvenes heridos por impacto de bala durante una pelea, se escapan del hospital antes de lo previsto y vuelven a la calle sin yeso, con la perforación todavía en el brazo, como ellos dicen, “¡se aburren!”.

En cierta medida tienen el corazón y el alma bien separados, esto no representa un conjunto, sino más bien dos elementos. Seguido los programas educativos se limitan a la parte básica, si te doy de comer, vestidos y con qué dormir, esto es suficiente. Pero la terapia debería considerar este fenómeno de

disociación entre el alma y el cuerpo. Deberíamos acompañarlo para que sean autónomos.

Los jóvenes encuentran, fácilmente, por ellos mismos la comida y el material necesario en la calle. Pero nuestro trabajo debería estar a otro nivel, deberíamos ayudarlos a trabajar sus emociones en relación a su cuerpo. Por ejemplo, ayudarlos a establecer una relación entre su cuerpo y su cabeza y a proyectarse en el tiempo. Todo esto debe tener un sentido para ellos. Si el cuerpo no está bien, entonces la cabeza no se va a sentir bien y viceversa. Aún si viven en una esquina de la calle pueden realizarse.

Se sienten muy contentos cuando llegan a lograr cosas. Por ejemplo esto puede empezar con actividades simple, como leer un libro, el periódico con alguien. El joven se siente bien porque se reconoce. Es raro que el educador se relacione con esta realización banal de sí mismo. Nosotros no reforzamos la percepción de nuestro cuerpo tampoco.

Si a lo largo de mis entrevistas y mis años de experiencia con los adolescentes en situación de calle, me he interesado especialmente a la relación del cuerpo, el lenguaje no verbal es muy importante y este cuerpo va ser, muy temprano, explotado e instrumentalizado por la mayoría de los jóvenes.

Pequeña o pequeño, empiezan por estar mal nutridos es decir que comen de manera irregular; la violencia intrafamiliar puede maltratar este cuerpo (violencia física, abuso sexual, embarazo adolescente); el abandono prematuro del colegio, lo lleva, a veces, a no integrarse en un esquema corporal y desconocer las principales partes de su cuerpo, lo que le pertenece. La niña o niño trabajador tiene tendencia no medir sus límites y a dañar su cuerpo. Al crecer, el cuerpo sufre cambios que son de orden físico (transformación del cuerpo, posibilidad de procrearse) y psicosocial (afirmación de la identidad, descubrimiento de la sexualidad). Sin información alrededor de los cambios, sin soporte de los padres para acompañarlo en la pubertad, el joven se construye representaciones erróneas de su cuerpo. Es a veces sorprendente que le digamos que su cuerpo le pertenece a él o ella y no a los otros, como lo menciona Alfredo, este cuerpo no está asignado a una consciencia. La primeras relaciones sexuales, son precoces, y la mayoría son tiempo sin afecto y desprovistas de sentido, puesto que el cuerpo no fue visto psíquicamente, se puso de lado para evitar un sufrimiento por parte del sujeto. Es un cuerpo ilusorio que se construye, en apariencia todopoderoso, pero no tiene unidad, en pedazos, sin una defensa y recibe todos los impactos. Anestesiado por la droga, exhausto por el ritmo de la calle, acumula marcas de negligencia.

Mónica, México D.F., México.

La representación del cuerpo en las niñas es bastante específica, sentimos cuando han sido violentadas. Podemos escuchar de una niña decirle

a su grupo que desea hacerse un tatuaje con un payaso que llora, como símbolo que fue abusada sexualmente. Adoptan un comportamiento exhibicionista cuando están embarazadas. Esto corresponde a una cultura, ellas quieren ser libres, también son adolescentes. Ya que no importa cualquier adolescente le gusta exhibir su cuerpo o borrarlo en ciertos casos.

Los niños por su parte aman levantarse su playera, mostrar los hombros y su vientre a todo el mundo. Esto también es un lenguaje, quieren apropiarse de su cuerpo y este exhibicionismo nos habla de su libertad, fuera de todo tabú, sean gordos o flacos, nos muestran su vientre. Buscan encontrar una libre expresión de su cuerpo.

A veces, observamos como una cierta insensibilidad, una indiferencia en relación a su cuerpo. No sienten ya el dolor, es como si se cerraran sus receptores sensoriales. Pero algunos pierden de un golpe también, el reconocimiento de sensaciones sensoriales.

Los jóvenes vienen de medios socioeconómicos difíciles, no fueron suficientemente estimulados a nivel psicomotor y de sus percepciones sensitivas, lo que explica, en parte, esta pérdida de sensibilidad. Muchas carencias afectivas, desde su pequeña infancia, explicarían también esta insensibilidad aparente a sus cuerpos y por ende a sus emociones.

Ese cuerpo sea cual sea su pasado es, a menudo, su único bien, aquel que cuenta su historia. Y es también el que les impide, para algunos, de morir recordándoles que se debe alimentar, cuidar, lavar, constituye un principio de realidad. Este cuerpo también es el armas en las riñas de las calles, o la mercancía por droga. Los adolescentes de las calles no dibujan casi, pero su cuerpo les sirve de superficie de escritura, tatuajes y cicatrices son elementos de base de un relato biográfico.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

En la adolescencia, los cambios físicos están marcados, y para aquellos que están en las calles los son aún más. Los cambios más drásticos son los de las niñas, la niña tiene su periodo, su cuerpo cambia y se vuelve sexualmente atractiva para los niños. Luego hay un sentimiento de competencia entre los niños del grupo, quien se queda por más tiempo con la niña, etc. pero la relación al cuerpo está ligada a la autoestima.

(...)

Los jóvenes viven sus cicatrices como heridas de guerra. Es un orgullo, les gusta contarse a través de ellas. (...) A veces algunos hablan de sus cicatrices como trofeos y cuentan historias que se las relacionan, a menos que la cicatriz no les haya dejado una incapacidad. Nunca estarán orgullosos de

una pelea donde su mano hubiera estado herida, por ejemplo si su mano quedo paralizada. En este caso se vengan y vienen a contarlo, "¡Aquel que me dejó así, lo maté!".

Para probar los límites y las fuerzas de ese cuerpo que se transforma durante la pubertad, que se "sexualiza" y para darle un sentido, los adolescentes van a marcarlo o dejar que marcárselo. Para marcar su pertenencia y lugar dentro de un grupo van a ir, a veces, a evitar cuidárselo, y tomar un placer mezclado de curiosidad del espectáculo de la degradación de su cuerpo, para probar su propia existencia, las marcas y las cicatrices son la única huella de la realidad cuando la psique deja de responder, cuando el sujeto está desesperado o inhibido por el disolvente. Llevando al extremo este cuerpo juegan con la muerte.

Sus cuerpos son, a menudo, su único bien que no dejan de comercializar o de poner a prueba para sentirse vivos teniendo conductas de alto riesgo. Hacer correr por este cuerpo un riesgo mortal, ya que si se vuelven a escapar, pueden decir que fueron salvados, de cierta manera, por los dioses. Este comportamiento de ordealía se encuentra en el adolescente, pero tiene una intensidad incomparable en el adolescente en situación de calle, como si, viviendo un trauma de abandono o de ruptura familiar que no han podido verbalizar, refrescan este sentimiento en permanencia a través de un cuerpo que los libera que se acuerda de ellos. El reto se exprime también en una sexualidad de riesgo y el uso de drogas. Si este cuerpo escapa a todo esto, sentirán que se tendrán a ellos mismos.

Eluid, México D.F, México.

El problema también es que su estrategia de sobrevivencia los incita, para ganar dinero en la calle, a hacer de su cuerpo un objeto de comercio: como los "Fakirs" en México. Este fenómeno se amplifica en los niños: más tienen cicatrices, más son hombres.

Una niña por el contrario va tener un poco más de cuidado a su piel, para que los hombres la miren más. A veces, una niña se puede vestir como un hombre esconder drogar, o estar en igualdad, para evitar ser sometida. Si ellas tienen piojos, vamos a decirles que tengan cuidado con ellas, que se peine para evitar raparles el cabello. Su cuerpo se vuelve utilitario cuando se drogan, es el que les permite obtener dinero o bienes (el placer, la sexualidad).

Los jóvenes perciben las consecuencias del consumo de sustancias, como la piedra de crack, se vuelven muy delgados, ven la diferencia de sus cuerpos; pero en general esto no los lleva a parar, el placer de consumir es más fuerte, "¡Ok, estoy bien flaco, pero es muy padre la piedra!"

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Para ellos el cuerpo es una herramienta, nada más, totalmente instrumentalizado. Nosotros le damos a los cuerpos un sentido, un sentido estético, funcional y los utilizamos de diversas maneras. Para ellos parece ser un simple instrumento de trabajo. Para la mayoría de las niñas en situación de calle, sus cuerpos les sirven a encontrar clientes y obtener dinero.

También hay ciertos jóvenes que no cuidan sus heridas porque saben que para mendigar, estas les ayudarán a ganar más dinero. No es sistemático, pero algunos utilizan sus heridas o no se bañan para crear más lástima y recibir más dinero.

Deberíamos cambiar nuestro comportamiento hacia ellas y ellos y no darles dinero cuando sólo cuando el joven es limpio y se cuida en nuestra institución, así reforzaríamos los valores de construcción personal y no de destrucción.

La relación indiferente de los jóvenes con sus cuerpos lleva a su “uso” con fines de mendicidad, etc., pero la sociedad, el medio ambiente de los jóvenes sostienen esta representación de los cuerpos como objetos, recompensando la actitud destructiva o el consumo sexual, a través de la prostitución. Este cuerpo que trae dinero es objeto de un trato desequilibrado que lleva al joven a perder su autoestima, no es la desestimación de su cuerpo, el joven ve simplemente un vestido sucio al que no se identificaría que perdiendo todo consideración por ella o el mismo.

Se trata para los educadores de tener en cuenta este hecho y de descifrar el lenguaje no verbal de los cuerpos. El acompañamiento global del joven, ya lo hemos dicho, consiste en evitar de abordar aisladamente el acercamiento sanitario, del acercamiento psicológico, etc.

Clarita, Bogotá, Colombia.

Son jóvenes que han vivido situaciones de maltrato y abandono muy duras, pero poco a poco, nosotros trabajamos en su autoestima, para que se amen. La mayoría tienen una autoestima muy degradada. Sobre sus cuerpos se tatúan cualquier cosa. Nosotros hemos creado espacios para que cuiden este cuerpo maltratado, un espacio donde pueden ducharse, sentirse arregladitos, bien vestidos, para intentar reparar su imagen corporal. Más la imagen de ellos se mejora, podemos esperar una reducción de consumo de droga. El joven puede tener menos deseos de destruirse, aun cuando la relación con el cuerpo siga ligada a su infancia, y a los abusos que pudo vivir.

Pablo, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Lo que concierne las estrategias de sobrevivencia, constatamos un deterioro significativo del cuerpo por las condiciones mismas de la vida en la calle, tanto

bien en el nivel físico como psíquico. A nivel psíquico, la estima puede bajar de manera muy importante. Una parte de nuestro trabajo es revalorizar esta estima, tanto en el plano físico como de la psique. Trabajamos mucho con la imagen del cuerpo.

Por ejemplo podemos trabajar con los espejos, no se trata propiamente hablando de una terapia, pero sí el inicio de un proceso psicológico. En el nivel psíquico, podemos revelar, a través de mediadores y haciendo actividades con ellos, la imagen que tienen de ellos mismos de su propia condición física y de su estado psicológico. Nosotros trabajamos la reestructuración, con dibujos, plastilina. Trabajamos esencialmente alrededor de la historia de su vida.

A veces, debemos trabajar en los nudos traumáticos, los accidentes que viven en la calle. Buscamos determinar su capacidad de estructurar su imagen corporal. El espejo nos ayuda a observar cuanto el joven puede estar alejado de su realidad en relación a su imagen corporal.

(...) los espejos están puestos de cierta manera que el joven está obligado a verse, al llegar en esta sala. Directa o indirectamente se ve. Hay otros que se rehúsan a verse, otros bajan la mirada cuando cruzan el espejo, otros no dejan de cambiar de posición... percibimos que se sienten más o menos bien en función de lo que les renvía su imagen corporal.

Ciertos accidentes pueden ocasionarles un gran dolor físico. Pero nos damos cuenta del cambio progresivo, cuando el joven comienza a ponerse frente al espejo, a ver su cuerpo y confiarse. Comienza a darle un valor a su cuerpo, "aquí me corté... tengo que tener cuidado", comienza a elaborar.

La imagen corporal de los jóvenes está totalmente ligada a sus estrategias de sobrevivencia en la calle, sobre todo con la mendicidad, se hacen un idea mental que corresponde a la imagen tipo de los jóvenes de las calles, sucia, que vive en malas condiciones, pero está muy ligada a su estilo de vida, a su forma de sobrevivir, saben que manteniendo esa imagen, podrán obtener dinero.

Luego llega un momento donde los jóvenes, ellos mismos, critican el sentimiento que provoca esta imagen, esta imagen no les gustan a fondo, ellos mismo hacen sugerencias sobre la manera que la que les gustaría mejorarla o cambiarla... algunos han llevado bien este tipo de elaboración, "me gustaría estar más limpio". Con los espejos, tienen una retroalimentación y pueden constatar, por ellos mismos, los cambios, si se van mejorando. Ven el cambio y ganan autoestima.

En este proceso de construcción de la autoestima, cada detalle cuenta, un juicio fuertemente narcisista puede disimular un profundo desprecio de sí mismo. La cuestión de la estima del cuerpo, de la piel de la psique que es la

autoestima, es fundamental, el individuo debe encontrar su unidad, reunirse para reconocerse y encontrar el vínculo con sí mismo y los otros.

Las prácticas de los educadores, ellos mismos son elementos integrados por la institución. Por su acción se constituye en una piel que envuelve el cuerpo del adolescente de calles en una unidad, que afecta este cuerpo. Al principio agresivo e insensible en apariencia, convencido de su inmortalidad, este cuerpo reinvertirá su unidad, la de la salud.

La prevención sobre la salud, una comunicación para revisar.

La salud es la capacidad que tiene un cuerpo de existir como globalidad y no reducido a un problema específico o una suma de órganos. Este cuerpo debe estar reformado y para esto el joven debe estar informado, es decir no sólo recibir los discursos, pero que le afecte, que se movilice como algo global por el discurso institucional y preventivo. No se trata de un acto simple del lenguaje, pero de hacer que este cuerpo se sienta incluido.

Eliud, México D.F. México.

El problema es que reciben una cantidad de informaciones sobre tantos temas, sexualidad, droga.., pero no tienen los medios concretos para utilizarlos. La información la conocen, por ejemplo la información sobre el SIDA y el preservativo. ¿Pero cómo ayudarlos realmente a aplicar esta prevención para que cuiden su vida?

A menudo sacan el buen discurso, aquel que los educadores tienen ganas de escuchar, "si tengo que protegerme, que cuide de mí". Lo mejor que podemos hacer es cuestionar este discurso.

Hay varios perfiles de jóvenes en el grupo, este joven prueba sus límites, otro siempre se está pelando, aquel se droga, el joven que se queda solo en la calle y que no le gusta hacer nada que encuentra la calle como un verdadero modo de vida. Algunos cambian por sí mismo con las experiencias y toman menos riesgos para su vida.

Nosotros hacemos al menos lo mínimo, entregando información, pero también hay jóvenes que no quieren escuchar ni participar. Algunos están dispuestos a la reflexión y pueden escoger diferentes alternativas para salirse. A veces cuando damos una información, en la calle, los jóvenes pueden estar bajo el efecto de la droga, y dicen "sí", al día siguiente olvidaron la actividad, aunque se acuerden de algunos detalles.

Como lo hemos dicho, bajo una apariencia de indiferencia, el joven está atento más de lo que creemos, si estar necesariamente sensible al contenido informativo de la prevención, está atento al gesto que hacemos cuando nos dirigimos a ella o él para hablarle. Por otra parte se integra en una lógica del

grupo que hace que detrás de una apariencia desenvuelta, se trate en realidad de encontrarse en una posición de saber más que los otros.

La salud por la salud jamás ha sido un argumento que funcione. En efecto los programas de prevención de salud presentados en las instituciones están mal adaptados pedagógicamente, para los adolescentes en situación de calle, que no tienen la atención para un discurso a veces moralizador. Los métodos de transmisión de las informaciones de higiene y de salud han empezado a evolucionar. Muchas asociaciones se han dado cuenta del poco impacto de los programas de prevención sobre el modo de vida de los jóvenes de las calles. Han tomado en cuenta el hecho que el acercamiento lúdico y visual es la más pertinente para que los jóvenes se sientan incluidos y responsables.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Para mí los jóvenes funcionan a la "calinoterapia", sobre todo las niñas en situación de calle. Ellas no saben que significa la amistad sin abuso ni ambigüedades, ya que para ellas un gesto de cariño y tener una relación sexual son sinónimos. Es la única cosa que le han mostrado y para agradecer a un hombre por su protección. La única forma de dar un gesto de ternura es teniendo una relación sexual con esa persona.

Es importante revisar con los jóvenes las diferentes maneras de expresar su afecto, hay afecto hacia mi novia, mi abuelo, mi hermano, mis amigos, al educador, a la cocinera. Son diferentes vínculos afectivos que no se expresan de la misma manera. También deben reaprender a reconocer sus afectos, por ejemplo las niñas que sólo han vivido en relaciones de sexo recompensado, podemos mostrarle que con un novio es posible enamorarse, no instrumentalizar su cuerpo, dar, agradecer y recibir de manera diferente. Cambiar esta energía sexual exacerbada de la calle y mostrarles que no es por lo que la buscan, ni lo que esperan de ella.

Es realmente importante ya que todo gira en torno a la relación sexual entre los jóvenes del grupo en la calle. Las niñas deben reaprender a tener vínculos de confianza con los hombres. Son muy desconfiadas y la ternura, la amistad, todo es interpretado. La ternura no puede existir en el imaginario entre un niño y una niña. La relación sexual es un supuesto que debe cumplir la falta de afecto. Esto se convierte un funcionamiento. Para algunas niñas en situación de calle, tomar a alguien entre los brazos es una invitación al sexo.

Una prevención global sobre la salud no impide una aproximación precisa, ya sea que sea sobre alguien donde la problemática principal sea que se drogue, que sea víctima de violencia o que tenga una sexualidad de riesgo, el método de prevención debe adaptarse. Se toma en cuenta lo global pero con una consideración individual, para acceder a este tipo de salud. La comunicación

hacia las niñas alrededor de las enfermedades de transmisión sexual , es un buen ejemplo de esta complejidad.

La moralidad ligada a la ETS es muy importante en los adolescentes de las calles y las niñas son especialmente vulnerables, ya que su sobrevivencia en este medio está ampliamente condicionado por los intercambios sexuales, con todos los inconvenientes que pueden engendrar, las diferentes enfermedades, los embarazos no deseados, etc. Su vulnerabilidad se explica porque son minoría a arriesgarse en la calle, y sobreviven rodeadas de hombres que las amenazan y las ponen en peligro. Los educadores imaginan varios discursos para dirigirse a este público y protegerlo.

Román, México D.F., México.

Lo que no ha funcionado es un taller que quisimos hacer sobre la cuestión de género con el tema de la sexualidad y la salud reproductiva. Los jóvenes pueden tener creencia muy ancladas sobre los papeles de cada uno, lo que debe hacer un niño y una niña. Las informaciones que queremos hacer pasar no pasaron. Así las niñas dijeron asumir papeles de "mujeres de la casa" con toda la naturaleza. Todo esto está muy interiorizado.

Bessy, Tegucigalpa, Honduras.

Yo insisto mucho en la planificación familiar con las "patojas" y tomo mucho tiempo para explicarles con imágenes y esquemas la sexualidad, sus riesgos...

Lo que me hace más daño personalmente es que sus bebés se encuentran enseguida en la calle.

Yo intento que no se embaracen. ¿Por qué tener bebés se encuentran en situación de calle? Muy seguido quedan embarazadas. ¿Por qué? Porque se enamoran de su novio, y piensan que si tienen un bebé su novio no las va a dejar. Y pues sucede lo contrario, por supuesto, no obstante es una gran parte de su motivación.

Los jóvenes están mal informados. Hay todo un lenguaje callejero para describir la sexualidad, con esto nosotros intentamos reconstruir los conocimientos indispensables, para desmontar las falsas creencias. Tienen que estar al tanto porque la ignorancia legitima la violencia y los abusos.

La fase de información en la calle es capital, los jóvenes tienen una representación totalmente falsa de su cuerpo y de la sexualidad, que los lleva a tener comportamientos de riesgo. Pero la actividad que enmarca esta transmisión de información debe ser pensada como prioridad al mismo tiempo que el contenido informativo, lo que requiere imaginación y compromiso de la parte del educador.

Por otra parte los valores de vida y muerte deben ocupar un lugar central en esta comunicación, las nociones habituales de “bienestar” y de salud que atraviesan las sociedades de consumo, no son aplicables a la calle, son completamente externas a estos adolescentes. Al contrario los acercamientos existenciales les hablan, ellas y ellos que han sido hostigados en nuestras sociedades, en lugar de discursos preventivos sedativos u ocupacionales como los que podemos usar en ambientes escolares, podemos estructurar la comunicación alrededor de valores fundamentales.

Finalmente último aspecto técnico a integrar en la actividad del educador de calles, el manejo del contexto legal y policiaco de la calle, la comprensión de la relación específica del joven con la ley.

Un contexto policial y judicial para tener en cuenta.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Si una jovencita rica, de buena familia queda embarazada diremos, es un error. Si es una jovencita de un barrio pobre que queda embarazada diremos, es una prostituta. Los jóvenes en situación de calle que se drogan son considerados como drogadictos, pero las personas de una clase económica alta tienen un problema de drogas, “¡tenemos que ayudarlos!”. Si un jovencito rico está drogado una noche, decimos “se divierte”, y la policía va a dejarlo en su casa. Pero si la policía encuentra un joven en situación de calle con una botella entonces es un delincuente. La justicia difiere en este país según los orígenes sociales de las personas. Si alguien camina por un centro comercial con un tatuaje, la policía no lo va a molestar, pero si camina con un tatuaje en un barrio como la Camayaguela, un barrio popular, se convierte en un “marero”. La policía jamás irá a molestar a la gente en un gimnasio al centro de la ciudad, donde cuesta 200 dólares la suscripción, donde la gente la mayoría está tatuada.

Todo depende del lugar en el que nos encontramos y de quienes somos.

Los educadores, el equipo psicoeducativo de la institución debe conocer el derecho, con el fin de defender los adolescentes de las calles frente a las injusticias cometidas, a menudo, contra ellos. No se trata solamente de conocer los derechos teóricos, pero de hacerlos vales concretamente a sus ojos, a los ojos de la sociedad y de ayudarlos a inscribirse en una historia familiar.

Clarita, Bogotá, Colombia.

Esto depende el código de menores establecido en el país. La justicia es más o menos represiva hacia ellos. Ha cambiado al nivel de la represión, hoy la policía puede incluso ayudarlos, poco a poco se educan.

La corrupción sigue siendo muy importante y la falta de formación de los policías se traduce por lo arbitrario y los enfrentamientos, tratados por una justicia de dos velocidades.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Acá en Guatemala, el sistema judicial es muy represivo, los jóvenes de las calles están casi siempre en la cárcel. No todos, pero un gran número, sobre todo los mayores. Están en un círculo de la vida, viven en la calle, consumen drogas, a veces roban, luego van a prisión y comienzan de nuevo. Pero muchos mueren en este circuito.

Cuando el joven llega a la calle, está es un juego, juega con su ambiente y la policía hace parte de su terreno de juego, cuando este no juega realmente con ellos. Con el tiempo, los abusos repetidos de la policía y de la justicia se vuelven una de las motivaciones para dejar la calle.

Es cierto que los adolescentes de las calles roban o trafican con drogas, pero no lo hacen como delincuentes “profesionales”. Por otra parte en varios países, la mendicidad es considerada como un acto de delincuencia por la ley. La prostitución, especialmente de niñas, el pequeño tráfico de drogas, los robos, los jóvenes son perseguidos por todos estos actos prohibidos por la ley. Pero también pueden ser perseguidos por la única razón que están presentes en la calle (limpieza social), sobre un banco, por ejemplo, si un policía quiere “jugar” con ellos y decide encarcelarlos. A veces, los liberan tres días después y llegan con nosotros en un estado terrible. Durante su detención, si nadie les lleva de comer, no comerán posiblemente. Los otros detenidos, más viejos, más aguerridos, cometen violaciones hacia ellos y la policía es susceptible de abusar de estos “sin derechos”. Cuando uno de estos jóvenes desaparece, la pista sobre el arresto jamás se cuestiona, y en este caso se debe actuar rápidamente. Los abusos de la policía en varios países, no son castigados ni controlados. Sin identificación, los jóvenes en situación de calle son vulnerables, ya que no tienen a una asociación o a una ONG a quien llamar, durante su encierro, los jóvenes están en riesgo de estar en manos de ciertos policías que pueden maltratarlos.

Algunos educadores intentan con campañas de prevención, de sensibilizar a la policía municipal, al mismo tiempo que a los ciudadanos, sobre el respeto de los derechos de los adolescentes de las calles y el rechazo de una respuesta exclusivamente represiva. El contacto y las discusiones entre educadores y policías no son para nada armoniosas, puesto que el educador ha escuchado tantos testimonios de abuso por parte de los policías y visto con sus propios ojos los servicios infligidos a los jóvenes.

El educador está en la obligación de conocer los derechos fundamentales de los jóvenes en situación de calle, derecho a una identidad, derecho a la

protección. Muchas asociaciones no pueden pagar, ni siquiera contratar abogados para seguir ciertos abusos comunes contra los jóvenes. Es trabajo de los educadores de conocer las leyes de sus países y las leyes internacionales, para ubicarse. Pero, a veces, por falta de tiempo y de personal disponible, este aspecto del acompañamiento no es prioritario.

Para organizar esta defensa, la prioridad es casi siempre obtener documento para el niño, niña o adolescente. Busca y encontrar la identidad de sus padres, el acta de nacimiento, son procedimientos largos, a los cuales el joven tiene que involucrarse, ya que puede perder la consciencia de su derecho como ciudadano y de su identidad. Para esto, debe revelar su verdadero nombre, ya que casi siempre usa un pseudónimo. El pseudónimo no solamente se usa como protección de su real identidad (nombre, lugar y fecha de nacimiento), pero también porque abandonan su antigua vida por vivir en la calle, porque rechazan el apellido del padre o de su familia con la cual han estado en conflicto, o simplemente porque quieren esconderse. A veces cuando son mayores, los jóvenes desean seguir siendo “menores” para beneficiarse de todas las ventajas ligadas a este estatuto. Si son mayores, la justicia será mucho más severa (incluso si las condiciones en las prisiones de varios países sean las mismas, o el sujeto sea mayor o menor de edad).

La búsqueda de identidad no es sólo un procedimiento administrativo, se trata de retomar contacto con la familia, si es necesario y si el joven no se rehúsa a contactarse con ellos. En otros casos, en varios países, la declaración civil del niño o niña cuesta y ciertos padres no tienen los recursos que prefieren no registrarlo. Las consecuencias de esta no inscripción oficial son las siguientes: el niño no puede ser inscrito en la escuela (cuando las escuelas exigen documentos de identidad), el joven adulto y sin identificación, no puede votar o inscribirse en una universidad o tener un empleo oficial, etc. Sin estos papeles, el joven tiene a inventar su biografía y entra en una cierta fabulación sobre su identidad. Se reinventan su historia (edad, lugar de nacimiento...) de acuerdo con las instituciones que encuentras, lo que impide que se acerque a la realidad.

La cuestión de la injerencia.

Los problemas que se dan en la calle no son solamente estresantes, pero también son crónicos, lo que requiere del educador una gran tranquilidad, para poder intervenir sabiendo que debe empezar de cero varias veces y para cada niño o niña. Por otra parte puede hacer que el joven se rehúsa a la intervención del educador, que no desee buscar entrar en los procesos propuestos. ¿Contrario al joven se debe intervenir, considerando que por sí mismo no tiene los medios de determinar lo que es bueno para él o ella, debemos pensar por ellos, su deseo de salir de calle y de salir de esta situación

que lo lleva lentamente a la muerte, le pertenece? ¿ Pero cuándo sabemos que el asunto es fatal, podemos dejarlo?

La familia, ¿encuentros posibles?

Desde el primer contacto con el joven en situación de calle, evaluamos rápidamente su situación observando su medio ambiente físico y socio afectivo (asilado, o no, trabajando, o no, perteneciente a un grupo, consumo de drogas, o no...). Así podemos pensar en la oportunidad de un regreso al núcleo familiar.

Franklin, Tegucigalpa, Honduras.

Una reintegración en la familia puede constituir un choque. Acá y por supuesto, está ligado a la pobreza, las relaciones de pareja, las peleas conyugales, el maltrato, el uso de drogas por parte de los padres, todo esto cuenta. El ambiente familiar es un factor importante que puede provocar la partida del hogar, el joven no puede encontrarse en un ambiente digno donde pueda crecer con lo que necesite, la ternura, el amor, el respeto. (...) Hay una diferencia enorme entre el la cama que le propone la institución y la cama de la casa, en la familia. A veces, los jóvenes no quieren regresar a su casa porque las instituciones son más cómodas.

(...) Cuando el joven llega al centro, no dice cómo vive. Puede que tenga relaciones más o menos buenas con su familia. Vamos a visitar a su familia en su casa, nos ponemos en contacto con ella e intentamos determinar la naturaleza de las relaciones con el joven desde su "fuga". ¿Los han buscado desde que desaparecieron, se han preocupado, desean tener noticias de su familia? Hacemos algunas preguntas sobre las relaciones familiares, pero también sobre la situación económica de la familia, preguntamos si son dueños de la casa, si tienen dificultades para comer todos los días, quién en la familia tiene un empleo y quien es el apoyo económico. Estas preguntas permiten establecer un diagnóstico de la situación.

Con algunas preguntas podemos saber si un joven está en la calle desde hace mucho tiempo, si ya está en la "lógica institucional", es decir si ya frecuenta las instituciones desde hace tiempo, etc. Todo esto nos ayuda a determinar si dejó o no recientemente el núcleo familiar (padres, tío, tía, abuelos...). Algunos niños y niñas en situación de calle han quitado su hogar hace algunos días o meses. Frente a esta situación, los educadores de la calle están en una intervención de emergencia, consiste en hacer contacto con la familia, con el acuerdo del niño o niña, para favorecer una reintegración lo más rápido posible y preferiblemente en buenas condiciones. Lo primordial es evitar la integración del joven a la calle, como de su institucionalización, es decir la dependencia a las instituciones para satisfacer sus necesidades vitales. Se trata de proteger al niño o niña de las violencias de la calle. En ciertos casos es muy tarde cuando el joven ha integrado una pandilla con un líder fuerte que le impida cambiar de

opinión y de volver a tener contacto con su familia. Cuando la asociación no tiene un refugio donde pueda pasar la noche o cuando el joven decide dormir en la calle, es un retroceso para los educadores. Cada noche puede ser fatal, todos los abusos y violencias son posibles para el joven que llega a la calle.

Retomar contacto con la familia, también es descubrir las razones reales por las cuales el joven ha decidido progresivamente dejar el núcleo familiar, y a veces de forma brutal. Un trabajo de acompañamiento bilateral se pone en marcha, tanto de lado de la familia como de lado del joven para establecer un diálogo en la medida de lo posible. Hay veces que descubrimos que las condiciones en la familia son violentas. Cuando los criterios no se dan para que el joven sea de nuevo acogido o cuando la familia no desea saber más de él o ella (rechazo violento, salida violenta, ambiente sin afecto, situación social y económica difícil), que las condiciones no favorables a su desarrollo se mantengan, nosotros buscamos siempre a retomar contacto hasta con un miembro lejano de la familia, con el de que pueda acogerlo. Si ninguna solución familiar no es posible, sólo así visualizaremos otras posibilidades.

Es cierto que el joven al principio pueda considerar que el modo de vida de la calle es más atractivo, comodidad de ciertas instituciones, atracción por la aventura y la vida lúdica en la calle, "libre y sin obstáculos", etc. Esta libertad hace contraste con su vida precedente, en el núcleo familiar, donde tocaba enfrentar y resolver conflictos muy dolorosos que desea mejor huir.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Pensamos generalmente que la familia se limita a papá y mamá, pero los "cipotes" tienen diferentes familias, la calle es una familia ya que pasan más tiempo que en sus casas. No tomamos en cuenta los fuertes vínculos que unen a los amigos en la calle, pero también a las parejas e insistimos a menudo en el hecho que el único lugar donde se desarrolla una vida afectiva es con papá y mamá. Pero no es cierto. La familia es un buen lugar que está dispuesta a recibirlos, y no un fin en sí mismo.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Los que regresan con sus familias son muy pocos. Algunos salen de las calles y forman sus propias familias, e incluso manteniendo un contacto cada vez más lejos con su familia siguen siendo independientes.

¿Debemos reintegrar al joven con su familia a toda costa? Por supuesto que no, si las condiciones no son aceptables. Aunque nada remplace la familia y los vínculos en la comunidad para una niña, niño o adolescente, razón por la cual muchas instituciones buscan establecer un contacto con ella. La familia que ha podido ser la causante de la ruptura, en muchos casos, puede constituir también una parte de la solución. Las instituciones no pueden sustituir la

“figura paterna”, y la calle sigue siendo violenta y una fuente de traumatismos muchos fuerte de los que el joven pudo vivir en su hogar.

A pesar de esto son muy raras las integraciones familiares que funcionan. Cuando hemos perdido tiempo, o cuando el proceso por encontrar a la familia con la colaboración del joven, fue muy larga, este guardará recuerdos muy negativos del ambiente familiar.

Cuando el regreso a la familia no es posible, debemos recordar que joven, sea cual sea su historia y su pasado doloroso, tiene unos padres y una familia. El educador puede llamarlo por su apellido para recordarle su filiación, insertarlo en una historia, un tiempo que lo libere del instante presente al cual está casi siempre confinado. Ayudarlo a aclarar su pasado, también es aclarar su proyecto a futuro, a pesar de la resistencia actual del joven a tomar contacto, la posibilidad debe mantenerse, incluso mucho tiempo después.

Clarita, Bogotá, Colombia.

Intentamos poner en prioridad el contacto con la familia, pero no es fácil. Nos informamos sobre ella para saber quién puede ayudarlo en su proceso. Organizamos talleres con los padres de los niños, donde trabajamos el sentimiento de culpabilidad que revive muchos sufrimientos. ¿Cómo aprendemos a mirar al otro con todo lo que ha pasado? Cada uno a cometido una falla en la relación, y permitimos al diálogo para reanudarse.

Ciertos jóvenes que han vivido en la calle durante años contraen enfermedades infecciosas y no se cuidan. A menudo sucede que el joven siente que se está dejando morir o que está muriendo y le pide al educador de las calles, con aquel que tenga confianza, para contactar a sus padres. El joven desea ver a sus padres una última vez, luego de años de ausencia, más allá de su aparente indiferencia en el transcurso de vida en la calle, la ruptura afectiva deja una huella indeleble.

Con excepción de esta situación extrema que revela la permanencia del vínculo familiar, constatamos que el joven en situación de calle puede tejer también vínculos esenciales con otras personas, por ejemplo, un familiar lejano, alguien de su comunidad de origen o un desconocido por casualidad, que va asociar con un buen periodo de su vida y que va poder apoyarlo en los momentos difíciles y ayudarlo a avanzar. El educador debe ubicar estas personas que los jóvenes han escogido para protegerlos y establecer los vínculos afectivos privilegiados y que llamamos también los padrinos y madrinas. Estos adultos raramente son personas aisladas, son personas deseosas de establecer una relación auténtica con los jóvenes. Los educadores pueden encontrar en estos terceros una familia sustituta, que no ha traicionado al joven y en los que puede tener confianza, para establecer un vínculo y salir

de la soledad sin romper de manera brutal con el modo de vida, que a pesar de todo, escogieron.

La familia es sinónimo de moral, de restricción, de disciplina, de culpabilidad, tantas nociones con las cuales el joven quiere romper. A partir de que el adulto, sea el actor institucional o el padrino, encarne este discurso, el joven tendrá tendencia a huir, cuando necesita estar contenido. Cuando la familia deja de ser una alternativa, cuando la inserción profesional no tiene un objetivo previsto, ¿cómo puede ser autónomo este joven?

¿A partir de ahí podemos considerar al adolescente de las calles como un sujeto libre de sus decisiones? La cuestión del libre albedrío sigue siendo la gran problemática de un joven en situación de calle. Entre el marco familiar, el acompañamiento psicoeducativo y la ley de la calle, el joven está entregado a sí mismo y a sus impulsos, lo que le impide tomar sus propias decisiones.

Cual sea la dirección que tome, el educador será el que lo ayudará a tomar distancia del presente inmediato. Con el joven, el educador es que le permite ser él o ella misma, de escoger por sí mismo o misma y en conocimiento de causa el mejor camino para él ella.

Dejar la calle, un largo camino y una decisión personal.

La cuestión crucial, que se indaga en permanencia, son los límites de la acción educativa, comprometida con la relación al lado del joven, el educador le cuesta aceptar que el joven siga en la calle y corre el riesgo de imponer una salida de las calles que no es una decisión, este proceso lleva al fracaso.

Bessy, Tegucigalpa, Honduras.

No respondemos inmediatamente a la demanda del joven. Es mejor esperar que este en un proceso de integración y que la motivación sea propia para orientarlo. Tenemos que tener en cuenta varios parámetros. Puede ser que el joven necesite de una ayuda inmediata impuesta por una situación de emergencia, no de una ayuda a largo plazo. Además, si llega a la institución con sus costumbres y reglas, querrá escaparse, es comprensible! Es importante discutir en términos de objetivos y de compromisos con el joven.

También se debe ser vigilante, el joven puede encontrar que la institución le ofrece una cierta comodidad y se acomoda sin realmente trabajar en su proyecto de vida. No tenemos que satisfacer todos sus deseos, ni darle gusto a todo bajo el pretexto que se quede en la institución. Son niñas, niños y jóvenes, también tenemos que exigirles que usen sus capacidades y ser un poco astutos con ellos, sino seremos rápidamente manipulados. Tener siempre un poco de tiempo para avanzar con ellos, para que no nos sorprendan, porque

en el espacio donde han evolucionado, la desconfianza y la manipulación hacen parte de su modo de vida y de sus estrategias de sobrevivencia.

(...) es difícil verlos recaer cuando están dejando la calle, en un proceso de rehabilitación cuando se sienten motivados para dejar la droga, es un destare. Esto me hace daño, muchos de ellos rompen con el proceso y regresan a la calle, se sienten frustrados, sienten que han fracasado en alguna parte, que van a decepcionar, pero sobre todo por ellos mismos están decepcionados. Yo creo siempre en ellos y tengo el corazón para animarlos. Me ha tomado tiempo comprenderlo, pero la recaída en la calle es una etapa obligatoria y normal en el proceso de un joven en situación de calle que desea salirse. Al principio, lo tomaba siempre como un fracaso; ahora me digo que la próxima vez será la buena e intento jamás bajar los brazos.

La demanda del joven a las instituciones no siempre es sincera ni realmente formulada, ayudarlo de forma duradera necesitaría una demanda de recursos de reflexión y de toma de distancia de sí mismo, cuando siempre están fuera de sí. La forma de intervención más pertinente del educador en la calle es sin duda la siguiente: darle medios para reflexionar sobre su situación, encontrar lo que le conviene, de madurar una decisión, de ayudarlo a desarrollar una capacidad de escoger y evaluar. En cuanto a la demanda inmediata que el joven presenta, esta se reubica en su contexto y se estudia en función de la capacidad del demandante a construirla realmente. En lugar de sacarlo rápidamente de la calle, de ir muy rápido y finalmente de exponerlo a la difícil experiencia y destructiva de regresar a la calle, el educador llevara al adolescente a darse cuenta que existen otros lugares, otros modos de vida, y establecerá las condiciones de una deliberación en lugar de imponerse a su propia elección. Sin caer en los excesos y considerar al joven como un individuo plenamente constituido y que asume totalmente sus elecciones, buscaremos etapa por etapa a acompañarlo en un acuerdo mutuo sin que nada se lleve a cabo.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Este trabajo está hecho de frustraciones, deseáramos, con la experiencia que creemos haber adquirido, que los jóvenes salen de las calles, que se desarrollan como los otros jóvenes de su edad. Sin embargo la experiencia nos enseña también que los jóvenes en situación de calle tienen el derecho de quedarse en la calle, que tienen sus razones, su cultura y sus propias situaciones. Cuando relacionamos nuestras experiencias, cuando las reflexionamos, adquirimos conocimientos más precisos y logramos a prever mejor lo que va a pasar. Pero los jóvenes tienen también un poder de decisión, aun cuando son dependientes de las drogas. En este caso, aprovechan de los espacios que les proponemos y pueden sentirse muy bien sin drogas, pero elegir de todas formas quedarse en la calle. Saben entonces que, si lo desean,

pueden escoger otra cosa. Pero algunos decidirán quedarse en la calle. El trabajo de calle debe concentrarse sobre este compromiso y respetar las necesidades y las elecciones de los jóvenes.

A final de cuentas, es el joven que toma una decisión entre las diferentes alternativas que le proponen. Es esta la principal tarea de una institución. No obstante lo que le interesa más a las ONGs, es que el joven una vez llegue a la institución se convierta enseguida un hombre perfecto para el futuro. Puede ser una buena alternativa para algunos, pero no para todos. Sabemos que más tiempo se quede en la calle, desde sus primeros contactos con la calle, le será más difícil salirse porque va a desarrollar todo su universo, sus costumbres, etc., en la calle, y si no muere entretiempos por diferentes razones, se convertirá en un profesional de la calle.

El educador está frustrado a menudo por el carácter implacable de la lógica progresista de las instituciones, a sus ojos el joven debe progresar, ir de un nivel al otro, lo que es totalmente contrario a su lógica. Re caerá, se dejará, su integración en la institución no es percibida como un beneficio claro, pero sí como una pérdida de identidad, poco percibida por los ojos de la institución. Pero el joven pierde la capacidad de demandar, de interactuar en la calle, está realmente frágil. La intermitencia es, en su caso, una dimensión normal en el proceso de acompañamiento.

Bessy, Tegucigalpa, Honduras.

Nada garantiza que una persona deje definitivamente la calle o se reintegre a su familia, si no ha obtenido, ni seguido ningún acompañamiento, si no tiene ningún proyecto real de acompañamiento por la institución o un educador. La vida en la calle es muy atractiva y el joven puede ser atraído por este modo de vida, a pesar de los riesgos. La calle puede ser cómoda cuando eres joven, y eres fácilmente tomado en cuenta por las instituciones y las ONGs.

Muchos de los jóvenes que regresaron a su hogar guardan la nostalgia del sistema institucional, de la libertad de la calle. Las ventajas de la calle sobrepasan sus inconvenientes, hasta que la calle los usa y los inconvenientes se vuelven más importantes que los beneficios.

La capacidad de cambiar de modo de vida necesita de una real introspección por parte del joven, un paso psicológico. Para que un adolescente de las calles se decida a “pasar del otro lado del puente”, a salirse de la droga, a visualizar un proyecto de vida personal y profesional fuera de la violencia de la calle, debe haber desarrollado cualidades excepcionales de resiliencia. La resiliencia, recordemos, es un fenómeno psicológico que permite al adolescente afectado por traumatismos graves vividos en su hogar (rechazo, abuso sexual, violencias, etc.) superarlos, al superarlos fortalecerse, evitando caer en la

depresión y en la posición de víctima. Estar en la calle ya es una una marca de resiliencia, pero la superación de sí que implica esta presencia no es duradera, el educador debe hacer una pausa. Este fenómeno sólo puede existir si se encuentra un espacio de diálogo y/o de expresión donde el joven será escuchado.

Estuardo, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Todos los educadores viven con el sentimiento de impotencia. Compartimos un espacio con ellos, pero si tomamos consciencia de lo que estamos haciendo, de lo que queremos hacer y la realidad que los jóvenes están viviendo, es muy difícil. Queremos hacer mucho pero es desde nuestro punto de vista, lo que nosotros queremos, pero no lo que los jóvenes quieren. Creo que no hemos buscado lo suficiente para comprender lo que quieren los jóvenes, y aun así lo sabemos, tampoco tenemos las técnicas, los medios para ayudarlos o para que se puedan expresar. Y la impotencia genera frustración, estamos en el punto de obtener un resultado con el joven y ¡pum!, recae. Los procesos son largos frágiles e inciertos. Este sentimiento de impotencia nos persigue y la frustración que lo acompaña.

Román, México D.F., México

Todos los días, salgo de mi casa con la esperanza de que hoy un joven tome la buena decisión. Porque son ellos en definitiva que toman la decisión de dejar la calle. Lo que me da esperanza, es de ver un joven que ha vivido en la calle, que ha sufrido abusos sexuales y se ha prostituido, que ha tenido que ir al hospital, sigue sus estudios y vive de manera diferente.

El educador va promover otro modo de vida, y no va entrar en un ultimátum o un combate frontal contra la calle, no es en términos de espacio físico, de cambio de lugar, de la calle a la institución, que el profesional va ver su éxito, pero es en términos de espacio psíquico. Dejar la calle, es primero que todo, soltar este aspecto intermediario, alimentar la esperanza de otra existencia. Las actividades permiten a las capacidades desarrolladas en la calle encontrar una expresión nueva, de establecer una solución de continuidad.

Reaccionar frente a la muerte

Vale la pena constatar que la situación más común del acompañamiento no es la liberación de joven, sino su ruptura o muerte. La calle es un tirano que lleva a los jóvenes estar bajo una vigilancia extenuante, constante, total, que los conduce irresistiblemente hacia la muerte. El educador se enfrentará a muertes violentas y a jóvenes que viven en permanencia con la obsesión o el fantasma de la muerte.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Ellos están en un proceso de muerte lenta cuando permanecen en la calle. Debido al consumo de droga, cada vez aumenta las actitudes negativas y los delitos, hasta que se hacen matar. Les hablamos de la muerte de diferentes maneras, hablando con ellos de los medios para evitarla. La persona que tenemos frente a nosotros es un ser humano, tiene siempre la posibilidad de cambiar. Por supuesto, no es simple salir de la calle, pero todo el mundo puede aprender.

(...) Hay demasiados muertos en las calles. A veces nos echamos la culpa y nos preguntamos cuales han sido los errores de la institución, por ejemplo si no le hemos dado una respuesta concreta al joven. Sabemos que hay jóvenes que no van con las instituciones, que quieren quedarse en la calle. Es su decisión de alguna manera, ¿hasta dónde y hasta cuándo es justo que el educador intervenga? Si la esperanza está en el joven, vale la pena mantener el contacto, puede ser que desee salir...

Estuardo, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Me pasado de enfrentarme a la muerte de ciertos jóvenes. Creo que he visto morir más de 80 jóvenes en 15 años de carrera como educador de las calles.

La primera vez, el conflicto en mí fue intenso, pero poco a poco, entendí que el modo de vida de los jóvenes es de alto riesgo y que ellos mismos saben lo que puede pasarles cuando toman todos estos riesgos en la calle. La vida tiene poco valor en la calle y sus ojos. Cuando alguien muere, esta es su reflexión y sentimiento, "sí, el pobre está muerto, era alguien bueno, alguien malo, etc." ipero en poco tiempo se olvida! El joven vive el momento presente, "está muerto, iuna lástima! Pero yo tengo que continuar viviendo como los estoy haciendo, sobreviviendo".

Este sentimiento es un poco frustrante para los educadores por el ideal que llevamos. Cada muerto es para mí un símbolo de nuestro fracaso, porque no logramos hacer algo por él. Estoy en conflicto conmigo mismo cada vez que un joven muere, porque para mí esto significa que hemos fracasado en algún lugar, no solamente yo, pero todos los que han intentado trabajar con él, toda la institución.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Al principio es muy difícil, en los años 80 hubo oleadas de violencia gratuita contra los jóvenes en situación de calle en Ciudad de Guatemala, por parte de la policía como de particulares. La violencia de los policías, sólo era de algunos y este fenómeno existe hoy, con casos aislados de abusos contra los jóvenes.

Tuve varias veces ir a la morgue para reconocer jóvenes muertos, tocaba identificarlos luego vestirlos, ponerlos en un ataúd y llevarlos al cementerio. En estos momentos, se siente un impotencia terrible, pudimos verlos animados de vivir y de cambiar, luego, a causa de las condiciones de vida en la calle, iterminan en un ataúd!

Pero también tenemos un sentimiento de culpabilidad, nos preguntamos siempre lo que pudimos hacer de más. Lo sentimos con algunos, con los que habíamos tenido un vínculo de confianza particular. Con ellos nos unimos más que con los otros, hay un "click", el diálogo es fácil, nos hablan de todo, de sus tristezas, su familia, sus frustraciones, sus esperanzas... y cuando mueren, realmente es duro, nos preguntamos qué es lo que hacemos aquí, decimos que no logramos nada.

La muerte de los jóvenes pone a prueba la resistencia de los educadores de las calle, el educador duda de su acompañamiento, pero es precisamente en ese momento que su saber hacer cuenta, es decir su capacidad de tomar distancia, de visualizar su profesión de manera menos pasional, de manera que su frustración, ver su ira frente a la injusticia o la miseria no se transforme en amargura. El educador actúa sobre la vida, la dificultad es no dejarse llevar por la morbosidad, pero de reubicar en su contexto socio histórico la desaparición y las separaciones con los jóvenes que acompaña a lo largo de sus años de trabajo.

Julio, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Esto hace parte del proceso. No me gusta ver la muerte representada como una tragedia o al contrario como un premio "un trofeo". Desde mi punto de vista, hacia la muerte vamos todo, solo que algunos están más apurados que otros, si lo puedo decir así. Jamás hago el chantaje del tipo: "si te drogas, vas a morir...". Porque cuando uno está muerto, no se siente nada, no hay problema... yo sólo les digo que si se drogan no podrán esperar que ganen en el fútbol. Debemos reforzar los valores de vida con los jóvenes, evitar el himno a la muerte. La muerte existe. Si alguien muere en la calle, los invito a cuestionarse sobre las maneras de evitar que les pase lo mismo en las mismas circunstancias. Con los jóvenes hablamos de la muerte pero siempre como una enseñanza no como una tragedia, es más bien un concepto.

Montse, Santo Domingo, República Dominicana.

La muerte de un niño, de una niña o de un adolescente en situación de calle provoca graves crisis entre los jóvenes y en las asociaciones que trabajan con ellos, en especial en los educadores y educadoras de las calles, esta muerte genera miedo (sobre todo si se trata de un asesinato) y frustración.

El papel de los coordinadores de programa es fundamental para gestionar estos problemas. Deben sostener su equipo y especialmente a los educadores de calle que trabajan diariamente con los jóvenes. Yo pienso que es muy importante estar apoyado por una supervisión externa. La intervención variará de acuerdo con la causa de la muerte (accidente, enfermedad, asesinato, etc.).

Sea cual sea la causa de la muerte es indispensable comunicársela a la familia si ésta existe y acompañarla en estos momentos sin emitir ningún juicio. Cuando un joven muere, también se debe seguir el proceso legal y realizar los procedimientos con las instancias oficiales competentes. Se debe finalmente acompañar el grupo de jóvenes en situación de calle. El papel del psicólogo es importante, toca trabajar sobre el duelo del compañero o la compañera, crear un espacio para expresar los sentimientos, etc. existen técnicas como el cuento que permite trabajar el tema de la muerte/dolor con los niños y niñas. Yo recomiendo si es posible, que los jóvenes participen en el entierro o ir al cementerio más tarde, para cerrar el proceso de duelo.

Para prevenir las situaciones de violencia, los educadores de la calle elaboran actividades para trabajar los valores de la vida y los deseos muerte en los jóvenes. En cada país y cultura, la relación con la muerte es diferente. Algunos jóvenes son muy creyentes (religión sobre todo monoteísta). Esta creencia les ayuda a veces a no caer en una depresión profunda y a atarse a un sentido.

Eluid, México D.F., México.

Hemos elaborado también, un juego de balones para los jóvenes, para llevarlos a reflexionar sobre el valor de vida y su representación de la muerte. Jugamos este juego durante las fiestas de los días de muertos en México, en noviembre. La dinámica se desarrolla en tres sesiones. Pero primero debemos establecer una relación con los grupos para darles citas. El juego se llama "chiras pelás". Antes de noviembre son tres meses de intenso trabajo ya que es la preparación del juego, el juego, y luego la evaluación con los diferentes grupos.

El juego consiste a jugar un día a las pelotas con ellos, haciendo énfasis en las frases en relación con la muerte. El juego de balones hace un paralelo con el juego de la vida. Juegas a la pelota, "ite has drogado, te han matado!"... En la vida es la misma cosa... la vida, podemos percibirla también como un juego. El juego se realiza con 10 cartas que representan imágenes en relación con el tema de la muerte.

En el segundo encuentro, continuamos jugando pero hablando de situaciones de riesgo que pueden encontrar y que llevan a la muerte. Aquel que gane la partida de balones gana una carta. El joven, mirando la imagen y su leyenda, nos comparte su experiencia y sus impresiones. Durante el juego,

hacemos “alianzas”, los educadores juegan el papel de los coches, otros los de la droga, otros los de la policía. Estos son elementos que pueden llevar a la muerte en la calle. Los educadores siguen a los jóvenes a través de los balones. Esto produce estrés y ansiedad pero también sonrisas en los jóvenes que deben escapar de nuestros balones. Ellos mismos hacen alianzas donde se burlan o se “matan” entre ellos.

Luego vamos a reflexionar con ellos sobre el paralelo entre el juego de la vida y el juego de la pelota que vinimos de vivir.

Finalmente, en la última secuencia vamos a representar con un color del semáforo, las prácticas de riesgo importantes o menores. Por ejemplo, la luz verde, las enfermedades, es un riesgo pero no inmediato. Intentamos debatir con ellos de lo que consideran un riesgo alto o menor. Establecen medidas de prevención tomando consciencia del peligro. La luz naranja son los daños severos. La luz roja es lo que puede llevar a la muerte. Con cada grupo debatimos sobre los comportamientos de riesgo de todos los días y deben escoger el color de la luz según ellos.

Previo a esto hacemos una lista con el grupo sobre todas las situaciones que han llevado en los últimos meses, a la muerte a varios jóvenes de su grupo o conocidos.

Hacemos con ellos una lista de los pequeños medios que pueden utilizar para evitar o prevenir ciertas situaciones de riesgo, métodos para tener cuidado a sí mismo, el autocuidado para prevenir una muerte precoz.

En México, se celebra la fiesta de los muertos el mes de diciembre y Eluid, educador de la calles, mexicano me contó cómo cada actividad con los jóvenes está adaptada a la cultura de los “chavos”, los niños y niñas. Cada festividad es la ocasión de discutir con los jóvenes sobre sus valores y ayudarlos a expresarse sobre temas con el fin que puedan hacer un intercambio y no encerrarse en ellos mismos. La creencia popular de las festividades destinada al día de muertos está muy anclada en México y es importante para los jóvenes en situación de calle que la heredan a través de su familia.

El educador puede cuestionar también los valores de la vida y la muerte con el fin de formularlos mejor con los jóvenes. A través de los juegos, las actividades educativas, el joven puede hablar de la muerte sin una excitación morbosa, pero a través de una actividad que se lo pide como ser viviente y lo lleva a una experiencia sensorial que lo ayudará a elegir salir de la calle. La dimensión sin ley de la calle, la fascinación que tenemos por la degradación del cuerpo son elementos objetivos de la realidad en la cual los jóvenes están sumergidos, y no puede ser un objeto (la fascinación) de negación por parte del educador. El acompañamiento educativo le permitirá reapropiarse de su cuerpo y renovar con el miedo a la muerte, un sentimiento positivo ya que

significa el fin de un desinterés por la vida, por su cuerpo, la salida del imaginario nihilista de la muerte.

La vida de la calle fascina, ya que aparece como el paradigma de la existencia aventurera e intensa. Esta fascinación se reconoce en los relatos de los jóvenes, exagerados y llenos de imaginación, pero también lo encontramos en los relatos de la experiencia de los voluntarios y aún en la manera en que los educadores y las instituciones reflexionan sobre esta existencia. Esta fascinación está en todas partes, pero cuando está ausente, el relato se va hacia el vacío que representa la omnipresencia de la muerte en los relatos. Aquel que habla nunca es aquel que está muerto y la muerte violenta de un joven no se le atribuye ni título, ni memoria, la inclinación que tienen los jóvenes a contar con avidez la muerte de otros o poner en escena su propia muerte, traduce la búsqueda sincera de una profundidad, una exploración de los sentidos con una consciencia que la vida no ofrece nada excitante. Nuestro trabajo consiste en evitar a toda costa favorecer esta fascinación y pedir de manera constructiva y positiva la atención de los jóvenes hacia actividades “vivas”.

El saber hacer del educador no es sólo un saber comunicar, escuchar, entender y dialogar frente a los adolescentes de las calles. El lenguaje no es real si no se acompaña de una afectación del cuerpo del adolescente, la prueba de la sensación, de la implicación de este cuerpo en una actividad. La realización de la actividad no solamente implica al cuerpo, pero constituye un tercero entre el joven y el educador, es un lugar de compartir y meditación que protege al educador y al adolescente manteniendo una distancia y deja en el adolescente una marca que le ayudará, posiblemente, a construir su historia, a pasar del imaginario a la imaginación e invertir en la vida.

Las actividades: marcos y dispositivos

Cuando el educador acompaña al joven en situación de calle, hemos visto que este no está tomado en una posición activa para intervenir. Ser educador de las calles es ser educador y no pasarse por educador. Se trata de poner en el centro la relación y no la acción de escuchar y acoger al joven. En efecto, se trata de partir de la situación del joven y no del proyecto que se tiene con él o ella. Nuestra intervención educativa (actividades, propuestas...) no llegará que en un segundo tiempo.

Luego de la fase de recibimiento joven/educador y de manejo en la relación, vienen actividades diversas, respondiendo a sus necesidades, sus intereses y su edad. Actividades deportivas, expresión creativa en grupo, atractivas pueden ser propuestas. La actividad permite no quedar fija en una relación de ayuda sin proyectos, es un tercer elemento, un pretexto para

continuar el vínculo que se teje y permite resistir a una fusión, a las proyecciones invasoras de las dos partes.

Para el joven en situación de calle, la actividad funciona como el juego en los más pequeños, permite jugar con los conflictos ya vividos, estando protegido por el marco convencional del juego. El joven puede expresar palabras y acciones más auténticas ya que las consecuencias en la realidad quedan en el marco de una actividad. El educador enriquecerá así su conocimiento sobre el joven, observándolo como reacciona. El joven es más auténtico en una actividad que ya que no tiene una representación de sí mismo. El educador puede tener luces sobre su situación, su salud, sus intereses, por ejemplo en el caso en donde el educador viva la actividad con el joven (actividad deportiva...), puede compartir también una experiencia de compromiso corporal, los cuerpos son afectados juntos alrededor de una actividad. El joven se sentirá al mismo nivel que el educador y esto le permitirá fortalecer su confianza. Las actividades son sobre todo un pretexto para entrar en relación con el joven, manteniendo una distancia justa con el fin que pueda pensar, reflexionar por sí mismo su vida y sus proyectos. Este "espacio intermediario" donde el joven puede reproducir sus afectos a través de un objeto tercero, sus conflictos interiores y sus contradicciones, pero también descubrir su potencial, su motivación, sus intereses, sus capacidades fuera del espacio amenazador de la calle, donde se controla bajo la mirada permanente del grupo, tiene un papel que sobrepasa el simple entretenimiento y la ocupación. Los educadores saben que todos los días en su trabajo se juega la cuestión de la vida y la muerte para los jóvenes en situación de calle. Si proponen actividades lúdicas no es por facilidad, es porque saben que le gana tiempo a la muerte, las muertes (psíquica y física) del joven, y propone actividades donde podemos reír, expresar, discutir, es más de la vida.

Para estar vivos, estas actividades tienen que ser lúdicas e interesantes para el joven y no muy lejanas de su cultura y modo de vida. Pueden ser diversas según las necesidades y los objetivos de que se establecieron las instituciones. Mientras tanto podemos revelar algunos objetivos comunes e importantes para desarrollar actividades pertinentes para los jóvenes en situación de calle, que no se limitan a un entretenimiento sin futuro.

Una vez escogida la mediación adaptada al interés del joven, a los objetivos educativos desarrollados por la institución, es necesario pensar al marco y al dispositivo que permiten que esta actividad se desarrolle en la realidad y que tenga un sentido para todos y todas las que la realizan, incluidos los educadores, para ayudar al joven a construirse y traer un alivio.

A través de la propuesta de una actividad, los educadores intentan de "colgar" a los jóvenes a la vida social; se trata de darles algunos momentos respiro y dignidad, robados al modo de vida de la calle que los hace crecer muy

rápido. Podemos, por ejemplo, ayudar al joven a reconciliarse con el tiempo y el espacio. Tendrá una cita con su grupo de actividad y deberá ubicarse en tiempo y en el espacio para participar. La calle funciona en un espacio y tiempo más anárquico que lo aísla socialmente. El joven motivado por su grupo y su actividad, será posiblemente llevado a reinvertir en su vida. Luego se dará cuenta que a través de una actividad social, la vida sin violencia es accesible y posible. Tendrá la prueba fáctica que su destino no está determinado a la calle y que puede desarrollar su identidad propia.

Cuales sean sus propuestas, la actitud en la cual el educador hace una actividad es capital. Las actividades no deben oponerse a la calle o estar en competencia con ella. Deben ser diferentes y su contenido debe ser lo suficientemente fuerte para inscribir al joven en una continuidad con su recorrido en la calle.

Establecer un marco: límites para liberar

El marco corresponde al conjunto de elementos necesarios para realizar una actividad, el espacio, la fecha, el horario. Todos estos elementos deben estar establecidos según la edad de los jóvenes que deseemos acoger, su modo de vida, la naturaleza de la actividad, los objetivos, el propósito psicológico y educativo, etc. Toca tener en cuenta el hecho de que el espacio disponible sea abierto o cerrado, se trate de hacer una actividad en la calle o en un centro, o todavía el hecho de que la actividad sea recreativa o de prevención. Determinaremos si es necesario un o dos educadores de referencia fijos, con el fin de que los jóvenes se puedan ubicar. El marco es en cierta medida una forma de nuestra actividad, lo que va permitir que se desarrolle, que tenga un contenido. Tenga un papel de contenedor.

Para preparar el encuentro el joven se debe sentir en seguridad, para sentirse libre de expresar sus necesidades y su personalidad sin adoptar un comportamiento de hyperadaptación, jugado, como tiene tendencia a hacerlo en la calle. Proponer un marco es asegurar al joven en situación de calle que encontrará al interior de la actividad un espacio diferente donde podrá expresarse sin miedo. Esto sólo se puede hacer si los educadores de las calles reflexionan en un espacio seguro. Para esto, la unidad de lugar, de tiempo, de las reglas base son importantes definir y respetar.

(...)

Se trata para el educador de no estar cegado por el resultado de su actividad o por la actividad misma. El joven no podrá hacer nada durante varias sesiones para que participe mucho más tarde. No se trata de obligarlo a hacer sino que el deseo de manipular la actividad venga de él.

En el caso de la actividad manual, el joven va transformar la materia y podrá darle el aspecto que desea. Va poder probar nuevas sensaciones en el contacto de nuevos materiales. Al modelar el objeto podrá simbólicamente reconstruir su imagen de manera indirecta. Su espíritu nuevamente unirse, dibujando o creando un objeto, puede simbolizar sus angustias, sus miedos pero también sus aspiraciones, sus sueños...

Cuando la relación al otro es tan difícil que el imaginario estuvo aplastado por tanta violencia, la relación y la mediación creativa sana al joven. Esto le permite reintentar las distancias con el objeto, dejándolo secar, guardándolo, regalándolo, terminándolo o no. Su relación con el objeto va a ser testigo de la psíquica del joven, mucho más de lo que se pueda decir. Al transformar el joven prueba la posibilidad de transformar su vida sin ceder en el desespero del determinismo. A través de sus movimientos creativos llegamos a lograr un poco de su relación con el mundo. Se trata de estar atento como un respiro que tomará, el educador debe estar inquieto, paciente, pendiente del más pequeño movimiento del joven sin forzarlo a venir.

Síntesis las preguntas a hacerse

El dispositivo es en cierta medida la puesta en escena de la actividad al interior del marco de la actividad. El educador se hace una serie de preguntas relativas a la elección de una actividad pertinente, que tendrá un sentido para la institución y para el joven, con el fin de saber hacia dónde vamos y guiarlo hacia los objetivos educativos o psicoeducativos definidos:

- La elección de la actividad,
- Las capacidades que puede desarrollar y en qué esta mediación es pertinente o complementaria a los programas educativos,
- Los “prerrequisitos” necesarios del joven, las habilidades necesarias antes de comenzar la actividad,
- Si hay contra indicaciones o indicaciones para ciertos jóvenes,
- el material necesario,
- su disposición en el espacio disponible,
- las etapas de asimilación o de aprendizaje según la mediación propuesta,
- el marco a establecer (día, frecuencia, horarios, principio y fin de la actividad y el lugar) y la información para darle a los jóvenes,
- la duración de la actividad,

- los criterios de evaluación de esta actividad, con los jóvenes, el ambiente, evaluados a través su restitución y la expresión de su experiencia, esta evaluación, ¿debe darse en cada sesión o por periodos largos?
- El seguimiento a las observaciones que se puedan establecer, con el fin de que la asociación y las ONGs se beneficien.

Las actividades pueden ser varias. Esto depende de cada etapa donde se encuentre el grupo de jóvenes, sus necesidades y sus motivaciones diferentes de una edad a la otra, de un momento a otro.

La cantidad de jóvenes participantes no es un factor de éxito de la actividad. La cantidad es decir un número elevado de jóvenes participantes, complace a las instituciones y a ciertos recaudadores de fondos. Pero se debe tener en cuenta la reflexión psicopedagógica alrededor del marco y del dispositivo de la actividad, el resultado cualitativo (...).

El acompañamiento psicológico de los adolescentes de calles cuestionado

Los jóvenes de las calles, a menudo, tienen problemas psíquicos que no son necesariamente ligados a la vida en la calle, tenemos tendencia a considerar la calle como una enfermedad, y el hecho de vivir fuera de la familia como un síntoma de trastorno. Actuando así estigmatizamos estos jóvenes y olvidamos que la separación con la familia puede ser una prueba de buena salud mental, de adaptación y de resiliencia cuando la vida en el hogar se vuelve insostenible. Para evitar hacer diagnósticos salvajes, personales y poco pertinentes, el educador necesita manejar las nociones básicas en psicología y tener los medios de discernir a través de sus observaciones en el terreno, que revela una psicopatología o que depende de las condiciones del ambiente en el cual el joven se desarrolla. Esta apreciación es difícil. También se debe distinguir los elementos del comportamiento que revela el adolescente que hacen parte de una enfermedad mental.

Desde un acercamiento diferente, el educador, con sus cualidades de observación y el tiempo que pasa en la calle, puede construir una fuente de información determinante para el psicólogo. La complementariedad es esencial, ya sea que entre el educador y el psicólogo se ignoren entre ellos, lo que lleva a establecer un acercamiento sea totalmente determinado por la psicología, o sea totalmente determinado por objetivos educativos en los programas psicoeducativo de las instituciones.

Pablo, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Hay muchos psicólogos que hacen eso y yo lo lamento, establecen su diagnóstico en función de un libro, sus diagnósticos a veces son muy severos y rígidos. ¿Puede que se trate de justificar una intervención? Este tipo de relación, de diagnóstico, me atrevo a decirlo, se da sólo por razones institucionales, para justificar que hacen algo, "miren mis educadores están trabajando, mis psicólogos hacen diagnósticos y mis médicos hacen esto". Empezamos hacer parte de un sistema en el cual los interventores, los profesionales trabajan usan parámetros rígidos e inadaptados. A nivel psicológico hay un riesgo importante, ciertos psicólogos catalogan como sociópatas a los jóvenes de las calles y no integran su punto de vista.

Imaginémonos vivir su vida, sobrevivir en la calle, una vida en un espacio ilimitado, un espacio donde todo es posible, donde jugamos con la muerte todos los días, es necesaria cierta agresividad para adaptarse a este ambiente. ¡Esto no hace a estos jóvenes sociópatas por la tanto! Es muy peligroso clasificar los jóvenes de las calles como pacientes psiquiátricos y administrarles psicotrópicos...

Dificultades en el diagnóstico de trastornos

Cuando observamos un joven adolescente, a veces, un preadolescente, que presenta trastornos de comportamiento o de personalidad, un diagnóstico diferencial completo permitirá de identificar la categoría del trastorno, es decir si está determinado por causas psicoafectivas, cognitivas, sociales. Se contribuye así a una interpretación de los síntomas observados.

Un tal diagnóstico exige que tengamos un conocimiento muy fino de los cambios propios al adolescente. Recordemos que la adolescencia no es una enfermedad, es un periodo de expresión del cuerpo (atributos sexuales), y del sujeto que entra en la vida social del adulto. Este periodo de transición es una fase difícil y frágil para cada sujeto que se desarrolla, se trata de aceptar o rechazar la separación con el niño o niña que era, para entrar en la vida adulta responsable. La relación con la sexualidad, la vida, la responsabilidad financiera, todo está en cambio.

La adolescencia de un joven en situación de calle se vive también con todos estos cambios pero de forma más traumática, tiene que pasar de una infancia marcada por una violencia, a menudo extrema, a una edad adulta donde nadie está para guiarlos. Desde el punto de vista de los síntomas, esto se traduce en una inmadurez afectiva del joven, reforzada por factores como una mala alimentación, falta de sueño, uso de drogas que contrastan con una gran madurez de las habilidades sociales. La fase de la adolescencia es a veces más precoz y exacerbada, ya que el joven sobrevive en la calle desde hace varios meses o años y el modo de vida en

la calle ha acelerado el periodo de transición, proyectándolo más rápidamente en el modo del adulto. Su cuerpo vive a su ritmo y vive todos los cambios psicológicos ligados a la adolescencia, pero su estado físico está reprimido y otras veces acelerado para enfrentar al mundo adulto y violento de la calle.

El educador de las calles tendrá la tendencia de percibir un problema educativo donde el psicólogo se enfocaría en los aspectos psíquicos de uno u otro comportamiento. Pero tiene que salirse de su especialidad que emplee el tiempo de contacto que tiene con el joven, con las fallas, los rebotes que esto implica, a colaborar en la elaboración de un diagnóstico del paciente que diferencie con cuidado el sufrimiento de orden social al sufrimiento psíquico, así como sus causas.

La colaboración necesaria entre educadores y psicólogos

El educador va en la calle, se adapta a todo tipo de ambiente y de situación. El psicólogo está por su parte, en una relación dual con un paciente, con un entrenamiento individual que preserve su intimidad y la confidencialidad de sus propósitos. Puede crear un grupo de diálogo, en general en un espacio cerrado (el centro, la institución).

Visitando diferentes instituciones me percaté de las tensiones que existen entre los educadores y los psicólogos, de su dificultad en colaborar. En las instituciones, el acercamiento social, psicológico, la terapia son matrimonios difíciles, ya que las formaciones del psicólogo y el educador son muy diferentes. Algunas profesiones se sienten menos valorizadas entre ellas. Entre educadores y psicólogos, la forma tan diferente que ejercen su profesión provoca desacuerdos. Ciertos psicólogos se les acusan de sólo estar en la interpretación y análisis del sujeto, sin preocuparse de la vida cotidiana del joven. Algunos educadores son acusados de no analizar suficientemente sus acciones e improvisar en el terreno.

La ausencia de intercambios regulares y una colaboración entre estos profesionales, hace que el diálogo se pierda y también el acompañamiento complementario, por ejemplo, para confirmar un diagnóstico de trastorno psíquico delicado en el joven. Esto puede crear tensiones, prejuicios, en lugar de favorecer la curiosidad y la complementariedad de los conocimientos para mejorar un acompañamiento común. El joven percibe esta competencia profesional y se corre el riesgo de perder la confianza en la coherencia de nuestro acompañamiento psicosocial.

Alfonso, Tegucigalpa, Honduras.

Lo que veo es que se ha vendido el concepto de psicólogo. Es como el concepto del turista, el turista tiene que ser rubio, no puede ser negro.

“¡Los negros no son turistas!”, me respondió un policía de Chicago cuando les dije que estaba de turista. Nos venden imágenes y conceptos. Por ejemplo que los japoneses son trabajadores que todos los chinos hacen artes marciales, que todos los americanos son gordos y usan tangas en las vacaciones, etc. El psicólogo es la misma cosa, es el que se sienta detrás de su escritorio, y el paciente acostado en el sofá. Los psicólogos, ellos mismos, creen en esta imagen.

Y la persona tiene que tener siempre una patología. Si no hay patología, la vamos a inventar, nadie puede pretender ser normal y menos ser feliz. Aquel que vemos feliz, debemos encontrar un motivo para que sea feliz. No tenemos una psicología de la normalidad. ¿Y la normalidad por qué no nos interesa? Porque es aburrida. Si alguien es normal tiene que tener algo anormal. El paciente debe creerlo.

Tenemos mucha dificultad en imaginar un psicólogo social, un psicólogo que ayudará a la gente a avanzar que dirá, “tienes capacidades, vamos a reforzarlas, para ir hacia adelante”, alguien que dejará de culpabilizar a la persona diciéndoles que no es normal o que tiene problemas. El problema es que buscamos siempre a “victimizar” a los otros, a encontrarles problemas, y algunos deben inventar una historia de vida con los problemas de infancia porque si no tienen un problema, nadie les pondrá cuidado.

El educador sobre el terreno, Alfonso ha tomado estudios de psicología ya que no llegaba a entender completamente algunos comportamientos de los jóvenes. Él está atento a las exigencias de esta combinación así como a los puntos ciegos de estas dos actividades. Cuando uno de los profesionales considera como problemático un comportamiento, el otro al contrario reflejará los aspectos positivos, etc. A continuación veamos la dificultad de colaborar entre psicólogos y educadores.

Julio Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Es muy difícil para nosotros incitar a los jóvenes a ver al psicólogo clínico. Veo una niña, por ejemplo, que tiene grandes problemas emocionales, está llorando, está triste, es evidente que su moral está hasta abajo, que su autoestima es muy frágil. Como educador le puedo hablar, preguntarle cara a cara que siente, que fue lo que pasó. Por supuesto esto depende del nivel de confianza que el educador tiene con el joven, a veces, el joven cuenta lo que pasó, habla del problema en el que se encuentra. Sobre la base de la experiencia del educador, podemos darle consejos. Pero como educador debemos callarnos y a menudo estar presente y escuchar. También debemos decir que no tenemos respuesta a todas sus preguntas, pero que las vamos a encontrar juntos. Podemos cambiar de ambiente, tomar un café, etc. Estos son los métodos simples pero lo importante es

que el joven sepa que no está solo. Es difícil para mí obedecer a un sistema institucional y por ejemplo, decirle al joven que tiene confianza en mí y no el psicólogo, "puedes ir a ver al psicólogo para confiar en él, es el especialista de la falta de autoestima". A menudo es más fácil para el joven confiarme sus desordenes emocionales que al psicólogo, ya que conmigo tiene un vínculo de confianza.

Los jóvenes no son estúpidos, le dicen al psicólogo de la clínica lo que quiere escuchar. Hay elementos que el psicólogo que no entenderá jamás. El problema es que los psicólogos se quedan en su escritorio y no van jamás a la calle. Según yo para ser eficaz el psicólogo debería ser educador también, que vaya a la calle para tener contacto con los jóvenes, que conozca su ambiente, sus relaciones, que pueda trabajar la calle con ciertas técnicas. No entiendo que el psicólogo haga un trabajo puntual, si seguimiento no hay trabajo, desde mi punto de vista.

Julio revela un conflicto muy común que vive el educador de la calles confrontado a un joven en sufrimiento psíquico en la calle. El protocolo y el funcionamiento de la institución no están adaptados a la realidad del terreno. En efecto es absurdo que el psicólogo que debe acompañar a los jóvenes en situación de calle se quede todo el tiempo en el centro, en su oficina, a atender "pacientes" como si se tratara de pacientes clásicos. No, por supuesto, el psicólogo, todo especialista de enfermedades mentales, debe frecuentar el joven en situación de calle en su medio, ir hacia donde está, sin esperar que venga y desarrolle una relación de confianza. Los más demandantes vendrán al centro, pero estos conocen el manejo institucional et las ventajas de las que se pueden beneficiar. Algunos verán en esta consulta un espacio privilegiado, pero los jóvenes que tienen un gran sufrimiento físico se esconden, se aíslan, están en la negación de sus problemas la mayoría del tiempo. Son feroces y si no hacemos que vengan hacia nosotros jamás vendrán. Son los casos más difíciles de "manejar".

El psicólogo tiene el interés de acompañar a los educadores regularmente en ciertas salidas a la calle para no perder contacto con la realidad del terreno. El psicólogo podrá crear una verdadera relación de confianza y participar a las actividades lúdicas y educativas. Su integración al equipo educativo no pone en duda su especificidad, al contrario, adapta su trabajo a condiciones particulares de la vida de los jóvenes en la calle. El cliché del psicólogo, siempre en el análisis de sus propósitos, podría esconderse para dar lugar a una relación ordinaria de observación y de frecuentación de los jóvenes así como el intercambio de los educadores. A falta de un tal comportamiento, el psicólogo, sea cual sea la pertinencia de su análisis, se puede llegar a crear una abismo profundo entre el especialista y los jóvenes en situación de calle.

La formación actual de los psicólogos y el modelo de las instituciones europeas o norteamericanas importado a América Latina explica, a veces, esta posición adoptada por el psicólogo en las instituciones que acompañan a los jóvenes en situación de calle, hacemos como aprendemos, como tenemos la costumbre de hacer, llevamos en nuestro equipaje la imagen que nos hacemos del terapeuta clásico, y olvidarnos de adaptarnos a la población que acompañamos. El modo del “psi” y el rechazo de toda patología es aprovechada por los educadores (que juzgan estas actitudes caricaturales e inadaptadas al trabajo de calle), pero también por los jóvenes en situación de calle (que no se dejan engañar de esta complacencia narcisista de las instituciones y de sus “psy”).

Insisto la especificidad del psicólogo y del psiquiatra no se cuestiona, ningún diagnóstico válido puede ser elaborado sin su ayuda, pero las instituciones deben llevar a los psicólogos a frecuentar el lugar donde viven los adolescentes de manera regular. Los educadores necesitan de este soporte profesional de los psicólogos (incluso cuando se declaran en contra por orgullo). El psicólogo ayuda a tomar distancia donde los educadores están muy enganchados en el afecto. Esta complementariedad es esencial.

El educador por su lado debe poder dialogar con el psicólogo y para ello, sería muy útil que pueda disponer de una formación de base en el campo de la psicología.

La observación del educador

(...)

La observación constante puede apoyarse en una serie de preguntas. Sin una respuesta preestablecida, estas preguntas pueden mantenerse abiertas a todas las causas posibles del sentimiento de “extrañeza” que se siente a través de una relación prolongada con el joven en situación de calle (en su medio de vida, la calle, la institución).

El educador puede preguntarse por ejemplo:

- ¿Cómo se expresan precisamente estos “comportamientos extraños”?
- ¿Frecuente desde hace mucho al joven, en la calle, en el centro, en grupo, asilado?
- ¿Cuáles son sus propósitos?
- ¿el joven expresa una demanda, una necesidad?
- ¿Por qué me inquieta su persona en mi posición de educador?
- ¿Para el equipo se trata de problemas clásicos de la adolescencia?

-¿Hay posibilidad de encontrar los antiguos equipos educativos con los que el joven haya tenido contacto, estos equipos comparten el mismo punto de vista?

-¿Ha habido eventos traumáticos en su pasado o más recientes que explicarían su comportamiento?

-¿Cuáles son sus relaciones con los otros?

-¿Consumo drogas?, ¿cuáles son los efectos de las sustancias que inhala?, ¿su comportamiento puede ser por los efectos de la droga?

-¿Es agresivo, se resiste a todo intento de contacto?

Finalmente si sus propósitos son incoherentes o se rehúsa al contacto en una retirada social (aislamiento), el educador podrá consultar al psicólogo o al psiquiatra con el fin de que se desplace y puede aconsejar al educador que actitud adoptar.

Esta lista no es exhaustiva pero el educador debe tomar consciencia del hecho que, a pesar de sus esfuerzos para acompañarlo, la inadaptación del joven no se debe necesariamente a una "falta de voluntad", pero puede estar ligada a una causa psíquica. Comprender puede ayudar al educador a tener la paciencia de crearse una comprensión más fina de lo que le conviene al adolescente. Como habíamos intentado demostrar a lo largo del libro, el progreso y la evolución del joven no son lineales, pero existen. A su manera los jóvenes avanzan siempre en sus vidas y aprenden todos los días. No sólo se deterioran en la calle.

La aproximación psicológica nos ofrece otras hipótesis, en donde el educador encuentra un enigma en el comportamiento del joven, ya sea que no lo comprende o le parece incoherente. Para evitar un impase en la relación del educador incomodo o alterado por el comportamiento "extraño" del adolescente, ver agresivo, la hipótesis de los trastornos psíquicos permite romper la desconfianza y el miedo por parte del educador frente a los cambios de personalidad y de los vínculos. Antes de establecer cualquier diagnóstico, el intercambio con el equipo permite comprender una situación problemática.

-la adolescencia en general y sus conflictos, relación con la ley, búsqueda de identificación, etc.

- los efectos de las diferentes drogas y sustancias psicoactivas en el organismo y en el comportamiento;

- las psicopatologías frecuentemente encontradas en los adolescentes, angustias (sentimiento de persecución sin razón aparente, alucinaciones,

delirios, relación conflictiva con la comida, hiperactividad, problemas de identidad sexual, inmadurez psicoafectiva, depresión, dependencias, etc.).

Al formarse el educador puede sobrepasar el sentimiento de impotencia frente a un joven que se deja morir, por ejemplo, y ayudarlo a comprender lo que le pasa. Este camino sólo puede tener lugar en ambiente protegido, fijo en el espacio de la institución.

Todo debe ser tomado en cuenta para evaluar la mejor terapia que se adapte a su modo de vida en ese momento: relación en grupo, toma de distancia, ruptura, etc. Como el adolescente en situación de calle y el adolescente en general tiene dificultades para expresar sus afectos directamente y verbalmente, se puede prever como complemento grupos de plática, mediaciones lúdicas (juegos...), una terapia de mediación corporal que los ayude a expresar sus conflictos interiores.

Cuando observamos una psicosis instalada en el adolescente en situación de calle, se debe trabajar con el acuerdo renovado del joven, la aceptación de problemas con el fin de concebir un tratamiento y unas condiciones de vida adaptadas. La calle en estos casos es una situación de hipervulnerabilidad en relación a los otros y lo pone en riesgo en peligro de muerte.

Cuando algunos adolescentes mantienen contacto con su familia y que han dejado su medio familiar súbitamente, es importante trabajar la historia de la enfermedad con la familia con el fin de hacerlo sentir seguro y desculpabilizar a los padres.

Las publicaciones que aborden el acompañamiento psicológico de los adolescentes de las calles son pocas, la mayoría están dirigidas a los especialistas. Sin hacer psicología básica, se debería prever el establecimiento de unos procedimientos psicoeducativos adaptados a los adolescentes en ruptura y lo que más necesitaríamos sería una publicación que trate el acercamiento psicológico de los adolescentes de las calles, un libro de investigación que muestre las diferentes perspectivas y combine las disciplinas. Por ejemplo sería interesante saber cómo se acompaña a un joven que sufre de esquizofrenia, llevar un acompañamiento terapéutico y educativo en la calle. Una publicación como esta le permitiría ayudar a los psicólogos a aprovechar sus capacidades en el marco específico de las instituciones que se ocupan de los adolescentes de las calles, y los educadores enfrentados a las reacciones a las cuales no tienen siempre los medios para comprenderlas. Esto permitiría evitar de limitar al conocimiento de un experto que está a la distancia o la práctica, a veces, poco informada del educador de las calles.

Los transeúntes: el despertar de un deber ser del ciudadano

Este libro está dedicado a los profesionales, educadores de las calles que trabajan en el campo de los jóvenes en situación de calle. No se dirige solamente a los especialistas en cuestión, sino también busca sensibilizar a los lectores sobre el hecho que la comprensión de la problemática de los jóvenes en situación de calle no se debe limitar a la conmiseración o a la banalización. Estos puntos de vista extremos nos alejan de la realidad del sujeto, los jóvenes en situación de calle se vuelven abstractos cuando nos ponemos a hablar de ellos que a abordarlos, como ciertos administrativos de asociaciones u ONGs que ya no frecuentan el terreno y pierden contacto con la realidad.

Por otra parte en la ciudad hay transeúntes, como ustedes, como yo, los ciudadanos que atraviesan todos los días el espacio de los jóvenes en situación de calle en América latina. Desde la creación de las ONG hay una tendencia hacia no asumir una responsabilidad frente a la miseria del mundo y sobre todo a cercar los espacios en las ciudades. La mezcla es menos recurrente, las separaciones espaciales y sociales cada vez más marcadas se dibujan, al punto que se levantan muros para formar zonas protegidas de ver la miseria y la realidad.

No obstante la mayoría de las personas de clase media usan el transporte público y caminan en la calle sin encerrarse en sus automóviles, delimitan, comparten el espacio común de la ciudad con los adultos de la calle y los jóvenes en situación de calle. Algunos transeúntes se acostumbran a ver esta realidad y dejar de verla. Algunos tienen miedo y se proyectan en la situación de la persona en la calle, deciden detestar la pobreza invasora de la calle porque se identifican con esta situación que puede representar una amenaza que puede o no ser imaginaria, la crisis financiera siendo el principal freno para la solidaridad con la gente de la calle. Alentado por ciertos discursos políticos que insisten en la inseguridad, la crisis se inserta en el orden social fomentando el alejamiento hacia los otros.

Este miedo a la miseria se encuentra también en los países ricos. Nos vuelve infelices ya que para reaccionar contra el miedo nos alejamos de nuestros afectos. El sentimiento de importancia, de determinismo nos gana, marcado por la agresividad o la indiferencia y ahí todos perdemos, algunos pueden manifestar una agresividad pasiva, al no reaccionar a las demandas, al quedarse inmóviles. ¿Cansancio, desidia significa estar implicado en este tejido social?

Todas las actitudes coexisten, dependiendo de los días. Pero la mayoría del tiempo nos automatizamos más y más en nuestro trabajo, por ejemplo

no deseamos perder tiempo, salvar el mundo no sirve de nada-iyo trabajo!- dar dinero va a alentarlos a beber o drogarse, las asociaciones están ahí... todo el discurso social, incluido el de las ONG y las asociaciones especializadas, la gente de los libros, nos llevan a pensar, a nosotros los transeúntes que no hay mucho qué hacer para participar activamente a mejorar las condiciones de vida de los que están en la calle. Todo nos lleva a representarnos como incompetentes en la materia, ignorantes.

Sin embargo somos responsables de esta sociedad, de la ciudad, de estos jóvenes como ciudadanos. No se trata de no asumir nuestra responsabilidad, interesarse en otro que uno mismo es acto propio del ser humano, la empatía es un sentimiento específicamente humano.

Somos cuerpos afectados, nuestro saber hacer está ahí, en nuestro saber ser. He presentado estos dos campos de competencia para el educador de las calles para mostrarle cuanto su sensibilidad es esencial para su actividad, sin ésta le es imposible llevar a cabo un saber hacer susceptible de hacer un acompañamiento en la realidad. Pero los educadores son profesionales que han desarrollado un saber hacer en un cuerpo afectado, los ciudadanos y los transeúntes son también cuerpos afectados. No se trata de atribuirle el saber ser y el saber hacer a los profesionales únicamente.

La desconfianza y la búsqueda de la seguridad son el peor enemigo de los jóvenes en situación de calle que se sienten excluidos, rechazados, caricaturizados en su modo de vida, en su forma de ser. Las miradas que los cruzan no se atreven a tardar, por miedo a ser afectados y enfrentados a un encuentro posible. Preferimos dejarlo para otro día, evitar sentirse involucrado. Pero este desvío de miradas no se da sin violencia en las metrópolis del siglo XXI. La violencia de las miradas que reprimen la sensibilidad por la competencia entre los seres humanos, por miedo a no tener su lugar, una angustia alimentada por los discursos políticos y el pretexto de la crisis económica.

Pero de forma más general, en el mundo entero sucede otro fenómeno, la hiperprofesionalización y mercadeo del conocimiento, en especial aquellos que se enfocan en las relaciones humanas, lleva a cada quien a poner de lado el valor personal cuando hay un intercambio con los otros, relativizando la competencia. Ya nos peleamos por estar en este espacio de la ciudad viviendo con un poco de dignidad. El saber hacer no ha desaparecido está en cada uno de nosotros pero yo no tenemos la confianza en él, nos desapropiamos de este saber de base, lo dejamos para favorecer a los actores privados y onerosos.

En las ciudades de América Latina, los transeúntes han perdido la confianza en ellos, en la medida que han dejado de participar en sus posibilidades a mejorar las condiciones de vida de los jóvenes en situación de calle. No se trata de ofrecerles un futuro próspero y seguro, ni de caer en los excesos de un voluntariado celoso y demasiado comprometido y afectado. Pero se trata de reconocer este espacio es compartido, que alejar a los adolescentes en situación de calle fuera del espacio imaginario público nos protege ilusoriamente, nos encierra. Torpes, sorprendidos nos emocionamos a pesar de evitarlo, cuando nos encontramos con un joven en situación de calle.

Las asociaciones y las ONGs sensibilizan al público en general pero también las políticas con respecto a los jóvenes que luchan por sus derechos a una vida digna y un respeto, contra una estigmatización de su imagen. Sin embargo la mayoría de las actividades de prevención se limitan a estos discursos, trípticos que tienen el fin de convencer que la única forma de ayudar es contribuyendo con un cheque para una u otra ONG. Si bien es cierto el dinero es necesario para que las especialistas, sobre todo la asociación, tengan experiencia, puedan desarrollar su acompañamiento, pero un cheque no responsabiliza. Esto desmaterializa al sujeto, nuestro cuerpo afectado no se expresa. Cuando estamos alejados del terreno de la calle, el sistema de apadrinamiento o un como un ciudadano que ayuda a un apersona, falta todavía el compromiso más fuerte hoy en día, donde el donador no cae en la abstracción de su donación. En las ONGs y las instituciones deben ser creativas con el fin de que el ciudadano promedio pueda participar de forma más activa, todos los días, sin necesidad de ser donador. Comprometerse humanamente en su vida, desarrollar su saber ser y encontrar la confianza en las relaciones y en la sorpresa en los encuentros en el espacio de la calle en las ciudades, todo esto puede parecer inaccesible, pero las pequeñas experiencias aquí o allá funcionan.

Si las ONGs quieren ayudar a los niños de las calles, estas deben apoyar a un cuerpo social que está dividido, acompañar a cada quien en la rehabilitación de su cuerpo y la construcción de un sentido de la ciudad, una coherencia del espacio, una mayor unidad de vida. Hemos visto que las instituciones luchan a menudo contra la victimización de los jóvenes de las calles, pero también con su comparación con la delincuencia. Ellas luchan con el fin de que la mirada de la sociedad cambie y pueda ser más tolerante, que vea en el joven de las calles un ser pleno de capacidades y de futuro y no un peligro. Sin embargo si los jóvenes pierden la confianza en ellos, si los ciudadanos se limitan a dar dinero sin ser actores del colectivo que constituye nuestra sociedad, perdiendo también toda confianza, todos se encontrarán expropiados del espacio común de la calle. Estar afectado por el otro es reconocer sus propios afectos y su dimensión social de compartir. Muchas ONGs y asociaciones publican varios trípticos,

fotografías con el fin de sensibilizar a los ciudadanos de la causa de los jóvenes en situación de calle. Hemos visto que utilizan técnicas de marketing con el fin de transmitir mejor sus mensajes. Están en el mismo nivel que las empresas que venden productos, sometidas a la competencia de las informaciones que saturan los ojos y los buzones de los ciudadanos.

Estos trípticos usan un lenguaje estándar que desafecta aún más al ciudadano y tientan generalmente de movilizarlo a entrar una venta de violencia verbal. La desafectación de los cuerpos se paga a este precio, aquel del lenguaje abstracto que se convierte en la moneda de cambio y que bajo el pretexto de comunicación, de sensibilización es portador de una agresividad intensa, ejerce sobre los individuos un chantaje que no permite reducir la distancia con el joven de las calles.

La solución comienza en el terreno. Sensibilizar realmente a los ciudadanos significaría darles las condiciones para que se afecten, pero el lenguaje no permite compartir una experiencia. ¿Esto podría ser posible al compartir una actividad en común? Varios donadores son ciudadanos que intentan compartir una experiencia cuerpo a cuerpo afectado con las personas en situación de calle en su ciudad y su mirada se modifica durablemente. Pero los otros ciudadanos del mundo entero que no tienen tiempo o aspiraciones a dedicar a compartir una experiencia, pueden ser considerados como verdaderos excluidos de la realidad social de la ciudad y de la calle.

¿No podemos proponer alternativas, imaginar un servicio general que movilice un rango de edad por algunos meses dónde cada quien comparta la experiencia del acompañamiento de los jóvenes en situación de calle? Todo esto parece todavía muy utópico. Pero, según yo, no hay otra forma que de compartir una experiencia en la acción con los jóvenes para estar conmovidos, ser cambiados por ellos y poder sentir que nuestro encuentro también les haya cambiado.

¿Podemos pensar una actividad educativa donde los ciudadanos, los jóvenes en situación de calle desarrollen su creatividad en un cierto nivel? Se debe pensar en espacios en dispositivos. Se trata de inventar formaciones de sensibilización donde el cuerpo se comprometa de manera que retome la confianza en el mismo y en su capacidad de relacionarse.

Educadora en República Dominicana, buscaba invertir los roles establecidos en la calle, tomando iniciativas que quita el conflicto entre los transeúntes y los jóvenes. Un día, por ejemplo, colaboramos con amigos para crear un evento en particular, un paseo en carruaje en la zona turística de la ciudad, Santo Domingo. En la capital estos carruajes para turistas visitan un barrio colonial donde los jóvenes son mal visto y mal

recibidos. Esta vez no solamente accedieron a ir a esta parte de la ciudad, pero se encontraban encima de los turistas que los miraban desde arriba el resto del tiempo, hasta el chofer de llevar en su carruaje a un grupo feliz y ruidos en un vehículo para personas más tranquilas. El propósito era ayudar al ciudadano del cotidiano a que compartiera el mismo espacio de la ciudad que el joven de las calles con la intención de crear un vínculo, reencontrar la confianza en el ciudadano, sugiriéndoles técnicas de relación básicas.

Realizamos mensajes en corazones que decían lo siguiente:

“un niño o una niña que vive en la calle es un ser humano como nosotros, tiene derechos, como todos los niños, niñas y adolescentes, a crecer en un mundo de amor, de respeto y de paz. ¿Cómo acercarse a un niño o niña que vive en la calle?”

- Si ustedes pasan al lado de un niño o niña que vive en la calle, denle una sonrisa y mírenlo a los ojos.

- saludelo de la mano, tome su mano si se la extiende, pero no tengan miedo de ensuciarse! ¡es un niño o niña que tienen frente a ustedes!

-Pregúntele como se llama (dígame su nombre), cómo estuvo su día, ¿Por qué está en la calle?, etc. (interésese realmente en él o ella y en sus respuestas).

-Utilice el humor, son muy inteligentes y adoran reír.

-Mejor no les dé de comer o dinero (para no favorecer una actitud de mendicidad), pero sí deles su tiempo.

-Pueden darles un balón, un juguete (derecho a divertirse), aman jugar.

- Si están comiendo pueden compartir su comida.

-No los ignoren si se los encuentran en su camino.

- No les griten, no los insulten.

-Piensen siempre que fuera de esta situación de calle, este niño o niña tiene sueños.

- ¡Ayúdelo o ayúdela!

- Pueden contactarnos y ser el referente de un niño o niña en situación de calle en nuestra institución a tal número...

Conclusión

La urgencia es sólo un método para salir de la urgencia

Escribí este libro para dar a conocer los testimonios recolectados con los educadores de calle. Escribí este libro para que se pueda abrir un debate sobre el conjunto de la profesión con el fin de mejorar nuestras prácticas de acompañamiento de los adolescentes de calles y su transmisión.

Finalmente escribí es libro para “Pimpo”, este adolescente de 14 años de Santo domingo, que murió quemado vivo en 2005 por uno de sus mejores amigos, en un ajuste de cuentas entre dos pandillas de las calles. “Pimpo” hacía parte de estos niños, niñas y adolescentes que viven en la calle en República Dominicana, principalmente en la capital. Guardo en mí el enojo y la frustración que sentí frente a esta muerte de una violencia extrema, ¿Qué pasó a nivel de las instituciones, de la sociedad e incluso del sistema humanitario para que “Pimpo” muriera así? , ¿Qué debimos hacer para que esto no sucediera, somos responsables de esta cadena trágica? No puedo basarme sólo en la fatalidad. “Pimpo” está muerto y su asesino era su amigo. Los traté a los dos como educadora de las calles. Los dos tenían 14 años y meses antes la asociación organizó un campo de vacaciones en la montaña con el grupo de “chiquitos” que acompañábamos todos los días. Los dos estaban desde hace varios años en situación de calle.

Algunos días antes del drama la banda de “pequeños” había empezado la construcción de una casa en cartón en un terreno vacío al centro de la ciudad. Se produjo un ajuste de cuentas sobre esta casa de cartón. Para que esto degenerara en esta violencia, la frustración de los niños se volvió intolerable, que hayan llegado a este grado de violencia, en un presente sin futuro.

Los niños esperaba que nuestra asociación- que tenía nuevos escritorios- pudiera protegerlos durante la noche, pero tardamos en construir nuestro nuevo centro ostentoso, que se debía realizar con capital extranjero. “Pimpo” y “Michael” no esperaron, víctimas de todo tipo de violencia alrededor de ellos, terminaron por terminar en contra de ellos mismo. Al principio, culpé a la institución de haberles fallado, de no haberles podido ayudar. Hoy creo haber entendido lo contrario es la institución que necesita ayuda.

Son muchos los adolescentes, niñas y niños, Willy, Pimpo, Jonathan, Agustín, Hugo, Ana, Víctor, Michael, entre otros que sobreviven día a día, sufren abusos psíquicos y físicos suplementarias, que se adicionan a los traumas pasados. Cuando un sufrimiento es visible, declaramos la urgencia. Pero cuando este se vuelve invisible parece no importarle a nadie. La degradación se da, pero nadie está ahí para darse cuenta.

Nosotros, educadores, instituciones, seguimos nuestra labor porque no podemos prever el fracaso, volteamos la mirada y llegamos a pensar que

nuestra acción educativa se puede mejorar, como un ensayo o un trabajo que hacemos todos los días. Estamos afectados, pero no siempre tenemos el aparato conceptual que nos permite hacer algo con estos afectos, no entendemos bien el precio, no sabemos lo valioso que es exponerse al fracaso y la imperfección de nuestras intenciones, tan cuidadosos que somos, nos refugiamos en las certezas detrás de nuestros objetivos y en evaluaciones intercambiables. La fragilidad, por lo tanto, es lo que tenemos en común, lejos de la aspiración a la efectividad siempre venerada y deseada. Estamos buscando en permanencia asegurarnos sobre la pertinencia de nuestras acciones con los jóvenes en situación de calle, pero esta pantalla nos impide percibirnos que en realidad la diferencia se hace más grande, que el sentimiento de impotencia que evitamos es importante para que el acompañamiento no sea violento, dejar el área de seguridad.

En definitiva lo que nos obliga a cuestionarnos no son los eventos terribles que puedan suceder, pero el hecho de nos hayamos perdido nosotros mismos en el camino, al acoger de manera excesiva la causa de los jóvenes. A lo largo de los años la duda le cedió el lugar a la culpabilidad, ya que se creó un imaginario, un ideal, en las instituciones como en los adolescentes de las calles y cada quien se entristece de no poder corresponderle. La libertad de la duda y el intentar es precioso, incluso revelar un fracaso puede aclarar una acción sincera y plenamente humana, única, viva y no fija en un protocolo.

Si dejamos de ver a los adolescentes y los niños y niñas de las calles, es que su presencia nos causa un problema permanente, pone a cada una de las partes en una posición paradójica, nómadas insaciables, inspiran el rechazo a los sedentarios que somos. Pero porque son jóvenes, estos marginales despiertan en nosotros el reflejo de ayudarlos. ¿ Pero necesitan nuestra ayuda? La pregunta se hace siempre, tanta fuerza hay en los jóvenes que viven un presente alucinante, permanente, una rareza que nos lleva a cuestionarnos. Lo que es seguro es que la prudencia se impone y que la energía de acompañamiento no está en la consimeracion, pero sí en una búsqueda creativa, activa, y que vive en la búsqueda de uno mismo en el otro, y que un educador sabrá encontrarla y mantenerla. No acabaremos con la violencia, pero no debemos transmitirla, ¿lo que cuenta es estar en el presente construyendo un vivir juntos? La única solución del ser humanos es de oponerse a la situación, sin la garantía de conocer nunca el resultado.

